Die
El c
de la

Diego Minoia

El destino de la Tónica

Intrigas en la *Scala*

Max Minelli (músico y pianista de piano-bar por pasión) y Fabienne Bouvier, su prometida (pintora y decoradora de porcelana) son los protagonistas de esta nueva aventura, a los que vemos esta vez en la ópera, y viene al caso comentarlo, después de haber resuelto la confabulación internacional en *El Secreto de la Dominante*.

Después de haber disfrutado de la cálida luz del octubre romano, los reencontramos en la atmósfera brumosa y otoñal de una Milano que espera uno de sus eventos culturales y sociales más importantes del año: la inauguración de la temporada lírica del *Teatro alla Scala*.

También esta vez se verán enredados por el destino en una aventura fuera de lo normal...

Traducción de María Acosta

La traducción española de las partes del libreto citadas en la novela han sido extraídas de www.kareol.es, de la versión bilingüe de la ópera de Verdi.

© Diego Minoia 2021

Todos los derechos reservados

A mi hija Silvia

Índice

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Capítulo 1

20 de noviembre -- Miércoles

— ¡Eres un baussia[1]! — me apostrofa riendo Fabienne con su adorable acento francés, hundida en una de las cómodas butacas del vestíbulo del Grand Hotel Piermarini Scala, un cinco estrellas lujoso en el centro de Milano.

Cerca de nosotros hay un gigantesco árbol de Navidad y los escaparates con nieve falsa de los negocios del interior del hotel nos recordaban la inminencia de las festividades más apreciadas del año, si bien todavía faltan más de cuarenta días para la fatídica fecha. Ahora ya, desde hace bastantes años, sin embargo, se ha adoptado la costumbre, basada en una razón puramente comercial, de anticipar cada vez más la instalación de los adornos navideños en las calles y en los escaparates de la ciudad. La tradición milanesa, de hecho, establecía el 7 de diciembre, San Ambrogio, para la instalación del árbol de Navidad y los belenes.

— Para empezar, no se dice *baussia*, sino *bauscia* —la sermoneo de manera pedante, desde una butaca cercana a la suya mientras su mirada vaga sobre las distintas personas que pueblan esa mañana el Hotel —y además, ¿dónde has aprendido esa jerga milanesa?

— ¡*Oh, la, la*! ¡No pensarás que eres la única que persona con la que salgo en Milano!, —me responde lanzándome de reojo una mirada astuta. —Desde que estamos aquí, después de haber dejado, hace cuatro días, el Marco Aurelio Palace de Roma, me estás ignorando a causa de tus obligaciones... así que he encontrado a alguien que me hace compañía.

A continuación, empleando su mejor postura de modelo *soy la más bella del reino*, me lanza la cuchillada definitiva.

— También aquí, en Milano, por lo que parece, el encanto francés es muy apreciado. No me faltan admiradores.

— ¿Conque esas tenemos?, —le respondo siguiéndole el juego y mostrando en mi cara el furor más melodramático que puedo. —Mientras yo estoy ocupado arreglando todos los trámites burocráticos y profesionales necesarios para el traslado a un nuevo hotel... ¡tú... tú... pérfida...— y aquí subrayo la palabra con un gesto teatral al estilo del cine mudo —te aprovechas de esto de manera innoble!

La risotada argentina de Fabienne aprueba mi interpretación y pone fin a mi actuación.

— ¿Por lo menos sabes lo que significa *bauscia*?

— ¡Claro! Se lo he escuchado decir a uno de los camareros esta mañana, en la sala donde hemos desayunado. Tu te habías ido a la cita con el afinador de tu amado piano y yo, mientras acababa de comer las tostadas con mermelada que me habías preparado en el plato antes de irte, estuve observando a las personas de las otras mesas.

— La habitual curiosona, —le reproché.

— Para nada, era sólo una manera de pasar el tiempo... y además, sabes que observando a las personas se comprenden muchas cosas... ¡tú me lo has enseñado!, —me responde Fabienne un poco enfadada. —Por otra parte, si no hubiese sido por mi curiosidad, como tú la llamas, nunca hubiera sabido que los secuestradores del Director de la orquesta Wang se lo habían llevado a la residencia enfrente de nuestro hotel en Roma.

— Es verdad, lo admito, —reconozco con magnanimidad. —¡La solución del caso del Secreto de la Dominante también fue mérito tuyo, pero debes convenir, —añado con ironía, para evitar que se le suba a la cabeza —que no todas tus observaciones e intuiciones son correctas. ¿Recuerdas que habías sospechado que los dos clientes que estaban degustando vodka y caviar en el piano-bar se habían metido en la habitación de nuestros amigos chinos?

— Vale, no habían sido ellos, —admitió un poco enfurruñada —pero aquellos dos no eran ajenos al asunto... y finalmente mi intuición no fue totalmente equivocada.

— Vale, vale, —respondo sonriendo —entierra el hacha de guerra y volvamos a esta mañana en el comedor. ¿Qué tiene que ver el *bauscia*?.

— ¡Ah, sí! Uno de los camareros jóvenes estaba dando vueltas sin parar alrededor de una mesa ocupada por tres personas, una familia. Los padres y una hija de unos veinte años, muy simpática.

— ¿Y bien?, —la incito.

— Obviamente la muchacha le gustaba mucho al camarero, dado que él pasaba constantemente por la mesa para preguntar si todo estaba bien, si querían más mermelada, si deseaban zumo de naranja... en fin, ¡lo estaba intentando!

— ¿Y el *bauscia*? —insisto.

— Ahora voy a eso. Después de un buen rato con este cortejo gastronómico, el compañero del camarero, que mientras tanto tuvo que servir al resto de las mesas del turno que compartía con el *latin lover*, lo ha llamado al orden mientras se cruzaba con él cerca de mi mesa le ha susurrado "Eh, Alberto, ¡no seas *baussia*!, sirve también a las otras mesas".

—Se dice *bauscia* y no *baussia* —le repito —Pero, ¿qué tiene que ver conmigo, por qué me has dicho antes *bauscia*?

— Porque también me estabas halagando y te comportabas como un donjuán, como el camarero con la muchacha de la mesa.

—Bueno, en realidad el término *bauscia* no quiere decir exactamente lo que has entendido —le explico —En el dialecto de Milano se define *bauscia* a una persona que se da aires, al que le gusta parecer de una categoría superior a la que realmente tiene, uno que quiere dar su opinión aunque no conozca el tema... ¡un fanfarrón, en suma!

—¡*Mon Dieu*! —exclama Fabienne consternada —¡por suerte te lo he dicho a ti y no a un cliente de los que vienen a felicitarte cuando tocas! ¿Te imaginas qué papelón habría hecho?

—Efectivamente, no hubiera sido muy correcto llamar fanfarrón a

un cliente del hotel —le confirmo —sin embargo podrías haber encontrado a alguien que no conociese el vocablo... y de todos modos, cualquier hubiese aceptado ser llamado *baussia* (se lo digo repitiendo su versión distorsionada) por una hermosa muchacha con acento francés —digo burlándome de ella.

— ¿Has visto qué tiempo hace? —me pregunta Fabienne cambiando de repente de tema y señalándome el cielo gris y otoñal de aquella mañana milanesa.

— ¡Querida, te habías acostumbrado perfectamente al clima de Roma! Ahora estamos a mediados de noviembre y aquí, en Milano, en otoño y en invierno, las cosas son muy distintas: cielo gris, nubes que se deslizan sobre la llanura padana que a menudo dejan caer una pequeña cantidad de lluvia, frío creciente y húmedo, una gran cantidad de contaminación en el aire y, si tienes suerte, ¡incluso un poco de niebla! Aunque, en honor a la verdad, en los últimos años los días nublados están disminuyendo... y de todos modos, en la ciudad es raro que la niebla se meta en los barrios del centro. Es más un problema de la campiña de Lombardía.

— ¡Me has traído a un sitio maravilloso! —exclama horrorizada —Teniendo en cuenta tu descripción, ¡no se entiende porqué la gente desea venir a esta ciudad!

— ¡Pero, no! —me apresuro a tranquilizarla —lo que te he dicho representa el estereotipo con que se describe Milano. Es verdad, no tiene todas las bellezas arqueológicas de Roma y ni siquiera el clima de la Costa Azul, a la que estás habituada, pero esta ciudad tiene muchos aspectos agradables e interesantes.

— Bueno, claro, la moda... —me interrumpe la marisabidilla.

— Cierto, pero no sólo esto. Milano es la ciudad de los negocios, está la sede de la Bolsa italiana, donde se cotizan las acciones de las principales empresas italianas.

— ¡Fantástico! —me interrumpe de nuevo Fabienne torciendo la nariz —¿de qué me sirven la Bolsa y las acciones? Las únicas bolsas que me interesan son las que veo en los escaparates de los negocios de las grandes firmas.

— Es verdad, para ti es así —continúo hablando pacientemente —pero muchos de los clientes del hotel están aquí por negocios. Y además, no es sólo eso. Milano es un centro cultural de primer orden, con museos y teatros, donde se dan espectáculos de todo tipo.

— ¡Oh, sí, el *Teatro della Scala*! —dice Fabienne, alardeando de sus conocimientos culturales.

— En realidad se llama *Teatro alla Scala* —la corrijo —y el nombre proviene del hecho de que, para dejar espacio a su construcción, en el año 1776, por culpa del arquitecto Piermarini (el mismo que da el nombre a nuestro hotel) fue demolida una iglesia consagrada a Santa Maria alla Scala.

— ¡Típicamente italiano! ¡Entre la espiritualidad y la diversión vosotros siempre escogéis la segunda! —puntualiza de manera mordaz.

—Salvo porque lo que dices es un tópico, que a menudo tiene su fundamento, pero no vale para todos los italianos —la reprendo picado —la decisión la tomaron los austríacos, que dominaban en aquella época la región Lombardo -- Veneto. Pero olvidémonos de estas cosas —me interrumpo, porque no quiero liarme con una discusión sobre el carácter y los defectos de los italianos. —Yo conozco perfectamente esta ciudad y he aprendido a quererla por lo que puede ofrecer. Sabes que estudié aquí, en el Conservatorio, por lo tanto, poco a poco, tuve la oportunidad aprender a comprenderla, explorándola todos los días y descubriendo su alma escondida. Justo de esta manera, —insisto —Milano tiene un alma recóndita que sólo con la convivencia y una mirada abierta y curiosa es posible notar. Sin embargo, es necesario explorarla a pie, como se debería hacer con todas las ciudades. Sólo de esta forma se pueden descubrir, detrás de la pátina gris y desapegada, sus mejores rincones: fragmentos verdes de jardines maravillosos que nos hacen señas desde las aberturas de los grandes portones de palacios nobles, callejones y barrios del centro que, milagrosamente, parece que se han mantenido atemporales, el romanticismo de lo que queda de los *Navigli*, las antiguas vías de agua que antaño atravesaban amplias zonas de la ciudad.

— Um, Señoría —bromea Fabienne dirigiéndose a un imaginario Juez con un tono de fiscal de serie de televisión norteamericana —la apasionada intervención del abogado defensor me ha convencido para conceder a esta ciudad un período de prueba con el fin de que pueda demostrar las cualidades anteriormente enumeradas. Por supuesto, será responsabilidad del abogado defensor —continúa, dirigiéndose a mí con una simpática mueca en la cara —mostrarme las bellezas escondidas de la ciudad.

— De acuerdo, Señoría —confirmo con el mismo tono de sala de un juzgado, dirigiéndome al mismo inexistente juez sentado en la butaca vacía enfrente de nosotros. —Acepto el acuerdo propuesto por la acusación y declaro cerrada esta querella.

— ¿Realmente me llevarás a conocer los secretos de la ciudad? —me pregunta con aire suplicante.

— ¡Prometido! —le confirmo —pero lo haremos en los próximos días, tan pronto como esté arreglado todo lo relacionado con nuestra llegada en este hotel. Ahora tenemos otras cosas que hacer —le recuerdo levantándome. —Tú, por ejemplo, tienes una cita con Federico Viscardi, el propietario del negocio de antigüedades que está a la derecha de la entrada principal del vestíbulo. Ayer hablé con él. Creo que te gustará. Es un anciano señor muy distinguido que gestiona el negocio más por pasión que por lucro. Se ha pasado toda su vida entre obras de arte y antigüedades y, en cierto sentido, ha asimilado una cierta gracia en su forma de moverse y de hablar. Verás cómo apreciará tus porcelanas y de buen grado las pondrá en las vitrinas. Te he fijado una cita para las 11 —le digo mirando al reloj —dentro de diez minutos.

—*Mer*... —comienza a decir Fabienne, interrumpiéndose enseguida porque le he explicado que esa exclamación usada en Francia con mucha naturalidad, en el resto del mundo puede aparecer como fuera de lugar y poco refinada — ¿A qué esperabas para decírmelo? ¡Sabes que odio llegar tarde a las citas!... y todavía debo subir a la habitación a coger el *book* con las fotos de los diseños que podré dejarle.

Ni siquiera me da tiempo a excusarme por el olvido cuando me susurra *A bientôt* dándome un rápido beso en los labios... y ya está

en medio del vestíbulo, como una ráfaga de colorido mistral provenzal, que se vuelve hacia mí enviándome unos besos haciendo un gesto con la mano sobre la boca.

— Nos vemos en nuestra mesa a la hora de comer —le hago entender por señas. Me responde con el ademán de OK mientras las puertas del ascensor se cierran para llevarla al sexto piso, donde tenemos nuestro mini apartamento. El gusto de su beso todavía lo conservo en mis labios. Acaba de desaparecer de mi vista y ya siento su ausencia.

— *¿No será que esta vez, querido Max* —digo para mis adentros — *estás localmente enamorado y preparado para dar el gran paso del matrimonio?*

Dejo esta pregunta vagar en mi mente durante un rato, luego me apresuro también para seguir con mis ocupaciones.

Capítulo 2

A las 12:30, Fabienne hace su entrada en el comedor y se acerca a nuestra mesa con su caminar elástico. Me doy cuenta de que no soy el único en la sala a quien le place esta visión. Desde las mesas, durante su trayectoria, otras miradas se apartan de la comida, a pesar de ser apetitosa, mientras los tenedores se quedan quietos a mitad de camino. Le ha dado tiempo de cambiarse y el ligerísimo maquillaje la hace irresistible.

— ¡Eres un bocadito muy apetitoso! —le digo mientras se sienta a mi lado —De acuerdo que estamos en un comedor, pero tengo la impresión de que a muchos hombres se les ha pasado por la cabeza catarte, mientras estabas desfilando. —Me responde con una sonrisa y una expresión que parece decir *¿Qué le voy a hacer si soy hermosa?* —¿Y bien, cómo ha ido con Viscardi?

— ¡Oh, fantástico! —me responde entusiasmada. —Tenías razón, es un anciano señor muy simpático... y sus modales, al viejo estilo, son fascinantes. Me lo imagino de joven —continúa con aire soñador —¡debe haber sido un gran *tombeur de femme*[2]! De todos modos, se ha quedado entusiasmado con mis porcelanas —afirma orgullosa volviendo a la realidad —y en cuanto llegue el transportista de Roma con las piezas que he creado hemos acordado que las expondrá en el escaparate. Si, más adelante, mi trabajo es del gusto de sus clientes, me encargará otras piezas —concluye feliz de haber sido apreciada.

— Perfecto —le digo besándole los dedos que producen aquellas coloridas y frágiles maravillas —si hoy por la tarde también las cosas discurren de la misma manera con la galerista Maugeri, dentro de poco podré olvidarme de trabajar y me dejaré mantener. De esta manera, del mismo modo que a ti te describen en los hoteles a los que vamos como *la mujer del pianista*, en el futuro a mi me describirán como *el marido de la pintora* —le digo riendo.

— No te imagino haciendo de mantenido. Tu continuarás trabajando hasta el último aliento. Cuando dejes el piano-bar

continuarás con tus composiciones.

— Es verdad. Veo que me conoces perfectamente.

Nuestras reflexiones se ven interrumpidas por la llegada de Emanuele Macchi, el *Maitre* del Piermarini Scala. Conozco a Emanuele desde hace años porque también él se ha movido por todos los hoteles en los que he estado debido a mi trabajo de pianista. Profesionalmente está en lo más alto de su categoría, tanto que podría representar el estereotipo del *Maitre* de larga carrera: sesentón, no muy alto pero bien proporcionado, con su impecable uniforme, cabellos entrecanos, siempre perfectamente afeitado. Se desplaza silenciosamente pero respetando la privacidad de los clientes, manteniendo bajo control cada movimiento y señalando a los camareros del turno, con imperceptibles movimientos de la cabeza y de los ojos, dónde, según él, es necesaria su presencia.

— Cuando te mueves entre las mesas —le digo riendo —me traes a la mente el modo de desplazarse de los fantasmas o de los vampiros de película. Parece que tú, en vez de caminar, flotas a algunos centímetros del suelo.

— Es verdad —me responde él curvando ligeramente los labios, que es lo más cercano a una sonrisa que se permite cuando está de servicio —De hecho, hoy tengo en el menú *paccheri* al rojo sangre de San Marzano o consomé de hierbas silvestres recogidas en una noche de luna llena. Como segundo aconsejaría rabo de sapo al vapor o hígado a la plancha de un animal sacrificado durante el último Aquelarre. Todo regado, naturalmente, con una botella de *Sangue di Giuda* —añade ensanchando imperceptiblemente el atisbo de sonrisa de sus labios. —O, si lo preferís, de una botella de *Inferno della Valtellina*.

— ¡Virgen Santa, qué horror! —dice Fabienne —¡Rabo de sapo, sangre de San Marzano, infierno! Se me está pasando el hambre.

— No te preocupes —la tranquilizo —Emanuele sólo ha interpretado el menú identificándose con una de las identidades infernales con que lo he comparado. Los *paccheri* al rojo sangre de San Marzano no es más que un tipo de pasta con salsa de tomates del tipo San Marzano —le traduzco. —Por lo que respecta al rabo

de sapo es el nombre de un pescado[3], lo que en Francia se llama *lotte*. *Sangue di Giuda* e *Inferno* son realmente unos tipos de vino, naturalmente rojos —A continuación, hablando a Emanuele —Perfecto, dejamos que tú decidas. Hoy tendremos menú sorpresa.

A pesar de la fantasiosa presentación los platos han resultado buenísimos. Terminada la comida y hecha la habitual parada en el vestíbulo para *observar el mundo pasar*, subimos a la habitación a prepararnos para la reunión con la galerista Serena Maugeri.

Guido Mazzanti, el galerista de Roma que ha exhibido y vendido las acuarelas de Fabienne en nuestra reciente estancia en la Capital, ha hecho de intermediario con la galerista milanesa, amiga suya, recomendándole los trabajos de Fabienne. Si se ponen de acuerdo, mi prometida tendrá que trabajar durante toda nuestra permanencia.

Capítulo 3

Decidimos ir a pie a la cita con la galerista Serena Maugeri, aunque la temperatura, en este momento, a mitad de noviembre, es bastante fría. Sobre las montañas que enmarcan la llanura padana ya han descendido las primeras nieves que anuncian futuras bajadas de temperatura. La grisácea luz otoñal no ha mejorado mucho ni siquiera por la presencia de los adornos navideños instalados en las calles de la ciudad por los empleados del ayuntamiento. Sólo dentro de un par de horas, cuando haya descendido la oscuridad, vitrinas adornadas y luces viarias harán que sea más alegre pasear por Milano.

Llegamos puntuales a la cita. La galería de Serena está en el famoso barrio llamado Brera debido a la presencia de la igualmente célebre Academia: una importante escuela de arte de larga tradición y uno de los museos más visitados de la ciudad.

Naturalmente, la presencia de estudiantes de arte y de talleres de artistas hace que una galería de arte esté perfectamente incorporada en el ambiente, aunque desde hace unos años el distrito se ha convertido en un *barrio de moda* y, por lo tanto, está salpicado de locales donde los jóvenes modernos van a tomar su aperitivo.

Desde la calle la galería muestra parte de su contenido gracias a dos vitrinas, pero sobre la pared opuesta con respecto a la entrada se observa una puerta que conduce a una serie de más estancias interiores, adornadas con cuadros en las paredes y esculturas que ocupan parte del espacio útil. A nuestra entrada en la Galeria Maugeri, anunciada por un ligero chasquido repentino por la apertura de la puerta, Serena aparece justo en el arco que da acceso a las salas interiores.

Es una señora de unos cuarenta años, vestida de manera extravagante pero elegante, con unas mechas plateadas que contrastan con sus cabellos negros como ala de cuervo, largos por detrás de la cabeza y con un corte oblicuo y escalado a partir del centro de la frente hacia la parte derecha de la cara.

— Vosotros debéis ser Fabienne y Max —comenzó a decir. —Mi amigo Guido Mazzanti me ha hablado mucho de vosotros. —Luego, sin darnos tiempo para confirmarlo se volvió hacia Fabienne: —Naturalmente me ha puesto por las nubes sus acuarelas. Es más, para ser más convincente me ha enviado por correo electrónico unas fotos digitales que hizo los trabajos que expuso en su galería.

Estoy de acuerdo en que teníamos una cita y, por lo tanto, era bastante fácil imaginar que podíamos ser nosotros las personas que esperaba. Y es verdad, las descripciones de Giancarlo la habían ayudado a reconocernos... pero, si hubiesen entrado otros con una fisonomía parecida a la nuestra, ¿hubiera comenzado con su imparable energía hablando de cosas desconocidas a dos inocentes visitantes?

Mientras me estoy haciendo estas reflexiones la avalancha de sus palabras no se ha parado. Escucho, de hecho, que le está diciendo a Fabienne que, naturalmente, siente curiosidad por ver todos sus trabajos, hoy en fotos pero en cuanto sea posible al natural, porque los colores... claro, la calidad... los reflejos... las emociones...

Desconecto por un momento de esa riada de palabras y la dejó discurrir como un plácido ruido de fondo, parecido al murmullo de las aguas de un torrente de montaña. Los cuadros y las esculturas expuestas en las vitrinas y en la sala adyacente a la calle son de distintos estilos y autores. Las salas interiores, en cambio, por lo que puedo observar curioseando desde la puerta que conecta la sala de entrada con las mismas están ocupadas por obras del mismo artista.

Parece ser que la sala inicial representa el índice de la galería, donde se exhiben muestras de cada uno de los artistas representados por la Maugeri. Las salitas interiores, en cambio, son monográficas, como las secciones de un catálogo.

— ¡Pero qué descuidada —escucho decir con un aumento de decibelios mientras la voz de la galerista se hace más aguda —ni siquiera me he presentado! Soy Serena Maugeri —continúa hablando pasando a un tono de voz más formal y reduciendo el tono. —Pero ya os lo habréis imaginado —vuelve a hablar con el tono volitivo precedente.

— ¡Y ni siquiera os he hecho sentaros! —vuelve a hablar *in crescendo*. —Por favor, por favor, pongámonos allí en aquellas butaquitas —prosigue. —Me perdonaréis pero cuando comienzo a hablar soy incontenible. Sigo el hilo de mis pensamientos y a menudo me olvido de dejar espacio a mis interlocutores para interactuar —admite en un impulso de sinceridad. —Bueno, soy así —declara mostrando de haberse aceptado. —Por otra parte esta energía siempre me ha ayudado en mi trabajo. Relacionarte con los artistas, a menudo egocéntricos y narcisistas, quizás me ha impulsado a convertirme en uno de ellos. Es una ley de la naturaleza —sentencia. —En este mundo un poco particular del comercio del arte o posees un carácter fuerte y determinado o te arriesgas a ser aplastado por las personalidades enérgicas que lo pueblan. Pero vayamos a lo nuestro —dice benévolamente concentrando su atención en Fabienne, hacia la que se ha girado. —Cuéntame un poco de ti... ¿podemos tutearnos, verdad?

Ya que me encuentro excluido de la sociedad que se está formando entre las dos mujeres, me levanto diciendo que quiero visitar las otras salas de la galería. Sin interrumpir el hilo del discurso que está teniendo con Fabienne, Serena me hace una seña para moverme libremente por donde quiera. En la primera sala del interior están colgados de las paredes dos grandes telas informales, que ocupan, cada uno de ellas, un lado de la habitación. En los lados restantes se alinean otros cuadros, más pequeños, del mismo autor: el apellido, casi ilegible en todas las telas, parece alemán. Son telas de colores fuertes y sombríos que expresan poderosas emociones pero también profunda angustia.

En la sala siguiente, en cambio, una escultora inglesa muestra una serie de animales fundidos en bronce, en posiciones antinaturales y con unos cuerpos extravagantes en dimensiones y proporciones. Algunos son caballos, otros perros (lo comprendo sobre todo por las placas que informan sobre el título y la fecha de ejecución de las obras). Todas las esculturas tienen en común unas larguísimas y delgadísimas patas que hacen las veces de soporte ya que están soldadas sobre plataformas colocadas en el suelo.

En las tres salas siguientes encuentro una colección de aguafuertes y grabados de un joven autor italiano prometedor (recuerdo haber

leído su nombre en los periódicos romanos hace unas semanas, con ocasión de una exposición suya en la capital) y una serie de telas abstractas de colores pastel, basadas en líneas rectas y figuras geométricas. En una pared, seis cuadros de un pintor futurista menor (recopiladas y propuestas a raíz del reciente descubrimiento y puesta en valor de este movimiento artístico italiano, quizás el más significativo del siglo pasado por lo que respecta al arte nacional).

Cuando vuelvo a la primera sala las dos mujeres todavía están inmersas en su conversación pero ahora han pasado a la visión del trabajo de Fabienne. Sentadas una al lado de la otra, han apoyado el *book* de mi prometida sobre las piernas y lo están hojeando y comentando.

Por lo tanto, me dispongo a esperar pacientemente a que terminen, concentrando mi atención en la creación de un giro armónico interesante al que añadir, en el acto, una melodía adecuada. Es algo que hago a menudo cada vez que veo que tengo tiempo y ninguna otra forma para engañarlo. Entre otras cosas, a menudo, de estas elucubraciones nacen ideas interesantes que luego utilizo y desarrollo en mis composiciones.

Después de un tiempo, que no sabría decir cuánto ha sido, de repente, me aparta de mis pensamientos la voz de Fabienne.

—¡Max.. eh...! ¿Qué te sucede, estás en trance? Serena te ha hecho una pregunta.

Aterrizo en la realidad sin paracaídas, con una sensación de distanciamiento que sucede cuando estás totalmente concentrado en tus reflexiones de manera paralela, en un mundo propio y, de repente, como está sucediendo ahora, alguien vuelve bruscamente a reconectar tu mente con tu cuerpo inmerso en la realidad cotidiana.

— Perdonad —balbuceo avergonzado —estaba buscando una solución para una idea musical.

— Justo era eso lo que le había preguntado —interviene Serena. —Quería saber en qué trabaja, aparte de tocar el piano en los hoteles, lo que ya sabía porque me lo había dicho mi amigo Guido.

— Bueno, compongo música para documentales —respondo intentando mostrar un tono de voz profesional, después del extravío anterior. —A veces compongo bandas sonoras para espectáculos teatrales o publicidad.

— ¡Interesante! —gorjea Serena elevando otra vez los decibelios de su voz — ¡Otra persona creativa también usted! —Luego, como si hubiera sido golpeada por una repentina idea, me pregunta —¿Alguna vez ha creado música para espectáculos artísticos?

— Sí —respondo, contento de poder incluir también esta experiencia en mi currículo profesional —me ha sucedido alguna vez, hace unos años, crear música electrónica para ejecutar en directo en el transcurso de un *happening* de *performing art*. Acababa de terminar los estudios de composición —explico —y, por medio de amigos comunes, fui puesto en contacto con un joven artista americano, que estaba de paso en Milano, que buscaba un músico para su proyecto. La idea no era muy original —me apresuro a especificar —era un seguidor de Pollock y el *happening* consistía en reunirse en un *loft* en la periferia, donde el artista lanzaba, rociaba y esparcía los colores en unas tela extendidas en el suelo.

El recuerdo de aquella experiencia me traía a la mente las emociones del momento y la música que había ejecutado.

— En conjunto, sin embargo, el evento no estuvo tan mal —termino de hablar. —Fue divertido… y la música gustó. Sin embargo, desde entonces, no he vuelto a repetir eses tipo de experiencia.

— ¡Umm! —farfulla Serena meditabunda —¿qué te parecería retomar el hilo que has dejado apartado durante tantos años? —El tono de voz se vuelve acalorado y enérgico, como siempre cuando habla de su trabajo. —La próxima semana, el lunes por la tarde, organizo aquí la *vernice*[4] de una amiga mía artista. Presentará sus últimas esculturas, en madera y en metal, supervivientes de una muestra en New York.

—A continuación, en el mes de diciembre, las expondrá en una muestra personal en algunos sitios de la Universidad Bocconi —dice entusiasmada. —Naturalmente será presentada por mi galería. Estarán todos los críticos más importantes, la prensa especializada…

en definitiva, un evento internacional. Es por esto que con Franca, se llama Franca Grandi, nos gustaría hacer algo especial. Desde hace días me telefonea cada tres horas proponiéndome esto y aquello... y con cada llamada vuelve a hablar de todo lo propuesto en las anteriores, nerviosa por encontrar algo adecuado que ponga en valor sus obras.

— ¿Qué os parecería poner juntas su música con las esculturas de Franca? —me pregunta a quemarropa.

— Bueno, realmente... ni siquiera sé cómo son las obras de la artista —pongo las manos hacia delante, halagado por la oferta pero preocupado por la posibilidad de conocer a una persona con la cual no estoy seguro que coincida en gusto y competencias musicales.

— Esto se arregla con facilidad —responde de manera decidida. —Os invito a la *vernice*,a usted y a Fabienne, así conoceréis a Franca y veréis sus obras. Si luego salta la chispa —me sugiere de manera tranquilizadora —podrá hablar con Franca y profundizar en el proyecto, coordinando ideas y espíritu de los contenidos musicales. En caso contrario —y con un gesto elocuente de las manos que imita el hecho de frotar una palma contra otra, subraya la sencillez con la que me puedo apartar del proyecto —tan amigos.

— De todas formas, no será tiempo perdido —observa volviéndose ahora hacia Fabienne —durante la inauguración tu podrás establecer relaciones públicas para darte a conocer a otros personajes del sector.

— ¡Venga, acepta, cariño, te lo suplico! —canturrea Fabienne saltando sobre la butaca y dando palmas como una niña que desea un regalo. —Es una propuesta fantástica. Conectar la música con el arte visual te dará la oportunidad de experimentar caminos nuevos que quizás con los trabajos para los documentales y el teatro no has podido recorrer.

— De acuerdo, de acuerdo, frena un poco tu entusiasmo —la interrumpo. —Vale, acepto la invitación a la inauguración. Que quede claro, sin embargo —y aquí me vuelvo hacia Serena —que soy libre de abandonar el proyecto si no veo que existen las condiciones para ejecutar un trabajo que responda a mis criterios

artísticos y de calidad.

— Perfecto —responde la galerista. —Avisaré esta noche a Franca. Se quedará entusiasmada, estoy convencida. —En cambio —me pregunta preocupada —en caso de decisión positiva, ¿serás capaz de realizar la música a tiempo para la inauguración de diciembre?

— Mi equipo llegarán de Roma el lunes por la mañana, con el transportista, junto con los materiales de Fabienne —reflexiono en voz alta. —Suponiendo que nos pongamos de acuerdo en las líneas artísticas y que me deje la suficiente libertad creativa, pienso que en unos diez días podría conseguirlo. Si además encuentro la vena creativa justa, podría emplear incluso menos tiempo del previsto.

— ¡Formidable! —exclama Fabienne volviéndose hacia mí. —Ahora no podrás alegar excusas. Debido a todas estos eventos mundanos deberemos ir de compras a las calles del *Quadrilatero della Moda.*

— Bien —interviene Serena —pero no paséis todos los días en Via Montenapoleone. No te olvides de que debes encontrar tiempo para ejecutar las doce acuarelas que te he encargado.

— No te preocupes —la tranquiliza Fabienne —si acepto una encargo, lo mantengo. Más bien tendré necesidad de tu ayuda —me dice —Serena me ha sugerido algunos lugares de la ciudad que podrían convertirse en temas de mis acuarelas: el Duomo y su plaza, el Naviglio grande y el Naviglio pavese... —me enumera, leyendo unos apuntes cogidos durante la conversación con Serena.

— Es cierto, son todos lugares característicos de la ciudad que te proporcionarán muchas ideas para tu trabajo —le confirmo. —Durante los próximos días nos organizaremos y te los mostraré. Por otra parte, ya te había prometido mostrarte la ciudad.

— Haré muchas fotografías, así podré escoger con calma qué lugares representar —dice mi prometida.

— Entonces os espero el lunes a partir de las 15 horas para la *vernice* de Franca —se entromete Serena haciéndonos entender con esta frase que la reunión ha terminado. —La llamaré enseguida para contarle las novedades —exclama con aire decidido mientras se va

hacia una puerta corrediza que antes no había notado, semi escondida como estaba por una escultura de la serie *animales con las patas largas*. Mientras Fabienne y yo nos intercambiamos una mirada divertida como observación a su manera de actuar, Serena, en cuanto llegó al umbral de lo que evidentemente era su oficina, se gira y nos hace un simpático gesto de despedida con la mano. Después de salir de la galería, mi mirada encuentra de nuevo la de Fabienne y finalmente podemos soltar aquella carcajada que antes habíamos intentado contener por educación.

— Es verdad que Serena es una persona original —comento. Fabienne está de acuerdo conmigo pero cree que es muy simpática y, más allá de su comportamiento un poco exagerado, muy preparada.

— Estoy convencida de que nos pondremos de acuerdo —dice mientras volvemos a pie a nuestro hotel, no muy lejos de Brera.

La tarde está finalizando, así que, a la espera de la hora de cenar, decidimos pasar un rato en el spa del hotel, casi desierto a esta hora, sólo un par de personas en la piscina y otras dos dándose masajes en un jacuzzi colocado en un rincón y coronado por una palmera. Dado que la sauna está vacía, decidimos pasar allí unos veinte minutos y luego dar algunas brazadas en la piscina.

Mientras el aire de la sauna se llena poco a poco de humedad, no me aguanto y pincho un poco a Fabienne.

— Estoy seguro de que las fotografías que haremos en los lugares típicos de Milano serán más precisas en la descripción que tus acuarelas. Además no entiendo —insisto ya que la frase anterior ha sido dejada pasar sin grandes reacciones — ¿por qué un turista debería comprar una acuarela cuando puede hacer por si mismo una hermosa fotografía?

La cara de Fabienne está cambiando rápidamente y enfurruñándose, por lo que decido tirar del freno de mano y volver a encarrilar la conversación.

— Venga, cariño, ¡no ves que estoy bromeando! —le digo mientras le cojo su pequeña nariz entre el pulgar y el índice. —Sabes cuánto

me gustan tus acuarelas. Realmente no tienen comparación con una foto hecha en un segundo por un turista: dentro está tu sensibilidad, tu mirada particular, los tonos de la luz. Escucha —le digo ya que todavía está enfurruñada —tengo una idea. En el hotel hemos preparado todo lo que debemos hacer y los compromisos que tenemos son para el próximo lunes: la vernice de Serena por la tarde y el comienzo de mis veladas en el piano-bar por la noche.

— ¿Qué te parece si vamos a saludar a tus parientes de Grasse? —propongo con tono melifluo —No hay mucha distancia, si partimos mañana por la mañana muy temprano, podemos llegar a casa de tu familia a la hora de comer. Sin embargo, deberás avisar, así tu madre tendrá tiempo para prepararnos una de sus especialidades. Podremos volver el sábado por la noche, así tendremos todo el domingo para reposar.

La propuesta es acogida por Fabienne de tal manera que, si fuese la escena de una película familiar, el vapor de la sauna comenzaría a ocupar el encuadre impidiendo al público ver la escena.

Capítulo 4 21 noviembre -- Jueves

El comienzo del viaje tan temprano nos ha obligado a modificar nuestras costumbres confirmándonos cómo la antipatía que mucha gente demuestra hacia el despertador es totalmente merecida. Además, el cielo de Milano realmente no anima a salir de debajo de las mantas. Desde la ventana de nuestra pequeña suite, con la claridad de primera hora de la mañana, se ve un cielo plomizo y triste que promete lluvia y humedad. La masa de nubes es tan compacta que no demuestra ni la más mínima esperanza de un poco de tiempo sereno.

Las únicas variantes cromáticas están representadas por el negro de las nubes muy cargadas de lluvia y por el gris en diversas tonalidades que caracteriza a los nubarrones más ligeros. Se puede observar que las nubes están estratificadas a diversas alturas y, según sea la misma, son empujadas por vientos que las mandan en direcciones opuestas, haciendo que se deslicen las unas sobre las otras u obligándolas a fundirse entre sí.

Cogemos las dos pequeñas maletas que hemos preparado ayer por la noche, bajamos al garaje del hotel para recoger nuestro coche, un Jaguar XJ berlina (soy un fan de esta marca) y nos dirigimos hacia el sur, hacia la entrada de la Autopista A7 hacia Genova.

Mientras conduzco Fabienne dormita intentando recuperar algunas horas de sueño. Por otra parte el panorama no es muy interesante: la llanura padana bajo un cielo gris y con bancos de niebla, a ratos compacta, no muestra su mejor aspecto.

Hace frío y la humedad aumenta la sensación de helada. Ajusto el climatizador a una temperatura más agradable. En cuanto llegamos a Tortona cojo la desviación A26 hacia Ovada y, superado el Passo del Turchino, ya se perciben los primeros cambios. En el cielo la masa compacta de las nubes es desbaratada por la brisa marina, dejando entrever a través del gris brechas de azul, cada vez más

extensas hacia el oeste.

— *Perfecto* —pienso —*en la Costa Azul encontraremos mejor tiempo*.

También la temperatura ha cambiado. Compruebo en la pantalla del ordenador del coche y observo que ahora, mientras recorremos la A10 hacia Ventimiglia, la temperatura exterior es en ocho grados superior a la de la llanura padana. Ajusto de nuevo el climatizador para adecuarlo a la nueva situación y me preparo para concentrarme sobre todo en el tráfico.

La *Autostrada dei Fiori* no es realmente un recorrido para un viaje distendido: aparte de la continúa sucesión de viaductos y túneles (que justifica su otra denominación de Autopista de los agujeros), con ráfagas de viento que casi desplazan el coche, el tráfico pesado de los TIR obliga a continuos cambios entre el carril de circulación y el de adelantamiento.

Fabienne ya está despierta y me mira de reojo. Comprendo que quiere desayunar, por otra parte nos hemos ido sin hacerlo. Una parada rápida en la primera estación de servicio, café y brioche, luego seguimos. Después de pasar el peaje de Ventimiglia proseguimos por la A8 a través del trecho de autopista panorámica que lleva a Nizza, pasada la cual proseguimos hasta la salida 47. En definitiva, siguiendo la carretera comarcal D2085 llegamos a Grasse. Son poco más de las 11:30. Unos 360 km en poco menos de cuatro horas, desayuno incluido.

Aquí todavía el cielo está parcialmente nuboso pero las brechas de azul son amplias y son un buen augurio para los próximos días. La villa de la familia Bouvier es colindante con Villa Noailles, una de las atracciones de Grasse por sus jardines. En cuanto apago el motor de mi coche veo asomarse a la terraza de la planta principal a Virginie, la madre de Fabienne, que nos saluda con la mano. Amelie, la camarera, sale a nuestro encuentro en la escalinata para coger las maletas. En la entrada la madre de Fabienne nos abraza con ímpetu.

— He hecho que os preparasen la habitación —dice —subid a refrescaros y luego salid a dar una vuelta por la ciudad. Estoy peleándome con la preparación de la comida.

— Nunca cambiarás —dice Fabienne sonriendo —Siempre has tenido la vocación de *angelo del focolare*[5]. Incluso si hubieras podido evitarlo, siempre te has ocupado personalmente de la cocina. Sin embargo, debo decir —añade subrayando las palabras con otro abrazo — ¡que he echado de menos tus recetas!

— ¿Cómo? — se agitó Virginie fingiendo mirarme enfurruñada — ¿quieres decir que Max te mata de hambre?

— No, mamá —responde riendo —en los hoteles donde vivimos se come estupendamente… pero tus recetas son fantásticas. Y además, para mí significan el sabor de casa.

— Perfecto —cambia de repente de tema. —Ahora, sin embargo, debo volver a la cocina. En cuanto estéis preparados id al laboratorio, Etienne y Jean os están esperando. Luego volveréis juntos. A las 12:30 en punto —nos insta yéndose.

Después de habernos refrescado, salimos y nos dirigimos hacia el centro histórico, donde tiene la sede el laboratorio y las oficinas de la Empresa Bouvier. Etienne, hermano de Fabienne, trabaja en el laboratorio con la producción de perfumes, el control de calidad y la investigación de nuevas fragancias mientras que en las oficinas el padre, Jean, se relaciona con los proveedores y los clientes.

— ¿Sabes que aquí, en Grasse, funcionan más de treinta destilerías de perfumes? —me dice Fabienne mientras pasamos delante de la hermosa fachada de la catedral de Notre-Dame du Puy. —Por lo menos 3.000 personas trabajan en el sector. La mayor parte para los mayores productores: además de nosotros, Fragonard, Galimard y Molinard.

— Para ser admitidos en el club, sin embargo, deberíais haber cambiado vuestro apellido… Bouvinard, por ejemplo —digo riendo.

— ¡Eh, no! —me contesta mi prometida —también nuestro apellido pone de relieve la singularidad de nuestros perfumes: raros, con una gran personalidad.

— Justo como tú —le susurro abrazándola y besándole los cabellos.

Después de haber pasado el Palazzo dell'Arcivescovo, con su torreón medieval, por fin llegamos al *sancta sanctorum* de la familia Bouvier. Saludos, apretones de mano, abrazos.

— Todavía me falta un poco —nos dice Jean mientras compulsa las facturas y los albaranes. —Mientras tanto, Fabienne, ve con Etienne. Está experimentando con una nueva fragancia y me gustaría que le dieses tu opinión. Sabes que estás muy capacitada para el trabajo de nariz —le dice sonriente. Luego, con la voz velada de melancolía —Si te hubieras quedado en la empresa...

— ¡Venga, papá! —le riñe con dulzura Fabienne, acompañando las palabras con una caricia —he hecho mi elección y estoy muy contenta. Por otra parte, tienes a Etienne, ¡que es buenísimo! en un futuro... quizás... cuando haya alcanzado mis objetivos... a lo mejor volveremos a hablar de ello —acabo de hablar en tono reconfortante.

Etienne nos guía hacia el laboratorio y durante veinte minutos me convierto en una mera comparsa: los dos hermanos hablan usando términos técnicos, rocían fragancias sobre delgados y pequeños cartones y se los pasan bajo la nariz intercambiando opiniones. No me molesta, es más, estoy contento de que Fabienne mantenga una conexión fuerte con su familia y la actividad que de generación en generación la ha caracterizado.

A las 12:30, puntuales, nos presentamos todos en casa, donde Vivie (término cariñoso usado en la familia en vez de Virginie) nos espera con una de sus especialidades: la *Bouillabaisse*, típica sopa de pescado de la zona de Marsella. Naturalmente acompañada por la *rouille*, una salsa del color del óxido y pedacitos de pan para ensopar en el caldo de pescado. El vino, un blanco de la región de Bergerac, frío en su punto justo, que realza la calidad del pescado fresco cocido a la perfección. Para terminar Virginie ha preparado su deliciosa *fougassette*[6], una focaccia típica de Grasse aromatizada con naranja.

La tarde la pasamos reposando, dando vueltas por las calles del centro de Grasse y visitando la villa de la gloria artística local, el pintor Jean-Honoré Fragonard.

De cena, una *soupe au piston*, una sopa de verduras que lleva también pasta cortada, aceite de oliva, albahaca y ajo. Todo regado con un óptimo vino rosado Château Barbeiranne "Cuvée Camille", Côtes-de-Provence.

Las previsiones del tiempo para mañana son buenas, por lo que Fabienne decide que me llevará a visitar una de las maravillas naturales locales: las *Gorges du Verdon*.

Capítulo 5

22 de noviembre -- Viernes

Respetando las previsiones meteorológicas de ayer, esta mañana el cielo está de color azul claro y luminoso, barrido por una brisa fresca pero placentera que activa vitalmente nuestros sentidos pero, por la tarde, cuando el sol esté más alto, mitigará los rayos otoñales todavía cálidos.

Aprovechamos la oferta de Etienne y subimos a su Mercedes Clase E cabriolet. Me ha asegurado que viajando, incluso con el auto descubierto si queremos, no nos fastidiará el aire y que en el interior podemos gozar de un aire acondicionado adecuado. Para evitar, sin embargo, cualquier problema nos ha aconsejado que nos equipemos con un abrigo. Partimos: destino las *Gorges du Verdon*.

Mientras nos dirigimos hacia el interior de la región Provence Alpes Côte d'Azur, alejándonos, por lo tanto, de la costa del Mar Mediterráneo siguiendo la N 85 *Route Napoleon*, Fabienne me suministra información sobre las *Gorges*. Orgullosa de hacer de guía expone los datos como una auténtica profesional de la Oficina de Turismo.

— Las gargantas, surgidas por el trabajo incesante durante siglos del el río Verdon, son un sitio único en Europa, lo más parecido al Gran Cañón americano que se pueda encontrar en nuestro continente —me dice orgullosa.

— Perfecto, ya estamos, el habitual chauvinismo francés —le digo para mitigar un poco el énfasis —todas vuestras bellezas naturales o artísticas las convertís en únicas en el mundo.

— ¡Qué va, venga! —me responde resentida —Piensa que las *Gorges* son desde el año 1990 un paraje natural protegido, justo por su singularidad. —Luego continúa con su pequeña lección: —El origen de este territorio se remonta al Terciario cuando la Provenza, antes

sumergida por las aguas del mar y recubierta de piedra caliza y corales, emerge formando un territorio ondulado con relieves y llanuras.

En el Cuaternario, con sus glaciaciones, el río Verdon comienza a excavar su lecho en las tiernas rocas calcáreas, hundiéndolo cada vez más hasta convertirlo en lo que vemos.

— Profesora —la interrumpo —¿no es el momento de hacer una parada para el bocadillo de media mañana?

— No antes de llegar al pueblo de Castellane —me responde como si fuese un estudiante díscolo que intenta esquivar la lección. —Desde allí comienza la parte más interesante del recorrido a lo largo de las *Gorges*.

Atravesamos algunos puertos de montaña, algunos a unos 1000 metros de altura, y finalmente llegamos a Castellane, donde hacemos una parada para tomar un café. Nos volvemos a poner en marcha siguiendo la D952 que, tortuosa, bordea el río Verdon con muchos puntos panorámicos espectaculares: *Porte de St. Jean*, la *Clue de Chasteuil* y la *Clue de Carejuan*. Nos paramos de vez en cuando para admirar el panorama. Algunos puntos de las Gargantas, en efecto, son muy espectaculares. Es verdad, nada que ver con el Gran Cañón, pienso, a pesar de las convicciones de los franceses.

La profundidad mínima es de 250 metros pero en algunos sitios el desnivel llega a los 700 metros, recita un folleto que he recuperado en la pequeña oficina turística cerca del bar donde nos hemos detenido. Hacemos otra breve parada para observar a algunos temerarios practicar el *bungee-jumping* lanzándose desde un puente suspendido al borde del precipicio. Finalmente llegamos a *Pont du Galetas*, en el lago de *Sainte-Croix*, una cuenca artificial creada en el año 1973 con la construcción del dique del mismo nombre.

— Toda esta hermosura y el aire fresco de las *Gorges*, me han producido ganas de comer —digo a Fabienne. —¿Y a ti?

— Yo también tengo hambre. Etienne me ha aconsejado un buen restaurante con terraza en el lago.

Mientras aparcamos y damos una vuelta para observar el lugar pasamos delante de una señora anciana que gira el manubrio de un viejo organillo, del que salen las notas de una canción francesa que no conozco: un vals *musette*, imagino.

Después de comer Fabienne hace de copiloto y, con el plano en la mano, me suministra indicaciones para un recorrido distinto del de la mañana. Ahora tomamos la D 71, llamada la *Corniche sublime*. La carretera es estrecha y tortuosa pero ofrece magníficas vistas.

Ya es casi de noche cuando volvemos a Grasse y yo estoy bastante cansado de tanto conducir y por el día pasado al aire libre. Así que después de la cena me despido de la familia Bouvier para ir a la habitación. Después de todo, es justo que deje a Fabienne tiempo y espacio para estar a solas con su familia.

Capítulo 6

26 de noviembre -- Sábado

El sábado por la mañana nos despertamos bastante tarde. También hoy se presenta una espléndida jornada soleada, nada raro por estos lares. La excursión a las *Gorges du Verdon* de ayer ha sido físicamente desafiante, sobre todo para mí que he conducido, debido a la atención necesaria a causa de la estrecha carretera y las continuas curvas que la caracterizan.

Así que decidimos permanecer relajados hasta la hora de comer: un pequeño paseo por el centro de Grasse, aperitivo con un *pastis* en la plazuela con los imprescindibles plátanos provenzales, comida no demasiado abundante y partida hacia Milano (quizás con una pequeña parada en el *Hotel de Paris* de Montecarlo, donde he tocado y he conocido a Fabienne, para saludar a los amigos que todavía trabajan allí).

Durante el viaje de vuelta hacia Milano la música de mi *smart-phone* me comunica la llegada de un correo electrónico. Ya que estoy conduciendo paso el teléfono a Fabienne para que lea el mensaje.

— Espero que no sea un mensaje de una de tus amantes —ríe —Sería el colmo que te descubrieran a causa de las reglas de circulación.

A continuación, después de haber trasteado con la pantalla táctil, me dice:

— Por esta vez te has salvado —luego me lee en voz alta el mensaje: *Hola, Max. No sé si todavía estás en Roma o si ya te has mudado a Milano, como me habías dicho en nuestro último encuentro en la Capital. Yo estoy ya "bajo la Madonnina" desde hace unos días porque he recuperado mi puesto en la orquesta del Teatro alla Scala. Estamos comenzando los ensayos para la apertura de la nueva Temporada lírica. Dime dónde estás y cuándo estarás en Milano, así*

organizamos un reencuentro. Saludos, también a Fabienne, y… buena música. Giacarlo Traversi.

— El bueno de Giancarlo —exclamo, recordando la larga amistad que nos une desde la época de estudiantes del Conservatorio y de las veladas comiendo y tocando música en las hosterías más baratas de la ciudad.

— ¿Te acuerdas de él, verdad? —pregunto a Fabienne.

— Claro, me lo presentaste en Roma, cuando vino al piano-bar del Marco Aurelio Palace y habéis tocado unas preciosas canciones americanas. Con el clarinete es realmente impresionante —recuerda —y además es muy simpático. Aunque era la primera vez que me veía enseguida me trató como una amiga, sin excluirme de vuestras conversaciones sobre los tiempos pasados. Me agradó mucho —sentencia concediendo a Giancarlo una posición en la clasificación de nuestras amistades bastante alta.

— En el primer auto servicio, me paro —le digo —así lo llamo por teléfono y nos ponemos de acuerdo para cenar juntos.

— Perfecto, también necesitaba una parada —aprueba —un buen café italiano y una visita al baño.

— Hagámoslo al contrario —le propongo —Ve primero al baño, así hago la llamada y luego podemos beber el café juntos.

Cuando, después de unos minutos, me reúno con ella en la barra del bar, el camarero está ya preparando nuestros cafés.

— ¿Y bien? —me pregunta Fabienne con la mirada.

— Todo organizado. Nos vemos mañana a las 20 horas en la trattoria de la *Sciura Pina*, una a las que íbamos cuando éramos estudiantes. Es increíble que exista todavía, con todos los cambios que la ciudad ha sufrido en los últimos años —le digo volviendo con la mente a quince años atrás —E incluso es más increíble que todavía sea gestionada por la *Sciura Pina*. Será porque éramos jóvenes y a aquella edad incluso uno de cuarenta años te parece viejo, pero la Pina ya tenía una edad. ¡Quién sabe cómo es ahora!

— ¿Quién es esta *Sciura Pina*? —me pregunta Fabienne interrumpiendo el flujo de recuerdos.

— Es verdad, perdona, estoy tan habituado a tenerte a mi lado que a veces pienso que llevas conmigo toda mi vida y sabes todo de mí. Para comenzar, *Sciura* es un término dialectal lombardo que significa señora —explico —así que *Sciura Pina* es Señora Pina, diminutivo de Giuseppina. Para muchos de nosotros fue una especie de segunda madre. Cocinaba platos típicos milaneses como hechos en casa, con precios justos y raciones abundantes. Y además nos conocía a todos por el nombre y, al recorrer las mesas para recoger las comandas o para llevar la comida, siempre tenía una ocurrencia preparada, algo que decir a cada uno. Todo un personaje de la Milano de entonces —exclamo.

— Has despertado mi curiosidad, me gustaría conocerla —me dice mi prometida con aire malicioso —Quién sabe si no me contará alguna anécdota sobre ti y tus novias milanesas.

— Venga, no te pondrás celosa con quince años de retraso —le sermoneo.

— No, no te preocupes —me responde —es sólo curiosidad. Sé tan poco de ti cuando eras joven que la ocasión de conocer a alguien que te ha conocido cuando yo no estaba todavía, me da la ocasión de comprenderte mejor.

El resto del viaje transcurre con relatos sobre mi juventud en Milano: los amigos, los estudios en el Conservatorio, las veladas tocando música en los lugares de los *Navigli*, las bromas que nos gastábamos unos a otros.. pero también las exigentes jornadas de estudio.

Capítulo 7

24 de noviembre -- Domingo

El despertador esta mañana no ha trabajado, una tradición muy nuestra ya que tenemos la suerte de poder dormir toda la mañana porque trabajamos hasta bien entrada la noche. Como es normal nos despertamos sobre las 9 y, después de asearnos, nos permitimos por hoy el desayuno en la habitación. El tiempo es variable pero parece que mejorará. Busco en las distintas app meteorológicas información sobre la previsión del tiempo por la tarde.

— Hoy habrá buen tiempo —le digo a Fabienne, ocupada en cepillarse repetidamente el cabello —Por la tarde podremos ir a visitar algunos sitios característicos de Milano, de esta manera cumplo mi promesa y al mismo tiempo podrás hacer unas cuantas fotografías para usar como punto de partida para las acuarelas que te ha encargado Serena.

—¡Uh, uh! —murmulla Fabienne asintiendo con la cabeza, porque mientras se está cepillando, ha puesto un par de horquillas entre los labios para poderlas usar dentro de un rato. Mientras espero a que esté preparada, compruebo mi correo electrónico y encuentro el mensaje del transportista al que hemos confiado la misión de transportar nuestro equipo desde Roma a Milano.

— El transportista nos confirma la entrega para mañana por la mañana a las 10 —le digo a Fabienne

— ¡Mmm! Bien, de esta manera por la tarde podré entregar algunas porcelanas a Federico Viscardi, el anticuario de ahí abajo, y comenzar a pensar en cuáles bocetos realizar para Serena —me responde ya entusiasmada por las reanudación de su trabajo.

— ¿Qué te parece —le propongo —si nos damos un baño hasta las 11 horas? Luego vamos al vestíbulo a ojear los periódicos y adelantamos la comida a las 12, de esta manera nos queda más

tiempo para visitar la ciudad. Dado que en esta estación oscurece muy pronto, podrás fotografiar algunos lugares con la luz diurna, otros a la caída del sol y luego, después de las 5, con la iluminación artificial.

— ¡Ok, aprobado! —me confirma con una gesto de la mano Fabienne.

Bajamos a la piscina cubierta y, mientras nadamos en paralelo, intentamos agrupar los lugares para visitar con la luz natural y cuáles más pintorescos con la iluminación artificial.

— El Duomo y el Castillo resultan espléndidos, con la iluminación —le digo —Los Navigli y el *Vicolo delle lavandaie*, quizás sean incluso más hermosos con la luz diurna.

— Bueno, de todas formas, si es necesario, me podría volver a acompañar a fotografiar los mismos lugares en distintas condiciones en día sucesivos —me dice.

— Claro, pero ten en cuenta que, si el encuentro con Franca Grandi me convence, también yo deberé trabajar para crear música para la exposición de sus esculturas en la Bocconi —le recuerdo.

— *Oui*, me había olvidado —exclama dándose un golpe con la mano en la frente, cosa que le hace perder el ritmo de las brazadas y tragar un poco de agua. Me paro para atenderla mientras reactiva las vías respiratorias.

— Querrá decir que si tu no puedes acompañarme iré yo con un taxi —me dice en cuanto es capaz de hablar.

— Venga, albondiguilla —la provoco —ahora basta de charlas. Veamos quién termina primero diez largos sin parar.

Al quinto largo Fabienne está ya desinflada, sopla como una vieja locomotora a vapor y se lamenta como la persiana de un antiguo palacio bajo las ráfagas del viento en una noche de tormenta. Caballerosamente, le digo que yo también estoy cansado y propongo terminar la actividad física a favor de una más relajante *sesión de lectura de periódicos* en el vestíbulo, después de una ducha

rápida y un paso por nuestra suite para arreglarnos y cambiarnos para la comida.

Estamos siguiendo con precisión el guión previsto, por lo que nos queda una media hora larga para hojear los periódicos. Más o menos las mismas noticias habituales: crisis económica y maniobras económicas para reducir la deuda pública italiana creciente, pocas consoladoras comparaciones con otras naciones atrapadas en problemas similares, los acostumbrados escándalos que comprometen a políticos italianos (que conceden entrevistas sobre presuntas maquinaciones tramadas contra ellos por los jueces) los habituales escándalos que involucran a políticos europeos o americanos (que, en cambio, dimiten por lo general incluso por acusaciones menos infamantes, en cuanto son descubiertos por la prensa o los jueces).

Más interesantes son los artículos, de los que se profundiza en las páginas de la edición milanesa, concernientes a la presentación de la Temporada de ópera, ballets y conciertos del Teatro alla Scala. El Superintendente Togni expone en todas las entrevistas los puntos de fuerza y las novedades, desgrana los nombres de los grandes intérpretes que se relevarán en el escenario... en definitiva, hace publicidad, como es su obligación.

El tema me hace recordar al amigo Giancarlo Traversi, primer clarinete de la orquesta della Scala y a la cena que hemos programado para esta noche. Fabienne, que ya desde hace unos minutos ha dejado de hojear los periódicos, me mira, silenciosa pero claramente ansiosa.

— He entendido —la prevengo. —Tienes hambre.

— Sí —admite —pero no sólo eso. Tengo ganas de visitar la ciudad y hacer las fotografías que necesito.

Vamos al comedor y Emanuele, el Maitre, se acerca para proponernos los platos del menú del día. Nos decidimos por platos ligeros y que se preparen rápidamente: gambas con pesto de menta y lima, lasaña de pescado en blanco con salsa de perejil y lima.

Mientras esperamos, Fabienne me guiña un ojo señalándome al

camarero Alberto que constantemente da vueltas alrededor de la mesa con la hermosa rubia que le gusta.

— Parece un planeta atraído por la fuerza de gravedad de su Sol.

— Yo diría que parece más un oso atraído por la miel —sostiene Fabienne con una pizca de malignidad femenina hacia el género masculino.

— Venga, no te pongas celosa —le digo —si por una vez un hombre mira a otra en vez de dedicarte todas sus atenciones.

Mientras Fabienne me responde con una deliciosa mueca, Alberto nos viene a traer los platos ordenados. Es un muchacho muy joven, simpático, alto y bastante guapo, seguramente acaba de salir de la escuela de hostelería y está cogiendo experiencia en un hotel de este nivel. Aprenderá, con el tiempo, a no mezclar el trabajo y las hormonas, si no quiere complicaciones. Mientras tanto, sin embargo, no consigo resistir a la tentación de tomarle un poco el pelo.

Haciendo como si nada le digo:

— Una hermosa muchacha la de la mesa de la esquina. Deben ser clientes muy importantes dado que te han ordenado seguirlos con asiduidad.

— No, no —se defiende —son clientes normales. Estoy allá porque es más cómodo para entrar en la cocina para coger los platos.

Las palabras son pronunciadas casi en un tono normal (tiene un buen nivel de autocontrol y de caradura el muchacho) pero los dos sofocos rojizos que le cruzan las mejillas dicen que la punzada ha dado en el blanco. Cuando Alberto viene con el segundo plato de nuestra comida está sobre ascuas y demuestra tener una cierta prisa por servir a otras mesas.

— Lo has puesto en problemas —me riñe Fabienne.

— Sí, pero lo he hecho sin malicia —me justifico. —Debe aprender a gestionar las relaciones con los clientes de manera profesional. Esta pulla quizás lo ayudará a reflexionar sobre ello.

—Vaya. Dijo la sartén al cazo: ¡no te acerques que me tiznas! Justo tú dices esas cosas. Si no estuviese yo cada noche al lado de tu piano a mantenerte bajo control, ¿sabes cuántos encuentros poco profesionales con las *monas* demasiado maquilladas que van a lisonjear...?

— Son acusaciones infundadas —replico con aire de monaguillo —Y, de todos modos, esas bellas señoras que tú llamas *monas*, yo nunca las he alentado. Desde que estás tú...

Al acabar la comida, mientras dejamos nuestra mesa que Alberto está recogiendo, le digo: *Ueh, fa minga il bauscia!*, que de nuevo hace que se sonroje. Nos vamos del comedor riéndonos tontamente. Después de una rápida parada en la habitación para lavarnos los dientes, salimos enseguida para poder aprovechar mejor la tarde soleada que *Giove pluvio*[7], obviamente ocupado en otros sitios, está concediendo a la ciudad.

Comenzamos nuestra gira turística desde la plaza del Duomo, porque se puede llegar a pie desde nuestro hotel en pocos minutos. Los pórticos, el Arengario, el Palacio Real, la Galleria Vittorio Emanuele (con el tradicional paso supersticioso sobre los atributos, ahora ya hundidos, del toro representado sobre el pavimento) y, saliendo por la parte opuesta, el Ayuntamiento, la Scala y via Manzoni hasta los arcos de Porta Nuova.

Mientras caminamos hago de cicerón a Fabienne con lo que sé, mezclando informaciones con mis recuerdos de acontecimientos y situaciones importantes en aquellos lugares de mis años de juventud. Recorriendo al contrario via Manzoni y girando a la izquierda nos metemos a continuación en las calles del *Quadrilatero della Moda*: *via Montenapoleone, via della Spiga, via S. Andrea*...

— Hoy no tengo tiempo para escaparates —me comunica de manera profesional Fabienne —pero los próximos días me tomo una tarde para venir a hacerles ojitos y unas pocas compras.

Su tarjeta de crédito, encerrada en el bolso y atrapada entre documentos y los billetes de la cartera, ya estaba comenzando los ejercicios de calentamiento para no encontrarse desprevenida cuando se la necesite. Después de llegar a la plaza S. Babila vamos

por Corso Venezia hasta Porta Venezia. Desde allí comienza la recta de Corso Buenos Aires que conduce al fatídico Piazzale Loreto, donde los instintos de los milaneses se expresaron con tanta fuerza contra los restos de Mussolini como cuando habían manifestado anteriormente en alabarlo.

Durante el recorrido Fabienne no ha parado de fotografiar con su cámara digital los lugares visitados, tomando diversos encuadres que podrían resultarle útiles. Porta Venezia ha impactado en la fantasía de Fabienne, por lo tanto le propongo tomar un taxi y dar una vuelta por los antiguos bastiones de la ciudad, hoy una carretera de circunvalación, parándonos para ver las otras Puertas y los lugares más interesantes.

Desde Porta Venezia, girando en el sentido de las agujas del reloj, llegamos, después de unos cuantos frenazos y puestas en marcha debidos al tráfico y a los semáforos, a Porta Romana y Porta Ticinese, al sur de la ciudad. Dado que estamos en la zona de los *Navigli*, decidimos dejar el taxi y seguir a pie, primero sobre el *Naviglio pavese* y luego sobre el *Naviglio grande*. La luz ya se está desvaneciendo y las ventanas de las casas que se iluminan son cada vez más numerosas.

También las farolas de la iluminación pública comienzan a funcionar, primero tímidamente, con un par de ráfagas de luz seguidas por una débil claridad continua que cada vez se hace más fuerte a medida que las lámparas se calientan. En esta luz incierta entre el día y la noche Fabienne fotografía desde distintos ángulos el *Vicolo delle lavandaie*, uno de los rincones más queridos de la vieja Milano por los pintores locales.

Luego, desde la plazuela que hay delante de la estación de Porta Genova, tomamos unos de los viejos y tradicionales tranvías milaneses, en muchas líneas suplantados por unos más modernos, pero menos típicos, modelo Sirio, para llegar a la zona de Piazza Castello. Después de otra ráfaga de fotografías volvemos hacia el Duomo aprovechando la amplia zona peatonal que conecta el Castello con la principal plaza ciudadana y volvemos al hotel.

— Uno de estos días te llevaré al Conservatorio —digo a Fabienne —pero una tarde entre semana cuando el instituto está vivo, lleno

de estudiantes, de sonidos que salen de cada aula y se mezclan en una extraña composición aleatoria hecha de timbres de los instrumentos que se usan en cada aula.

— Ahora estoy un poco cansada —me dice mi novia —tengo material para decenas de acuarelas entre el que escoger los temas para Serena.

Ahora ya estamos cerca del hotel por lo que decidimos concedernos una hora de descanso antes de ir a la cita para cenar con Giancarlo.

Capítulo 8

A las 19:30 salimos del hotel, cogemos un taxi y le pedimos que nos lleve a las Colonne di S. Lorenzo.

— Es otro de los lugares típicos de Milano —digo a Fabienne. —Dado que está cerca de la trattoria de la *Sciura Pina* aprovecho para mostrártelo. Desde hace unos años es el lugar de encuentro de los jóvenes de Milano, los de la movida.

A esta hora y en esta época, obviamente, es menos frecuentado. Unos pocos pasos y llegamos al sitio de nuestra cita con Giancarlo. Es una calle lateral, apartada del tráfico porque sólo acuden allí los habitantes del barrio y los empleados de las oficinas que tienen su ubicación en la zona. Me paro en la acera para echar un vistazo al interior. Lo hago con una mezcla de nostalgia y de temor, como imagino que nos ocurre a todos cuando se vuelve después de mucho tiempo a los lugares a los que se iba cuando se era joven.

La trattoria ha permanecido idéntica a como era: dos escaparates, en uno de los cuales se abre la puerta de entrada al local, un viejo mostrador de los años 50 tras el que se encuentran las bebidas digestivas y donde la *Sciura Pina* prepara la cuenta mientras habla con los clientes. Delante de la entrada la puerta de la cocina, desde la cual la susodicha entra y sale continuamente con las bandejas de los platos en la mano, ayudada por una joven camarera. A la izquierda el paso que conecta con el comedor, parcialmente obstruido por una mesita coronada por un jamonero donde la *Sciura Pina* lonchea a mano deliciosas lonchas de carne de cerdo curada.

Cáspita, hablar de comedor es bastante exagerado. En realidad es una habitación que puede contener nueve o diez mesas, para un total de unos treinta clientes. Esto explica, junto con la generosidad de la cocina y las características de la propietaria, porque la trattoria está siempre al completo. Si no se reserva, uno se ve obligado a escoger entre cambiar de sitio o esperar pacientemente a que quede libre una mesa.

También esta noche la situación es la misma, pero, por suerte,

Giancarlo ha reservado con tiempo, de hecho lo veo acomodado a la mesa... pero no está solo, está hablando con un hombre sentado enfrente de él, del que sólo veo la espalda. En cuanto entramos, nos cruzamos enseguida con la Sciura Pina que va cargada con unos platos recién retirados de una mesa.

— *Signur* —exclama — *Tel chi Max! Te set minga pussée cambiat in quindes ann!* (Aquí está Max, no has cambiando mucho en quince años, traduzco a Fabienne). *A parte la burigia* (aparte de la panza), continúa tocándome con el codo derecho la barriga, de todas formas no tan evidente.

— *Ma 'speta un cincinin che porte in cusina un piacc* (espera un momento que llevo a la cocina los platos, continúo con mi trabajo de traducción simultánea para Fabienne) me advierte desapareciendo detrás de la puerta de la cocina y reapareciendo un segundo después con los brazos abiertos para un abrazo rápido, como es típico en ella.

— ¿Y esta hermosura? —me pregunta pasando a su segunda lengua, el italiano, que usa sólo con quien no conoce —¿es tu esposa?

— Fabienne, mi prometida —hago las presentaciones recíprocamente —la famosa *Sciura Pina*.

— ¡Caray, el mujeriego de siempre! —suspira llamándome con el apelativo cogido del Don Giovanni de Mozart que me había endosado en la época del Conservatorio, cuando me veía traer a cenar a muchachas distintas.

— No, no, *Sciura Pina* —respondo estrechando contra mí a Fabienne —esta vez es algo serio.

— Venid —nos dice ayudándose con su gestualidad instintiva. —Giancarlo ya ha llegado... ¡y ha traído una sorpresa! —añade con el tono del que lo sabe todo.

En cuanto Giancarlo nos ve llegar se levanta y viene hacia nosotros, abrazando a Fabienne, a la que ya conoce, y estrechándome cordialmente la mano. Le hago una señal con la cabeza en dirección a la espalda del personaje sentado a nuestra mesa, como

preguntando.

— Ah, no te he dicho nada porque quería darte una sorpresa —me dice nervioso —¡Ven!

Cuando llegamos a la mesa el personaje misterioso se levanta y finalmente veo su cara.

— ¡Christian! —exclamo, cogido por sorpresa por el encuentro inesperado. Un abrazo de camaradas sella el reencuentro después de quince años de distanciamiento.

— Ella es Fabienne, mi prometida —digo después de unos segundos de silencio debidos a la alegría y a la emoción por el encuentro. —Él es Christian von Buchlid —continúo, esta vez hablando a mi amor.

— Era alumno del Curso de Dirección de orquesta en los años en que Giancarlo y yo íbamos al conservatorio —explico —Vino desde Alemania a Italia con una beca de un año de duración, luego decidió quedarse durante otros dos años. No sé si por la calidad de la enseñanza, por la comida italiana o por la extraordinaria simpatía de los amigos que hizo —bromeo.

Mientras nos sentamos a la mesa comenzamos a recordar los viejos tiempos, cuando se nos hacía tarde bebiendo vino y tocando música en las hosterías de los *Navigli* o en las noches en el 17, famoso local musical en vía Fiori Chiari que había ocupado el lugar de una célebre casa de tolerancia cerrada en los años 50 con la ley Merlin.

— Christian formaba parte de nuestra formación de base: yo con el piano, Giancarlo al clarinete y saxofón, Christian era un improvisado batería.

— Realmente no podía ponerme a dirigiros a vosotros dos —comentar con ironía el amigo alemán —tocar la batería era la única manera para hacer que mantuvierais el ritmo, sobre todo después de la segunda botella de vino.

— *Alura* —nos interrumpe la *Sciura Pina* materializándose silenciosamente a nuestras espaldas —¿habéis venido aquí a comer

o a hablar? Esta noche tenemos de primero *risotto alla milanese*, *gnocchi al gorgonzola* y *penne al radicchio e pancetta*, las que tanto te gustaban —concluye dirigiéndose a mí, mostrando no haberse olvidado de mis preferencias. —De segundo *osso buco con la polenta, funghi trifolati e cotoletta, stufato di asina*.

Después de recoger los pedidos, mientras pone la mesa y nos trae vino tinto en uno de los tradicionales contenedores de la hostería de un tiempo, la *Sciura Pina* nos recuerda como unos estudiantes que siempre estábamos sin un cuarto y hambrientos.

— Ya —confirmamos a coro —por esto nos hacía unas porciones superabundantes.

— *Adess*, sin embargo, me parecéis unos *sciurec*, *che elegansa ehh, avete fattoi la grana*[8] —comenta.

— Sin embargo, todavía venimos a comer aquí porque es la mejor trattoria de la ciudad —le contesto.

— Desde hace años soñaba con venir a Milano para comer aquí —remacha Christian.

— Piensa que —añade Giancarlo riendo —he aceptado venir a dirigir a la Scala sólo para volver a comer en *Sciura Pina*.

— ¿De verdad? —exclamo yo —Sabía que estabas haciendo carrera pero todavía no había leído tu nombre en la cartelera de la Scala. Los artículos de esta mañana en los periódicos se concentraban sólo en los nombres de los cantantes.

— Imagino que hablarán de ello los próximos días, después de la conferencia de prensa que tendré mañana —nos explica Christian.

— Es verdad que es un buen objetivo para ti dirigir una ópera en la Scala —le digo sinceramente.

— Sí, creo que será mi auténtica consagración a nivel internacional —confirma el director —Hasta ahora he dirigido en distintos teatros europeos, también importantes, pero esta ocasión, si todo va bien, para mí podrá representar el trampolín hacia los grandes teatros americanos. Se lo debo todo al Maestro Galimberti, con el que he

tenido una larga relación, como estudiante primero y luego como amigo. Y aquí, en Milano, el haber sido su alumno predilecto me ha abierto seguramente muchas puertas —admite honestamente.

—En la orquesta gozas de una buena reputación —le informa Giacarlo que, evidentemente, ha escuchado comentarios de los colegas músicos. —Cuando has sido presentado por el Superintendente el lunes pasado, en ocasión del primer ensayo, has sido capaz de transmitir seguridad y, al mismo tiempo, has dado un mensaje de confianza a la orquesta que ha sido muy apreciado.

— ¡Ah! Así que vosotros os estáis viendo desde hace una semana —intervengo yo.

— Vale, sí —admite Giancarlo con tono de falso culpable —he mantenido el secreto para mí. —Luego añade: —Pero ha sido para bien. El sábado, cuando me has llamado por teléfono después de leer mi correo electrónico, nos hemos puesto de acuerdo para la cena de esta noche, no te he dicho nada porque, antes quería saber si Christian estaba libre esta noche. Luego, juntos, hemos decidido no avisarte y darte la sorpresa de que lo encontrases sentado a la mesa.

— En efecto, ha sido una sorpresa —admito —e incluso muy bien preparada: ¿de quién ha sido la idea de la puesta en escena con él sentado de manera que no fuese visible desde el escaparate y la entrada?

— Yo soy el responsable —admite Christian —A fuerza de trabajar con los directores también estoy comenzando a ver la vida como un espectáculo teatral.

—A propósito de teatro. Así que serás tú el que dirija el Macbeth de Giuseppe Verdi en la inauguración de la Temporada lírica.

— Sí. Para mí es el primer Macbeth y, por lo tanto, he comenzado a estudiarlo hace meses, primero leyendo el original de Shakespeare, luego comparándolo con el libreto realizado por Francesco Maria Piave para Verdi (que no presenta unas variantes particulares, a no ser por las peculiaridades ligadas a la distinta finalidad de los dos textos). En fin, me he dedicado al estudio de la partitura,

comparándola incluso con las distintas interpretaciones de los grandes directores del pasado.

— Bastante trabajo —comenta Fabienne. —No pensaba que detrás del gesto de un director de orquesta hubiese una preparación tan cuidada, incluso literaria.

— Ya —vuelve a hablar Christian —el gran público cree que basta mover con elegancia los brazos y la baqueta, quizás sobre actuando un poco para la cámara de televisión, como a veces veo hacer a colegas más atentos que yo al *marketing*. La verdad es que los que entienden, que no son muchos pero saben hacerse escuchar, se lo toman en serio, sobre todo con un director que se muestra por primera vez en un escenario tan prestigioso. Si realmente queréis saber la verdad —continúa Christian bajando la voz —sólo pensar en la primera representación me aterroriza. Luego, por suerte, vuelve la racionalidad y la confianza en el trabajo hecho, que me permiten pensar positivamente.

— A propósito —pregunta volviéndose a Giancarlo —¿los *loggionisti*[9] de la Scala todavía son tan terribles como lo eran en el pasado?

— Digamos que quizás son menos agresivos, un poco porque el recambio generacional ha sacado de la escena a los más ancianos, a menudo los que tenían ideas preconcebidas e inamovibles, a favor de un público más preparado. De todos modos, ten en cuenta que su atención se concentra en primer lugar sobre los cantantes —lo tranquiliza —Es más fácil encontrar defectos en las voces, incluso sin ser unos expertos musicólogos. Una preparación bien distinta hace falta para juzgar la dirección de una orquesta. A menos que no hagas unos errores clamorosos o elecciones totalmente contracorriente con respecto a las interpretaciones anteriores —termina Giancarlo —puedes estar tranquilo. Además eres magnífico, ya lo he visto en los primeros ensayos.

— ¿Es cierto que algunos cantantes montan escándalos y rabietas memorables? —pregunta Fabienne cambiando de tema hacia un argumento más frívolo.

— Aparte de las leyendas que circulan en los periódicos —le

responde Christian —algunos hechos ocurrieron realmente y muchos otros no salieron de los muros de los teatros debido a la discreción de quien estaba presente.

— Seguramente a algunos cantantes el éxito se les subió, y se le sube, a la cabeza —se entromete Giancarlo. —Yo mismo recuerdo algunos episodios sucedidos en la Scala y otros me los han contado colegas más antiguos que yo, en los que los directores de orquesta y los directores artísticos de esa época pusieron a dura prueba su paciencia y sus respectivas capacidades diplomáticas.

— Por no hablar de las auténticas guerras entre divos, como en el caso de la Callas y la Tebaldi, que eran fomentadas por los periódicos y por los respectivos fans —recuerdo.

— Con respecto a rivalidades no debemos retroceder demasiado en el tiempo ni tan lejos en el espacio —dice Giancarlo —incluso en este montaje de Macbeth tenemos una situación parecida entre el joven Jenissov y el famoso Aslow.

— Es cierto —comenta con expresión preocupada Christian —como si no bastasen las preocupaciones normales ligadas a un compromiso tan importante, también debo esperar que Jenissov y Aslow no peleen entre ellos a costa de la representación.

— ¿Por qué están en desacuerdo?

— Un poco de sana rivalidad con los otros artistas siempre está presente en cada personaje del espectáculo —explica Christian —pero aquí la situación es más compleja de lo habitual. Por una parte tenemos a un joven y prometedor bajo barítono, el ruso Dmitri Jenissov, que en Milano interpretará a Banco, uno de los antagonistas de Macbeth, voz de bajo. Tiene una voz con una gran extensión que le permite interpretar tanto papeles de bajo como de barítono dramático. Hace poco que ha entrado en el *star system* lírico y está impaciente por aumentar su fama a expensas de nuestros monstruos sagrados, el primero de los cuales es el inglés Arthur Andrew Aslow, el protagonista de nuestro Macbeth, voz de barítono. Hace algunas semanas Jenissov, que fue entrevistado por un conocidísimo periódico estadounidense en el marco de su aclamada actuación en el Metropolitan de New York en el papel de

Escamillo, en la Carmen de Bizet, ha perdido la ocasión para referirse a las críticas no precisamente positivas obtenidas por Aslow en el mismo papel algunos meses antes en el Opera House de Sydney. Imagino que Aslow no se lo haya tomado bien. Para comprender su papel en el mundo de la lírica basta citar el apodo que le han atribuido, *Big Triple A*, por las tres A de sus iniciales, por su notable tamaño pero también por la calidad indiscutible de sus prestaciones.

— Por lo menos hasta hace unos meses —insinúa Giancarlo —ya que ahora parece que su voz se ha fatigado y muestras algunas señales de desgaste, después de años de continuas tensiones por las frecuentes representaciones en cada uno de los teatros importantes del mundo.

— Es verdad —revela Christian. —Me he enterado por un amigo, director de orquesta de la última producción en que Aslow tenía el papel protagonista (hacía Rigoletto en la homónima ópera verdiana), que hubo momentos de tensión durante los ensayos con el piano pues tuvo que interrumpir repetidamente a Aslow a causa de problemas en su entonación y calidad vocal en algunos momentos de la ópera. Aslow tuvo una crisis nerviosa, rechazó aceptar las críticas, si bien hechas amablemente. Dejó el ensayo a la mitad refugiándose en el camerino y rehusando volver. Fue necesaria mucha diplomacia para poner fin al asunto. Evidentemente la larga costumbre de Aslow al éxito y al predominio en su campo lo han vuelto muy sensible a las críticas negativas.

— Probablemente está llevando muy mal su declive, inevitable en todos los artistas pero más precoz en los cantantes con respecto a los otros —comento. —Aslow estará intentando aferrarse con uñas y dientes a su papel de monstruo sagrado.

— Por suerte —volvió a hablar Christian —yo ya he hecho los ensayos con los cantantes por separado (también con Aslow) con el acompañamiento al piano y hasta ahora no he tenido muchos problemas. Quizás los dos meses de pausa de conciertos y giras antes de comenzar los ensayos aquí en Milano le han permitido poner a punto su voz. Es verdad que ahora estoy intentando gestionar una bonita situación: Aslow en plena crisis de pérdida del

papel de Big, Jenissov, que lo ha criticado e intenta sustituirlo, que canta en la misma ópera. Añadamos que es mi primera vez en la Scala... y la receta está completa. Sólo veo dos posibilidades para mí: o consigo controlar música y tensiones personales y entonces será un éxito, o será un fiasco total.

— Para colmo —añade Christian —está la mujer de Aslow, que es omnipresente y mantiene de manera obsesiva el papel de monstruo sagrado conquistado por el marido, quizás incluso gracias a la ayuda y las continuas exigencias de la mujer a través de los años. Arthur, prácticamente, no da un paso sin que la mujer esté detrás, que interviene, puntualiza y da su opinión cada vez que le parece que *su Art* es tratado por debajo de su papel de estrella. Me ha dicho el director de escena que ahora ya en el teatro todos la llaman Lady Macbeth, debido a la influencia que ostenta su marido, justo como en el drama de Shakespeare que estamos representando.

— No conozco esta obra de Shakespeare —interviene Fabienne —¿Qué tiene que ver la señora Aslow con Lady Macbeth?

— En el drama Lady Macbeth es aquella que empuja al marido al delito por ansias de poder —le explico.

— Pero al final ninguno de los dos podrá gozar de los frutos del poder obtenido con el engaño y el asesinato —continúa hablando Christian —Ella morirá en el delirio provocado por el remordimiento imaginando que ve sus manos manchadas con la sangre de los inocentes muertos por su causa; Macbeth, después de ser atormentado por la visión del fantasma de Banco, al que mandó matar por medio de unos asesinos a sueldo, muere en duelo a manos de Macduff, noble leal a la familia real, cuyo trono Macbeth ha usurpado gracias al asesinato del anterior rey Duncan.

— Bueno, esperemos que la moderna Lady Macbeth no lleve a Aslow a un fin tan trágico —responde Giancarlo irónicamente —lo digo también por Jenissov, que interpreta el papel de Banco, el enemigo al que Macbeth hace asesinar por los sicarios.

— La pintáis como a un monstruo, pobre señora Aslow —interviene Fabienne en defensa de su género.

— Te aseguro que el retrato no ha sido exagerado —mantiene Giancarlo.

— No todas las mujeres de los artistas son así —sentencia Christian —sin embargo, es verdad que algunas viven indirectamente las glorias de los maridos como si fuesen de ellas. Llevan una vida muy particular y esto hace que, a veces, pierdan el sentido de la realidad.

— En el caso de Aslow no es una mala vida —suspira Giancarlo —continuos viajes por todo el mundo, hoteles fabulosos, encuentros con todas las personalidades de la cultura, de la política, de la alta sociedad...

— Ya, un poco como nosotros, ¿verdad, Max?

— Bueno, no exageremos, viajes y hoteles fabulosos sí, algunos encuentros con personalidades importantes, también, pero realmente no puedo compararme con una estrella de la lírica —me defiendo. —Como compensación puedo decir que tengo a mi lado a una dulcísima muchacha que no me estresa casi nunca.

— ¿Cómo que casi? —se enoja Fabienne. —Además, ya conoces el dicho: Detrás de un gran hombre...

— ¡Cierto, cierto! —admito para no comenzar la discusión sobre las relaciones hombre-mujer. —Volviendo a nuestro Triple A, si es verdad que detrás de un gran hombre (y Aslow lo es en todos los sentidos, artístico y físico) hay siempre una gran mujer, también es verdad que a menudo este estar siempre encima de alguien puede desgastar los nervios del desventurado. Sujeto a las presiones conyugales, que se suman a aquellas, nada despreciables, del mánager personal, de los agentes teatrales, de los directores artísticos, de los críticos y del público (que a menudo es inclemente y manifiesta su ruidosa desaprobación con toda representación inferior a lo esperado), se puede comprender que los nervios a veces pueden saltar.

— Para compensar también están los *fanáticos pro artista* —añade Christian para llevar la discusión hacia temas más ligeros. —Lo siguen en todas las novedades discográficas, van a todos sus

espectáculos a una distancia aceptable de su residencia, leen con avidez los artículos de periódico dedicados a ellos, visitan su sitio de internet y todos los creados por los fans que escriben post halagadores con respecto a su héroe y venenosas críticas a quien se atreve a criticarlo.

— ¡Buena idea! —exclamo. —Giancarlo y yo montaremos en Facebook un club de fans italiano y escribiremos unos post muy entusiastas cada vez que dirijas.

— Ya comprendo —responde Christian con descontento simulado —me toca pagar la cena para mantener contentos a mis seguidores.

Una carcajada colectiva cierra la cena. Ahora ya es tarde y para Christian los próximos días serán muy complicados, por lo tanto prefiere no robar horas al sueño. Nos ponemos de acuerdo, sin embargo, para un próximo encuentro, mañana por la noche, esta vez serán mis huéspedes, en el piano-bar. Giancarlo llevará el clarinete y el saxofón e interpretaremos juntos alguna pieza de jazz.

— ¿Debo conseguirte una batería y unas baquetas para tocar con nosotros? —le pregunta Giancarlo a Christian —Podríamos volver a constituir por una noche nuestro trío.

— La idea me tienta —responde el amigo alemán —pero no querría que la cosa fuese malinterpretada. A partir de mañana aparecerán en los periódicos artículos y fotografías que me afectan. Mi imagen pública estará ligada a la de la Scala.

— ¡Oh, oh! —canturreamos a coro Giancarlo y yo —nuestro amigo comienza a preocuparse como una estrella.

— Fuera bromas —vuelvo a hablar seriamente —quizás tengas razón. Ahora tienes que defender tu imagen pública.

— En efecto, el público de la música culta, y concretamente el de la ópera, es muy conservador —reflexiona Giancarlo. —Quizás no les gustaría un director de orquesta que, antes de dirigir la apertura de la temporada lírica, toca la batería en un piano-bar.

— ¿Os imagináis los artículos en los periódicos? —exploto riendo:

—La crisis económica golpea incluso a los directores de orquesta y los recortes a la cultura no perdonan a nadie. Christian von Buchlid, el director de orquesta alemán que ha sido acreditado en numerosos teatros europeos, obligado a tocar la batería en un piano-bar para redondear el sueldo.

— Me gustaría ir a un ensayo de una opera lírica —interviene Fabienne que, desde hace tiempo, estaba callada, dejando que hablásemos entre nosotros. —¿Es posible? —pregunta volviéndose a Christian.

— Normalmente no está permitido asistir a los ensayos si no se es un profesional —responde el director. —Aparte de algunos ensayos generales abiertos al público. Sin embargo —añade viendo la expresión de desilusión en la cara de Fabienne —el director de orquesta puede tener unos invitados especiales. ¿Por qué no venís el martes por la tarde? —propone. —Después de los ensayos con el piano con los cantantes y los ensayos de dirección con las escenas, entonces nos encontraremos en la fase del llamado *ensayo a la italiana* durante el cual se canta toda la ópera en forma de concierto, sin movimientos de escena pero con la orquesta. Luego, antes del debut con la primera representación tendremos los tres clásicos ensayos generales: uno acompañado sólo con el piano, llamada *antepiano*, al que siguen el *antegenerale* y el *generale* con la orquesta.

— *C'est fantastique!* —exclama Fabienne aplaudiendo de alegría —¿Vamos? —me pregunta.

— Naturalmente. Es una ocasión ineludible. Podremos vivir la preparación de un espectáculo lírico en directo.

— Perfecto —concluye Christian —Entonces estamos de acuerdo. Os reservaré la *barcaccia*, el palco lateral que da directamente al foso de la orquesta y está muy cerca del escenario, normalmente reservada a los técnicos o a los huéspedes especiales.

Después de los últimos saludos, dejamos a los amigos y volvemos al hotel. Mañana será un día muy completo y por la noche comienzo en el piano-bar.

Capítulo 9

25 de noviembre -- Lunes

A las 9 bajamos a desayunar: las habituales tostadas que unto con distintas mermeladas para Fabienne los *cornetti*[10] crujientes para mí, todo acompañado por zumo de naranja recién exprimido. Alberto, el camarero, muestra haber comprendido las bromas que le hice ayer a propósito de la joven belleza de la mesa de la esquina, y no se lo ha tomado a mal. De hecho, les sirve con alegría, quizás contento por compartir con alguien su joven pasión por la belleza femenina. En cuanto acabamos el desayuno nos vamos al vestíbulo para leer los periódicos, a la espera de la llegada del transportista con nuestro equipamiento.

— Hola Max —me dice una voz procedente de la salita apartado que está detrás del sofá donde nos estamos sentando Fabienne y yo, que, en cambio, está vuelto hacia el mostrador de recepción donde el responsable de turno controla la actividad de las irreprochables empleadas con el uniforme reglamentario.

Me giro y descubro que la voz es la de Emmanuel, Manu para los amigos, que trabaja en la filial del Principado de Mónaco de un gran banco francés. A Manu lo conozco desde hace años, es un cliente fijo del Piermarini Scala, y va con frecuencia al piano-bar. Es de esta manera que nos conocimos. Él, de hecho, todos los domingos por la noche los pasa aquí para encontrarse con sus clientes, en el hotel o en su sede, el lunes. Es una persona muy simpática y amable, siempre correcto en sus modales y en sus palabras, es quizás por esto que consigue transmitir confianza a sus clientes.

— ¡Querido amigo! —le digo sonriendo mientras me acerco para estrecharle la mano. —¿Todavía de viaje por Italia para llenarte la maleta con el dinero huyendo de los impuestos?

— Si los italianos no se fían de su gobierno —me dice en su perfecto

italiano con acento francés —¡es preciso que alguien le ofrezca una alternativa! ¿O quieres que lo hagan todo los suizos de Lugano?

— Por suerte yo no tengo estos problemas —le confieso. —No estoy en condiciones de tener un exceso de dinero para sacar del país.

— El cliente que estoy esperando, en cambio, un comerciante de Pavia, tiene un cliente que ha hecho un poco de dinero y quiere crear, por medio de mi banco, una sociedad en Delaware para pagar menos impuestos.

— Bueno, entonces te dejo solo —me despido de él —no querría arruinar la confidencialidad de tus encuentros. ¿Nos vemos esta noche en el piano-bar? —le pregunto mientras me alejo —Para la primera velada de esta temporada he invitado a un amigo mío clarinetista muy bueno.

— Por desgracia no puedo —me responde. —Mi cita, mañana por la mañana, es a las 8, por lo tanto deberé despertarme muy pronto para ser puntual con el cliente. Sin embargo, el próximo domingo no faltaré.

— Cuento con ello —termino de decir despidiéndome y volviendo al sofá, donde Fabienne me espera leyendo el periódico.

Después de haber satisfecho su curiosidad sobre Manu (quién es, hace mucho que lo conoces, qué hace...) y haber hecho comentarios con la intención de picarme (es fascinante sin embargo... y además es casi un compatriota mío), pérfidamente satisfecha se levanta:

— Voy a dar una vuelta de exploración para encontrar un rincón en el hotel, apartado y luminoso, adecuado para trabajar con mis acuarelas —me dice.—Luego iré a que me impriman las fotografías digitales que saqué ayer en los lugares típicos de la ciudad —añade. —Las haré ampliar e imprimir, escogeré los temas más interesantes y programaré los trabajos para la ejecución y la entrega de las acuarelas para la galerista Serena Maugeri. Incluso podría escoger los temas junto con Serena esta tarde, si tiene un poco de tiempo durante la exposición de la escultora.

— Buena idea, así trabajarás sobre seguro.

— ¿Verdad que te encargas tú de colocar mis cosas en la habitación cuando llegue el transportista? —me pregunta con el tono suplicante que usa cuando se quiere aprovechar de mí.

— Vale, haré que me ayude uno de los muchachos que llevan las maletas de los clientes —la tranquilizo.

Mientras Fabienne se va, satisfecha con su programa, yo me quedo leyendo las páginas culturales de los principales periódicos, en las cuales, naturalmente, no faltan artículos sobre la nueva Temporada del *Teatro alla Scala* y anuncios sobre la conferencia de prensa del día de Christian, el prometedor director alemán que dirigirá a la orquesta en el Macbeth de Verdi.

Con sólo cinco minutos de retraso sobre la hora establecida, algo que tiene algo de milagroso teniendo en cuenta que el hotel está en el centro de Milano y el transportista, al venir de Roma, ha tenido que pelarse con el tráfico urbano siempre congestionado, veo la furgoneta pararse cerca de la entrada del hotel.

La descarga y el transporte a la habitación del equipamiento musical y pictórico, incluso con la ayuda de un servicial encargado de los equipajes que utiliza su carretilla, me tienen ocupado unos cuantos viajes. Por suerte el ascensor nos evita la parte más fatigosa del trabajo.

Coloco de la mejor manera los engorrosos contenedores en cada sitio disponible de la mini suite y decido que les encontraré una posición idónea junto con Fabienne cuando sea posible.

Mientras tanto, llevo los archivadores con las partituras arriba, al piano-bar. Aunque ya muchas piezas las toco de memoria y a menudo sobre las mismas improviso, la presencia de las partituras al lado del piano es tranquilizadora contra la desmemoria. Y además, en caso de peticiones particulares de piezas que no toco regularmente, se revelan indispensables.

Espero la llegada de Fabienne en la habitación y a las 12:30 la veo entrar, feliz por haber completado lo que debía hacer. Después de la comida, hoy toda a base de crustáceos bañados con un Vermentino de Sardegna fresco y aromático, volvemos a subir a la habitación.

Pasamos una hora larga acomodando instrumentos y utensilios, luego nos damos una ducha y nos vestimos para ir a ver a Serena, a la exposición de Franca Grandi.

— Quién sabe porqué se dice *vernissage* también para la inauguración de una muestra de escultura —comenta en alta voz Fabienne durante el trayecto. —Deberían llamarlo *ferrissage* si las esculturas son en hierro.

— Eres adorable —le digo dándole una palmadita sobre la mejilla —sólo tú puedes hacer esas reflexiones tan profundas.

En cuanto llegamos a la galería Maugeri vemos que el evento ha atraído a numerosos invitados. Entramos y enseguida vemos a Serena, ocupada como siempre en una conversación, en este caso con un señor muy serio que debe ser crítico de arte (aparte de la seriedad se le puede reconocer por la bufanda de uniforme de la que alardea con coquetería sobre el chaleco fabricado inspirándose en Chagall).

En cuanto nos ve deja a su interlocutor para venir a nuestro encuentro y, con su habitual carga de energía, nos abruma de palabras arrastrándonos literalmente hacia la primera sala del interior. Entre el bullicio general consigo percibir sólo con claridad trozos de frases, ya que Serena, que se ha puesto entre Fabienne y yo, gira continuamente la cabeza hablando alternativamente conmigo y con ella:

—... Muy feliz de que estéis... Franca está entuasiasma... te debo presentar a un amigo especializado en acuare...

Al llegar a la primera sala del interior no hay que esforzarse para comprender quién es Franca Grandi, basta observar quién es el centro de atención de todos. En este momento está hablando con un grupito de cinco personas, que están a su alrededor, de su última muestra en New York y del éxito obtenido por las instalaciones definidas por ella como *árboles*.

Franca Grandi es un señora no muy alta, de edad indefinida y con un carácter obviamente fuerte. Los rasgos de la cara son decididos y encuadrados por un corte de pelo a lo chico que confirman el deseo

de comodidad y el alejamiento de las peculiaridades típicamente femeninas. También su ropa, pantalones azules y un práctico jersey del mismo color, hablan de su carácter práctico. A su manera de hablar añade una buena dosis de narcisismo, quizás un elemento necesario de personas como los artistas que viven de las relaciones y del reconocimiento ajeno, con un mal genio y aspereza que a veces esconden una profunda timidez.

Serena nos presenta y, justo después, se lleva a Fabienne para presentarle a algunas personas que podrían estar interesadas en sus trabajos. Franca va directa al asunto, proponiendo tutearnos y llevándome a dar una vuelta por las salas para observar su trabajo. Son *árboles*, como los llama ella, que, agrupados, forman un bosque estilizado y simbólico. Las escultura son de distintas formas y dimensiones y están ejecutadas en metal, con el uso de restos de trabajos de la industria de la forja, o en madrea, usando vigas o troncos que tuvieron un uso y una vida anterior, atravesados por clavos oxidados e incluso estos mismo, reciclados.

En una estancia están reunidos sus *tondi*, fondos de viejos barriles sobre los que se han hecho grabados más o menos regulares, para dar el sentido de circularidad o quizás del infinito. Mientras pasamos delante de sus obras Franca me explica su planteamiento creativo: parte de materiales que le estimulan la idea creativa y luego, por acumulación y acercamiento, infunde en ellos unos ritmos, aparentemente regulares pero que en su interior están llenos de pequeñas imperfecciones.

Las esculturas me gustan mucho y la conversación con la autora me está ya impulsando a pensar que podría ser muy estimulante intentar seguir el mismo recorrido creativo de ella adaptándolo a la composición de mi música. Buscar unos sonidos interesantes, ricos de patetismo, toscos e irregulares, y construir con ellos, por acumulación y sobreposición, unas composiciones de estructura vertical, para los *árboles*, y circular y cíclica, para los *tondi*.

— Tengo una idea de partida —le digo —Hablar contigo ha sido muy interesante. En los próximos días intentaré experimentar alguna estructura y luego... veré qué sale. Creo que trabajaré mucho también con los efectos: reverberaciones, ecos, *chorus*, *flanger*... utilizados de manera insólita con respecto al uso tradicional en los

estudios de grabación.

— No he entendido nada —me dice Franca —pero estoy convencida que de ahí saldrá algo original. Me doy cuenta enseguida cuando estoy delante de una mente creativa. Más bien —continúa mostrando que entra en un tema en el que no se siente a gusto —deberemos ponernos de acuerdo para una compensación.

— Por eso no te preocupes. Primero veamos si consigo producir algo bueno, que me satisfaga a mí y que además tú reconozcas que está en consonancia con tu trabajo. Y además —añado para aclarar enseguida mis intenciones —para mí esto es un reto artístico. Entre artistas no tiene sentido hablar de números y dinero. Si te gusta mi música, será una contribución mía para convertir tu trabajo en más emocionante.

— Perfecto —dice Franca estrechándome la mano. —Querrá decir que al final te regalaré uno de mis *árboles*.

— Queda un último punto por aclarar —le digo mientras vamos hacia la habitación donde reina Serena en medio de un montón de personas —la fecha de la inauguración.

— ¡Pues es verdad! —resopla Franca —¡qué distraída! Será el miércoles 4 de diciembre, a partir de las 18 horas. Las esculturas las traerán con anterioridad y yo personalmente las haré disponer como quiero. Se comienza con las intervenciones de los críticos y luego un pequeño buffet. La exposición estará abierta durante diez días.

— Perfecto —le confirmo —debería conseguir preparar la música. Si te parece bien, la mañana del 4 de diciembre iré al lugar de la muestra para comprobar y colocar el equipo audio para la difusión. Comprobaré que todo funcione. Luego nos veremos a las 18 para disfrutar del resultado.

Mientras tanto hemos vuelto cerca del umbral que pone en comunicación la habitación que da a la calle y Franca, con un gesto de su mano, llama a Fabienne para que se acerque a nosotros, que durante todo el tiempo de nuestra conversación ha estado con Serena.

— Ponte al lado de aquel árbol de metal, por favor —le dice mostrándole una escultura de hierro con reflejos plateados. —Bien, es tan alto como Fabienne. Te daré ese.

Mi prometida, que no está al corriente de nuestra conversación anterior, me mira interrogativa, sin entender nada. Cuando se vuelve a acercar a nosotros la misma Franca se explica:

— Necesitaba saber tu altura para decidir qué escultura regalar a Max a cambio de su música.

— *Wow, mais c'est super!* —exclama Fabienne —un intercambio entre artistas.

— ¡Ah, es verdad, venid que os presento! —nos dice Franca que mientras tanto no ha dejado de tener bajo control la situación de los presentes al evento —ha llegado mi amigo Gabriele Trocchi, el crítico que escribirá la presentación del libro que estoy preparando sobre los *árboles*, con el estudioso de la Bocconi que hará la presentación de la muestra donde estará tu música.

En cuanto se acaba la presentación aprovechamos para marcharnos despidiéndonos con la mano de Serena mientras salimos a la calle.

— ¡Uff! —resopla Fabienne —me has dejado sola todo el tiempo. Serena ha sido muy amable, me ha presentado a algunas personas interesantes, pero luego, obviamente, cada uno se ha puesto a hablar con quien ya conocía...

— Perdona —me justifico —pero necesitaba hablar con Franca y comprender si la cosa me podía interesar o no. ¿Qué te parece si, para que me perdones, te llevo a tomar un aperitivo en la Galleria?

— ¿Al lado del Duomo? —me pregunta con los ojos brillantes.

— Sí, justo esa, el salón de Milano —confirmo —Te llevaré a la Terrazza Martini, pero hoy no podemos retrasarnos. Esta noche comienzo a tocar en el piano-bar.

— Sólo media hora —promete mirando el reloj —luego enseguida a cenar. Necesito escucharte tocar y volver a mi puesto al lado del piano.

— Alerta como siempre para mantener alejadas a las *monas*, como las llamas, que vienen a hacerme halagos —la provoco. Una mueca y sacar la lengua en mi dirección son su respuesta.

Capítulo 10

Estoy bastante relajado, a pesar de que la primera noche de cada nuevo contrato me pone un poco tenso. No es la primera vez que toco en el Piermarini Scala, por lo tanto conozco perfectamente el ambiente y el tipo de clientela que más o menos lo frecuenta. El piano-bar del hotel está en el último piso del edificio, bajo el jardín de la azotea, y desde unos amplios ventanales se puede disfrutar de una vista pintoresca de Milano. Por la noche, sobre todo, a los clientes se les ofrece la visión de las agujas iluminadas del Duomo, no muy lejano en línea recta, con la Madonnina dorada que vigila desde lo alto la metrópoli lombarda.

El interior está todo decorado con tonos ocres y beige, con mesitas y pequeñas butacas alternadas con islas dotadas de pequeños sofás. A la izquierda de la entrada está situada la barra del barman, un joven jamaicano que se llama Asafa Johnson al que conocí el miércoles por la mañana, cuando subí al piano-bar la primera vez para la cita con el afinador.

Asafa es la primera vez que está en Europa y todavía debe habituarse al clima realmente diverso. En apariencia es el típico joven jamaicano: alto y con un físico atlético, de movimientos elegantes y naturales, con una cabellera bien cuidada hecha de trencitas cruzadas entre ellas.

Me ha dicho que es un campeón en la preparación acrobática de cócteles, que ejecuta dando vueltas a las botellas detrás de la espalda y sobre la cabeza como hacen los malabaristas con las mazas. Las acrobacias, sin embargo, las hace en las veladas con público adecuado o en aquellas temáticas, por ejemplo cuando los estilistas alquilan el piano-bar para invitar a modelos y compradores internacionales. Sólo de vez en cuando, en las veladas normales, insinúa algunos movimientos acrobáticos para asombrar a una clienta simpática a la que quiere impresionar, me ha confesado.

Esta noche, después de haber ejecutado *Blue dream*, mi composición

habitual que uso como tema de apertura, he tocado *No woman no cry* de su compatriota Bob Marley.

— ¿Sabes que con esta canción Marley no ganó ni un dólar? —me dice, después de haber dado primero el cóctel a Fabienne, mientras apoya sobre la superficie a la derecha del atril lo que él define su especialidad: *Green Jamaica*.

— ¿Cómo es eso? ¿No la había registrado en la Sociedad de Autores?

— Pues claro —me responde gesticulando como suele hacerse en su país —La canción es de Bob pero los derechos de autor fueron traspasados a Vincent Ford, un amigo suyo que dirigía el comedor de los pobres en el barrio de Kingston donde Marley se crió.

— ¡Ah, no lo sabía! Hizo realmente un bello gesto —afirmo mientras saboreo su bebida.

— Buenísimo y exótico —dice Fabienne —¿qué le has puesto?

— Las proporciones son un secreto profesional —declara Asafa —Los ingredientes son *midori* (un licor de melón), licor de banana, malibú (ron y coco) y zumo de piña.

El local se está llenando poco a poco. Hay clientes del hotel a los que conozco por haberlos visto en los anteriores períodos de actividad en el Piermarini Scala. Entre estos, los más asiduos al piano-bar vienen a saludarme al piano antes de sentarse en los sofás o las butacas. En otros casos son personas que no se alojan en el hotel pero que buscan un lugar tranquilo para pasar la velada acompañados por un poco de música.

Toco algunas canciones conocidas americanas como *Round midnight* de Telonius Monk y *Summertime* de Gershwin, alternadas con algunas canciones europeas e italianas como *Les feuilles mortes* de Kosma y *Mi sono innamorato di te* de Tenco, para contentar los gustos de los clientes que provienen de cualquier punto del globo.

Hacia las 22 horas entran Christian y Giancarlo, este último con la funda del saxofón. Sin dejar de tocar les hago una seña para que se

sienten en la salita más cercana al piano que he mantenido libre para ellos.

— Veo que es la noche libre del clarinete —le digo a Giancarlo con un movimiento de cabeza hacia la funda que lleva.

— Sí, sólo he traído el saxo, el clarinete ya lo estoy tocando bastante durante los ensayos de la orquesta con Christian —me responde sonriendo.

Cuando veo que el ambiente está bastante caldeado y preparado para un salto de calidad instrumental, presento a Giancarlo al público y comenzamos a tocar a dúo. Primero un blues, lo justo para calentar el instrumento, luego *Lover man*, una balada escrita por la gran cantante de color Billie Holiday, luego, a continuación, algunos fragmentos cada vez más rápidos: *Take five* de Brubeck, *Giant steps* de John Coltrane y *Ko Ko* de Charlie Parker, considerada la primera canción registrada en el estilo bebop. Los hermosos temas de estas canciones nos empujan a improvisar dando lo mejor de nosotros y el público demuestra su agradecimiento con calurosos aplausos al final de cada solo y de cada canción.

El espectáculo dura más de media hora al término de la cual decidimos cerrar con una versión moderna de *My favorite things* de Rodgers. En el intermedio, después de haber estrechado algunas manos y agradecido a los clientes que han venido a felicitarme por la ejecución, vamos a donde están Fabienne y Christian en las butacas cerca del piano.

— ¡Felicidades, chicos! —dice Christian viniendo a abrazarnos —¡habéis recorrido un largo camino desde las veladas en las hosterías de los *Navigli*!

— Bueno, si hubiese habido un batería hubiera sido incluso mejor —le pincho haciendo referencia a sus temores por su imagen pública.

— Tienes razón —admite —A lo mejor, la próxima vez... cuando termine con mi compromiso con la Scala.

—Ok, lo tomamos como una promesa —lo acorrala Giancarlo.

— A propósito de la Scala —pregunto mientras indico al camarero que nos traiga otros cuatro *Green Jamaica* como los que hemos bebido antes Fabienne y yo —¿cómo están yendo las cosas en el templo de la lírica?

— Bueno, bastante bien —declara Christian satisfecho —Hoy hemos ensayado con los cantantes acompañados sólo del piano. Mañana continuaremos. Todo ha ido como la seda —continúa —excepto por el momento en el que debía llegar Jenissov para el ensayo. No se presentó a la hora establecida. Y sin embargo el Director de palco había mandado a un técnico a avisarle diez minutos antes, tocando a la puerta de su camerino, ¡que dentro de poco le tocaría a él!

— ¿Ha sido una de esas rabietas que tienen las estrellas de la lírica? —pregunta curiosa Fabienne.

— Espera, espera, ahora viene lo bueno —dice Christian como un buen cuentista que quiere tener sobre ascuas al auditorio —Aguardamos unos minutos y luego decidimos que la educación debe ser patrimonio de todos, también de los cantantes famosos. A fin de cuentas también estaba el maestro colaborador esperándolo —continúa.

— Pido otra vez al director de palco que mande a alguien al camerino de Jenissov para recordarle la cita, decidido a marcharme en el caso de que se retrasase más, sin perjuicio de las acciones para aplicar inmediatamente para sancionar un comportamiento semejante.

— Después de unos minutos ambos vemos llegar —vuelve a decir Christian riendo —a Jenissov enfurecido y todo rojo. Detrás, el técnico enviado para llamarlo, al que le costaba contener la risa. —¡No os lo vais a creer! ¡Alguien lo había encerrado con llave en el camerino!

— ¡Increíble! —comenta Fabienne —Como las bromas en el instituto.

— El pobre Jenissov ha gritado a pleno pulmón, que no es poco, hasta casi arruinar su voz. Luego ha pasado a aporrear la puerta pero los pasillos de los camerinos en estos días están desiertos.

Finalmente la providencial llegada del técnico ha puesto fin a la prisión —concluye Christian.

— Amigos, lo siento pero ahora debo continuar con la velada —digo —poneros cómodos y bebed algo más, sois mis huéspedes.

— No te ofendas —me interrumpe Christian —pero yo prefiero volver a mi hotel. Estas jornadas son muy complicadas para mí y es necesario que duerma para estar lúcido durante los ensayos.

— ¡Faltaría más! —lo tranquilizo —entiendo perfectamente la situación.

También Giancarlo decide volver a casa porque ya son las 23 horas. Después de las despedidas vuelvo a mi puesto en el piano mientras Fabienne toma el suyo a mi lado.

— Realmente le han hecho una broma de mal gusto al pobre Jenissov —ríe tontamente Fabienne —Quién sabe quién ha sido. ¿Un cantante rival? ¿Un acreedor a quien Jenissov debe un dinero que no quiere devolver? ¿O a lo mejor ha sido un mensaje de la mafia rusa que lo está chantajeando por...?

— Stop, stop —la paro —No comiences con tus teoría fantasiosas de novela policíaca.

— Sí, sin embargo siempre hay algo de verdad en mis hipótesis —me responde enfurruñada.

— Probablemente se ha tratado de una broma inocente de algún técnico que ha querido castigar a Jenissov por su comportamiento de divo —supongo —A lo mejor lo había tratado mal en alguna ocasión en los ensayos anteriores. Sabes cómo es... no la ha olvidado y en la primera ocasión... clic, clac, lo ha encerrado en el camerino.

— Bromas de los técnicos a los cantantes con los que tuvieron discusiones se recuerdan unas cuantas —le digo —como aquella ocurrida en el año 1978 en el teatro de Perth, en Australia, durante la representación de la Salomé de Strauss. En un momento dado, debía entrar en escena una bandeja con la cabeza cortada de Juan

el Bautista cubierta por una servilleta. La soprano debería haber descubierto la cabeza y besarla en la boca. Sin embargo, para gran diversión del público, cuando la cantante destapó la bandeja, todos vieron un cúmulo de emparedados de jamón.

— Venga, ya, no me tomes el pelo —me Fabienne.

— Te juro que es la pura verdad —le digo —se habla de ello también en algunos libros sobre los más célebres desastres en la ópera. Fuera bromas, de cualquier modo, a veces ser un personaje famoso te pone en situaciones comprometidas —continúo — Por mucho odio o por demasiado amor los fans idealizan hasta tal punto a sus ídolos que los llevan a pensar y hacer cosas más allá de toda lógica. Piensa en lo que le sucedió a John Lennon, asesinado en New York cerca de su casa por un australiano que lo había convertido en su obsesión.

La velada ya ha terminado. Cierro con *La musica è finita* de Umberto Bindi, la canción que uso como música de cierre y subimos a nuestra mini suite.

— He pedido que me despierten a las 8 de la mañana —me advierte Fabienne —porque quiero comenzar a trabajar enseguida después del desayuno en las acuarelas de Serena.

— Yo aprovecharé para empezar a pensar en las composiciones para Franca —digo —si consideramos que luego por la tarde no podré trabajar porque estamos invitados por Christian a los ensayos de Macbeth en la Scala. Sin embargo, antes, tengo una idea sobre cómo prepararme para un sueño profundo.

— ¡Anda ya! —exclama Fabienne estrechándose contra mí. —Me imagino lo que te ronda por la cabeza. ¿Puede ser mi misma idea?

Capítulo 11

26 de noviembre -- Martes

El timbre del teléfono interno del hotel nos arranca con brusquedad de los brazos de Morfeo a una hora decididamente insólita para nosotros. El desconcierto de los primeros momentos da paso al recuerdo de que hemos sido nosotros quienes hemos pedido a la recepción que nos despertasen a las 8 horas. Fabienne, después de haber entreabierto los ojos un instante, enseguida los ha vuelto a cerrar, girándose hacia la parte opuesta con murmullos de desaprobación mezclados con algunas y oscuras maldiciones en francés.

— Venga arriba, holgazana —la estimulo delicadamente con algunas rascaditas en la espalda, sabiendo lo susceptible que es cuando se la despierta antes de tiempo. —Es hora de levantarse. Has sido tú quien ha dicho que querías trabajar esta mañana.

— Mmm, un ratito más... —murmura sin abrir los ojos —necesito dormir un poco más.

— Vale —le susurro —eso quiere decir que te dejaré dormir todavía un poco mientras me doy una ducha y me arreglo. Sin embargo, luego debes darte prisa porque necesito la habitación para trabajar. Sabes que cuando compongo me molesta tener gente dando vueltas a mi alrededor.

— Vale —murmura sin abrir los ojos. —Prometido.

Como habíamos quedado, en cuanto dejo libre el baño, Fabienne se levanta y, en un tiempo récord para ella, se lava y se prepara, luego coge todo lo necesario para sus acuarelas y se va.

— Vuelvo a las 12 para traer mis utensilios —me comunica.

— De acuerdo, luego bajamos a comer juntos.

En cuanto sale enciendo el ordenador y abro los programas que uso para la producción musical. Unos minutos de concentración para ordenar las ideas y luego adelante, comienzo con la experimentación a la búsqueda de sonidos y efectos adecuados para mi proyecto.

— Hola, cariño, ¿estás listo? —dice una voz a mi espalda abriéndose paso entre los sonidos que los auriculares están transmitiendo a mi oídos. Salgo bruscamente del mundo creativo en el que estaba sumergido y, girándome, veo a Fabienne que está arreglando su equipamiento.

— ¿Qué haces ya aquí? —le pregunto asombrado

— Es mediodía —me responde ella — Nos pusimos de acuerdo en volver a vernos a esta hora.

Compruebo el reloj en el ordenador, yo nunca llevo, y constato, efectivamente, que son las 12. Una ojeada a los utensilios de Fabienne me confirma que realmente ha pasado tiempo desde que salió, veo dos bocetos: el primero es una vista del teatro de la Scala, el segundo una visión lateral del Duomo y, a su izquierda, la entrada de la Galleria Vittorio Emanuele.

— *Como es habitual* —pienso —*cuando me concentro en el trabajo no me doy cuenta del tiempo que pasa*.

Nos preparamos y bajamos a comer, Emanuele, el Maitre, nos aconseja crepes rellenas de gambas y, de segundo, unos filetes de jurel con tomates frescos y aromas mediterráneos.

— El jurel ha llegado hace dos horas, está fresquísimo —subraya Emanuele con orgullo.

Aceptamos las sugerencias y, mientras esperamos la llegada de los platos, nos intercambiamos información sobre nuestros respectivos trabajos.

— Estoy satisfecho —le digo a Fabienne —porque he encontrado unas sonoridades nuevas y muy prometedoras por lo que respecta a la labor creativa. Ya he desarrollado la estructura del primer pasaje

para Franca, en el cual he insertado también sonidos de martillos que resuenan sobre yunques. También he conseguido recrear el sonido de la llama oxídrica durante el soldado. Se trata de sonoridades que, unidas a otras que forman la composición, recuerdan el momento productivo de los *árboles* metálicos fabricados por Franca Grandi y que conectarán fantásticamente con sus esculturas. ¿Y tú? Ya he visto que has esbozado dos paisajes.

— Sí, también he tenido una buena mañana —me responde satisfecha —Además, vosotros en Italia decís *il mattino ha l'oro in bocca*[11], ¿no es verdad?

— Efectivamente, es un refrán muy difundido —confirmo.

Luego, continúo riendo.

— El problema es que, para que el refrán sea efectivo, ¡se debe convencer a ciertas personas a que se despierten para recoger todo ese oro!

La llegada de Alberto con los platos de las crepes me salva de los pellizcos en el brazo que Fabienne había comenzado a darme como premio por mi ironía. Durante el resto del almuerzo nos concentramos sobre la comida exquisita que tenemos en los platos: ¡la creatividad realmente da hambre! El Chablis que acompaña los platos es digno de la comida.

Una parada en el vestíbulo para dar una ojeada a los periódicos, un paso por la habitación para prepararnos y nos vamos a la Via Filodrammatici, donde se encuentra la entrada de los artistas del *Teatro alla Scala*. Desde el Piermarini (hotel) al Piermarini (teatro) en cinco minutos exactos.

Capítulo 12

Recorremos Via Filodrammatici, por el lado izquierdo del *Teatro alla Scala* y, caminando bajo de los soportales, llegamos, tal como nos explicó Christian, a la entrada de los artistas. En cuanto entramos nos recibe un joven asistente que evidentemente nos esperaba. De hecho, nos dice que ha sido enviado por el Maestro von Buchlid para acompañarnos a la *barcaccia*. El joven nos escolta durante el breve trayecto que lleva hasta la sala del teatro.

Subimos una pequeña escalera con dos rampas que conduce al primer piso de palcos y luego, en cuanto llegamos enfrente del Palco Real (el central, exactamente enfrente de la escena, una vez reservado a los reyes y ahora ocupado, durante las veladas importantes, por personalidades de la Repubblica), nos conduce a la derecha a través de un pasillo salpicado regularmente en la parte izquierda por las puertas de los palcos. En cuanto llegamos al final del pasillo nos abre la puerta del palco y, apartándose para dejarnos entrar, nos desea una buena audición.

No estamos solos en el palco, observamos con un poco de disgusto, pero la desilusión se desvanece enseguida cuando la persona que encontramos se acerca a nosotros sonriendo.

— Buenas —comienza a hablar mientras nos estrecha las manos, primero a Fabienne y luego a mí —soy Giorgio Fertonani, fotógrafo de escena.

— En efecto —le digo, señalando los trípodes, las máquinas fotográficas y los objetivos esparcidos sobre el pequeño sofá de terciopelo rojo —habría sido fácil adivinar el motivo de su presencia.

— Perdonad el desorden —se justifica intentando poner un poco de orden y dejándonos libre el espacio cerca del borde que da al escenario. —Normalmente estoy solo en el palco y, por lo tanto, acaparo el espacio, pero estoy contento de tener un poco de compañía. En los casi veinte años que trabajo de fotógrafo de escena raramente me ha sucedido tener que compartir el palco con

unos huéspedes —declara sonriendo y luego añade amablemente dirigiéndose a Fabienne —jamás, de todos modos, con un aspecto tan agradable.

Hubiera bastado bastante menos para serle simpático a mi novia que, de hecho, le regala una de sus sonrisas más provocadoras. Naturalmente también nos presentamos y le decimos que somos huéspedes de Christian, que es nuestro amigo. Acabadas las presentaciones de rigor nos sentamos y observamos el interior del teatro.

— Vosotros haced como si no estuviese —se apresura a decirnos Fertonani —De ahora en adelante deberé estar concentrado en mi trabajo, entrando y saliendo del palco para buscar encuadres interesantes y documentar todo lo que sucede en el escenario pero también entre bambalinas y los camerinos. Así que, me excusaréis si no estoy más que a ratos sentado escuchando.

Mientras el fotógrafo vuelve a trastear con sus instrumentos observamos a los componentes de la orquesta entrar en pequeños grupos en el *golfo místico*, la terminología un poco ampulosa espiritualista inventada por Wagner para indicar el foso de la orquesta. Cada uno se sienta en su lugar y comienza a afinar el instrumento, o a calentarlo en el caso de los instrumentos de viento. También está entrando Giancarlo, que se acerca hasta debajo de nuestro palco para saludarnos.

— ¡Oh, Romeo, Romeo! —comienzo recitando a Shakespeare, evidentemente inspirado por el ambiente en que me encuentro. Luego, de forma más prosaica, vuelvo a un tono bromista y le digo —En el balcón estamos yo, con mi Giulietta francesa, por lo que, querido Romeo, por esta vez deberás tocar allí abajo.

— Los recomendados de siempre —me responde Giacarlo con polémica ironía —¡los otros trabajando y ellos están aquí, tranquilos, gozando del espectáculo!

Mientras aumenta la típica y hermosísima cacofonía de una orquesta que espera al director, nuestra mirada se vuelve hacia la sala. La estructura es típica de los teatros antiguos al estilo italiano: la forma de herradura que contiene una platea de butacas

recubiertas de terciopelo rojo coronada por un cierto número de círculos dantescos desde los cuales se asoman los palcos.

La parte más alta está reservada a las llamadas galerías (en la jerga colorida de los amantes de la lírica, el gallinero), donde los asientos son menos cómodos y la visión menos sencilla. En cambio, para comprar estos puestos no hace falta un crédito del banco. Ahora Fertonani ya ha terminado de preparar sus utensilios y se sienta a nuestro lado, esperando la llegada del director y de los cantantes.

— Hoy se ensaya la obra por bloques de arias —nos dice —siempre es muy interesante ver cómo un espectáculo lírico coge forma.

Al fotógrafo, evidentemente, le gusta charlar, su carácter abierto ya lo habíamos notado desde nuestra entrada en la *barcaccia*. Nos cuenta que se ha especializado en fotografiar a artistas de la lírica, tanto en las bambalinas como en escena... y a veces también en ocasiones mundanas, tipo fiestas, entrega de premios, etc. Giorgio conoce a todos en el ambiente y nos cuenta algunas jugosas anécdotas sobre la Callas y, más reciente, de Pavarotti.

Mientras tanto el escenario también se ha animado, con un hervidero de personas, algunas que imparten órdenes y otras que las siguen. Finalmente entran los artistas, en el escenario, y el director de orquesta, que toma posesión del podio. Al entrar Christian nos ha hecho un saludo con la mano.

Un amable saludo del director a todos los presentes da comienzo al ensayo. Mientras Christian da algunas indicaciones técnico expresivas a los componentes de la orquesta, Giorgio Fertonani, evidentemente decidido a comportarse como un *buen anfitrión* en la *barcaccia*, nos indica los cantantes mencionando los papeles precedentes en los que los ha fotografiado recientemente. En primer lugar cita a Aslow y a Jenissov, luego la soprano Anna Marini, que interpreta el papel vocalmente muy exigente de Lady Macbeth, por fin a los restantes cantantes.

— ¿Has visto que ni siquiera se han saludado? —murmura Fabienne señalando a Jenissov y Aslow, acordándose de la información sobre la rivalidad entre los dos cantantes que nos había dado Christian y Giancarlo durante la cena en la *Sciura Pina*.

Los dos, de hecho, se han colocado muy distanciados en el espacio escénico. El primero cerca de nuestro palco, a un metro de nosotros, y el segundo en el centro, quizás para subrayar de esta manera su rol de gran estrella de largo recorrido en la lírica.

— Ah, ya conocéis los... problemas entre Aslow e Jenissov —nos susurra el fotógrafo —¿podéis creer que el otro día se han puesto a discutir sobre el puesto que debían ocupar en el escenario durante los ensayos? Aslow pretendía de la directora, Irene De Santis, que lo mantuviese en el centro del escenario, *Mi personaje es fundamental* decía *como la nota tónica en la escala musical*.

— No entiendo bien esta historia de la tónica —admite Fertonani.

— En esto yo te puedo ayudar, ya que soy músico —intervengo —La nota tónica es la fundamental, el primer grado de la escala musical de cada tonalidad, a la cual las otras notas menos importantes sirven de acompañamiento. En una pasaje de música tonal todo comienza con la armonía de la tónica y termina con la tónica.

— El concepto lo entendía y ahora ya me he aclarado también con el aspecto teórico musical: Aslow debe ser el centro de todo el espectáculo como la nota tónica. Jenissov habrá aprovechado mejor que yo el sentido del ejemplo de Aslow. Ha intentado conservar la posición pero la directora, para preservar la paz, se ha inventado unos movimientos escénicos que mantienen al ruso lo más lejos posible de Aslow.

— Creo que la directora no podía hacer otra cosa —digo. —Es verdad que Macbeth es el personaje principal del drama, aunque Lady Macbeth es el más dramático, aquella que empuja al ambicioso marido al delito y será torturada por los remordimientos. Banco, el personaje de Jenissov, por otra parte, muere ya en la cuarta escena del segundo acto. Es un personaje importante en el asunto pero su papel vocal es limitado y realmente no hace sombra al personaje interpretado por Aslow. Después de su muerte vuelve dos veces a escena como fantasma mudo. Está claro que la rivalidad entre los dos es sin cuartel, no limitada a esta representación.

Observo la situación en el escenario. Jenissov aparece tenso, aunque

intenta disimular su estado de ánimo, que, sin embargo, es patente por un pequeño tic nervioso que lo lleva a mover la cabeza con saltitos. Viste una ropa informal, de corte deportivo, que resalta su joven figura atlética y bien proporcionada. La barba, negra como los cabellos, corta y bien cuidada, añade un toque de seriedad a un rostro con rasgos, por otra parte, todavía lejanos de la madurez.

Fabienne me señala con la cabeza a un jovenzuelo más o menos de treinta años que, semi escondido por las bambalinas, mantiene en la mano algunas partituras.

— Es Leo Harper —nos dice Giorgio que debe haber interceptado nuestras miradas en aquella dirección —el asistente de Jenissov. Lo curioso es que hasta hace unos meses era el de Aslow —nos informa siempre en voz baja, Fertonani.

— ¡Cáspita —le respondo. —No sólo Jenissov está intentando destronar a Aslow de su papel de estrella de la lírica, si no que le ha soplado el ayudante!

— No es como parece —nos aclara Giorgio con el tono de quien está bien informado. —Jenissov no ha hecho nada para reclutar a Harper sacándoselo a Aslow. Es más, parece ser que fue el mismo Harper el que se ofreció, después de que hace seis meses dejó el trabajo con el anterior... oficialmente por problemas de salud. En el ambiente —continúa —han circulado rumores de todo tipo: algunos sostenían que Leo había abandonado el barco de Aslow, en declive y con una carrera futura presumiblemente no muy larga, para garantizarse un trabajo seguro para el porvenir.

— Esta tesis vendría confirmada por el hecho de que lo volvemos a encontrar con Jenissov, la estrella naciente de la lírica, con una carrera potencialmente larga y rica —continúa —Otros, en cambio, cuentan desavenencias entre Leo y la señora Aslow porque el asistente intento tener más autonomía de gestión y fue a chocar con el control férreo que la esposa de Aslow tenía sobre el marido y su carrera.

— ¡Menuda situación! —murmura Fabienne —Si lo han despedido a causa de su enfermedad, a lo mejor después de años de trabajo juntos, ahora Harper odiará a Aslow.

— En cambio, si se ha despedido debido a los conflictos con la señora Aslow —intervengo completando el razonamiento —entonces odiará a Aslow por no haberlo defendido frente a su mujer a causa de su carácter sumiso.

Ya que el discurso nos había llevado a hablar de *Big Triple A*, instintivamente queremos todos observarlo. El cantante, seguro de su poderosa mole, ocupa el espacio con seguridad, a diferencia del aparente nerviosismo de Jenissov. Lleva un jersey rojo de cachemir y se protege la garganta con una inmensa bufanda blanca.

— Que alguien traiga una butaca con brazos para el Maestro Aslow —irrumpe una voz agua y estentórea. No nos cuesta localizar el origen de la orden. Es la esposa de Aslow, Isadora, una mujer pequeña, magra y huesuda, los cabellos de un innatural negro ala de cuervo y con una cara excesivamente maquillada. Sentada en una butaca de la primera fila, en la parte derecha de la platea, a pocos metros de nosotros, ha encontrado enseguida la manera de entrar en escena.

Llega la butaca y Aslow, después de haberse sentado, juguetea con lo que queda de aquello que hace poco eran rizos rubios y que ahora, gracias a la ayuda del peluquero, tienen una coloración de imposible amarillo maíz.

— No lo deja ni un segundo —murmura Fertonani señalándonos con una movimiento de la cabeza a la señora Aslow. —Se comporta como si fuese al mismo tiempo la madre, la esposa y la dueña. Aquella hermosa muchacha que está sentada junto a ella es Mary-Ann Parker —añade Giorgio —la nueva asistente de Aslow. Es muy joven y no parece muy experta en el mundo de la lírica, pero al menos parece dotada de buenas dotes de relación... aunque sólo sea por haber conseguido manejar las relaciones con la señora Aslow sin problemas. Al menos hasta ahora —añade.

— ¡Señor von Buchlid, el Maestro Aslow no puede estar toda la tarde esperando su turno! ¡De ningún modo puede cansarse! —resuena de nuevo la voz autoritaria, evidentemente habituada a mandar, de la señora Aslow.

— ¡Es inaudito! ¡El gran Aslow espera mientras los otros ensayan!

—vuelve a hablar levantándose de la butaca, con gesto teatral, Isadora Aslow.

Luego, volviéndose a Mary-Ann, la joven asistente, le exhorta:

— ¡Venga, diga también usted que es algo absurdo!

Un murmullo de desaprobación mezclado con signos de protesta se eleva desde el escenario, donde los otros cantantes principales y secundarios se intercambian frases de crítica hacia esta actitud prepotente, que justifica con amplitud el apelativo de Lady Macbeth endosado a la mujer por los trabajadores de la Scala.

— Todos somos profesionales —interviene Jenissov con voz claramente irritada. —¡Nadie puede perder el tiempo!

La frase se dirige al director de orquesta y, para hacer notar cómo para él la señora Aslow no es su interlocutora, le da la espalda de manera que tiene a Christian a su izquierda y los cantantes en la escena enfrente de él. Aslow, en la butaca, se agita, evidentemente disgustado por la intervención de la esposa, pero no interviene en la disputa.

— Ya está totalmente dominado por esa arpía —nos susurra Fertonani.

Mientras tanto incluso Anna Marini ha intervenido para reivindicar su dignidad de profesional y recordando que los ensayos de hoy preveían la ejecución consecutiva de la ópera.

— Mi marido en esta época se encuentra muy cansado. Es necesario ensayar todos sus intervenciones una detrás de otra para poder volver al hotel y descansar, sin perder tiempo para escuchar los ensayos de los otros —vuelve a hablar la señora Aslow con tono altanero y malhumorado por haber sido excluida de las anteriores intervenciones, todas dirigidas ostentosamente hacia el único director. En este momento, Christian, se hace con la situación que se está volviendo crítica.

— Calma, señores —comienza a decir con tono exhortativo pero firme —todos somos profesionales y tenemos nuestras obligaciones,

pero la primera y más importante, en este momento, es la que hemos asumido con el *Teatro alla Scala* y con el público de Milano. Por lo tanto, intentemos estar a la altura de la fama que la carrera de cada uno de vosotros testimonia.

— Gran diplomático —comenta el fotógrafo, nuestro compañero de palco.

— Haremos lo siguiente —continúa con tono firme pero nada agresivo —Hoy, y sólo hoy, ensayaremos en primer lugar las principales escenas que no involucran a Macbeth/Aslow, aquellas con Lady Macbeth/Anna Marini y las de Banco/Jenissov, las brujas y los demás intérpretes. Debería durar más o menos una hora.

Luego, volviéndose a Aslow:

— Usted, mientras tanto, podrá retirarse al camerino para reposar y caldear la voz. Le mandaré llamar cuando llegue su momento. Desde mañana, sin embargo, se seguirá el programa de los ensayos sin variaciones o excepciones. Cuando acabe las escenas que conciernen al señor Aslow volveremos con las que quedan —concluye con decisión.

— Ven querido —interviene la señora Aslow volviéndose al marido, que mientras tanto no se ha movido de la silla esperando entender si la propuesta de Christian tendría la aprobación de su mujer. —Volvamos al camerino.

—Mary-Ann —ordena a continuación a la asistente —prepara las esencias para introducir en el humidificador. La voz del Maestro Aslow sufre terriblemente con el aire seco de la calefacción de invierno.

La joven asistente sale rápidamente de la sala para llevar a cabo el encargo mientras la osuda señora Aslow se va con pasos pequeños y nerviosos, con andares desgarbados. El marido, suspirando profundamente, se levanta de la silla y sale desde el bastidor de la izquierda para llegar a su camerino. Antes de desaparecer de nuestra vista, sin embargo, la petulante señora todavía debe intervenir. En el umbral, mientras se gira hacia Christian, le recuerda:

— Ha dicho una hora, ¡no nos haga esperar!

Un coro de murmullos y de expresiones de disgusto por esta actitud acompaña la salida de la señora.

— Señores, podemos comenzar —interrumpe Christian volviendo a coger la riendas del ensayo. —Partiremos de la segunda escena del primer acto, con las brujas y Banco. Las pocas entradas de Macbeth las haré yo. Luego saltaremos a la decimoctava escena con Banco, Macduff y Lady Macbeth. A continuación todas aquellas donde Macbeth tienen poco diálogo pero involucran a los otros intérpretes.

— Señora Marini —dice Christian volviéndose hacia la soprano —siento que esta organización del ensayo la obligue a detenerse más tiempo durante todas las partes importantes que debe estar en escena junto con Macbeth.

— Le agradezco su amabilidad por haberlo notado —responde tranquila la cantante. —De todos modos, algunos deberán sacrificarse parra garantizar el éxito de la representación. Yo no soy una estrella y no me pongo a escatimar mi tiempo durante los ensayos.

Señales de entendimiento provienen de los ocupantes del escenario. Jenissov, en su papel de estrella masculina que ha quedado, dirige a Anna Marini un señal de invitación para que vaya al centro del escenario, acompañándola con una amable sonrisa. Comienzan por fin los ensayos y, poco a poco, nos sumergimos en la música, la tensión precedente deja paso a las emociones y a la profesionalidad de los intérpretes.

— Perfecto, señores —comenta Christian. —Ensayaremos ahora las escenas V, VI y VII del primer acto, enseguida. Además de Lady Macbeth que también se prepare el siervo de la escena VI. Aprovecho para recordaros que en la Cavatina *Vieni! T'affretta* debemos poner mucho cuidado cuando, en cada una de las tres veces que se acaba la estrofa con las palabras *Accetta il dono, ascendivi a regnar*, la vuelta a la tónica está precedido por un retardo y suspensión temporal de diverso grado. Son palabras importantes y la vuelta al acorde de tónica las sella con su peso de seguridad y estabilidad. Después del paso sobre otros acordes secundarios la

tónica recupera su puesto de honor.

La señora Marini se muestra a la altura del papel que le han confiado y supera con brillantez la *cavatina*[12] *Vieni! T'affretta!*, y la siguiente *cabaletta*[13] *Or tutti sorgete, ministri infernali*.

— Perfecto, señora Marini —la felicita Christian. —Ahora pasamos al segundo acto, desde la escena II a la IV, así que también se deben preparar Jenissov/Banco y los sicarios. Justo después ensayamos todas las escenas de las brujas, luego llamamos a Aslow para las escenas que involucran a Macbeth. Cuando acabemos haremos aquellas en que participan los otros personajes: Malcolm, Macduff, el médico, etc.

Durante la ejecución de la soprano, Fertonani ha tirado con discreción las fotos necesarias para documentar los bastidores. Después del aria de Lady Macbeth *La luce langue... il faro spegnesi* tiene lugar el momento culminante del drama: Banco entra en escena con el hijo Fleanzio. Es medianoche y canta el aria en la que expresa presentimientos de muerte. Para subrayar el momento trágico, la directora ha previsto en esta escena nocturna unos relámpagos que, amenazadores, rasgan la oscuridad, aumentando el dramatismo del momento.

Los técnicos ya han preparado los focos especiales para recrear los relámpagos sobre la parrilla que está encima del escenario, el director de escena se asegura de que el maestro de luces, desde su posición sobre el gran candelabro central de la sala, esté preparado para dar a los técnicos la señal para los relámpagos en los puntos acordados en la partitura.

Irene De Santis, la directora, recuerda a Jenissov los movimientos escénicos previstos, luego el ruso, que interpreta a Banco, comienza a cantar, con voz profunda y dramática:

Studia il passo, o mio figlio... *¡Vigila tus pasos, hijo mío!...*
usciam da queste tenebre... *Salgamos de estas tinieblas...*

un senso ignoto *Un sentido desconocido*
nascer mi sento in petto, *siento nacer en mi pecho,*

pien di tristo presagio e di sospetto. *lleno de tristes presentimientos¡*

Come dal ciel precipita *Cómo se precipitan desde el cielo*
l'ombra più sempre oscura! *las sombras, cada vez mas oscuras!*
In notte ugual trafissero *En una noche igual a ésta asesinaron*
Duncano, il mio signor. *a Duncan, mi señor.*

Mille affannose immagini *Mil penosas imágenes*
m'annunciano sventura, *me anuncian una desgracia*
e il mio pensiero ingombrano *y llenan mi pensamiento*
di larve e di terror. *de fantasmas y terror.*

¡BAAMMM! ¡CRASHH!

Una explosión imprevista y violento tapa la voz de Jenissov que está cantando la palabra terror. Un auténtico momento de terror recorre la escena: los cantantes en el escenario, se retraen, la soprano produce un agudo no previsto en la partitura y huye hacia el bastidor más cercano. Jenissov, que se ha quedado unos segundos inmóvil por el asombro, se recupera sacudiéndose de encima unos pequeños fragmentos brillantes como diamantes, de sus negros cabellos.

— Calma, calma —interviene Luca Santerni, el director de escena. —No ha pasado nada... sólo una lámpara que ha explotado, son cosas que ocurren.

— ¡Como si no fuese nada! —grita Jenissov mientras continúa quitándose los fragmentos de vidrio que le han caído encima —¡ese maldito foco hubiera podido herirme! Un día me encerráis en el camerino, otro intentáis matarme con la explosión de un foco... si en la Scala no soy bienvenido puedo irme enseguida —continúa hablando enfadado.

— ¡Por el amor de Dios, no diga eso! —intenta calmarlo el director de escena, que se siente responsable por el accidente —La Scala se siente honrada de tenerlo como intérprete. Sólo se ha tratado de un

accidente. Probablemente el foco estaba defectuoso y, cuando ha llegado el impulso por el encendido, no ha soportado el flujo imprevisto de corriente y ha explotado. ¡Pietro! —grita a continuación a un técnico —¿has montado tú la lámpara?

— Claro, la luminotecnia siempre es cosa mía —le responde el hombre.

— ¿Qué foco has usado? —vuelve a hablar Santerni, buscando un motivo para descargar la responsabilidad de lo sucedido sobre alguien que no sea él.

— Uno de los habituales —responde con calma el técnico. —Lo he cogido esta mañana del almacén y lo he llevado al palco para montarlo después de comer. Luego le he pedido a Franco, el electricista —y señala a un hombre de unos cuarenta años que, a pocos pasos está envolviendo sobre el antebrazo izquierdo un largo cable eléctrico —que lo conectase a la red eléctrica.

— ¡Franco! —lo apostrofa inmediatamente el director de escena —¿La conexión ha sido hecha correctamente?

— Sí, director —responde un poco nervioso el electricista —como es habitual.

— Subid a la parrilla a comprobarlo y mirad si podéis entender qué ha sucedido —ordena perentoriamente Santerni.

A continuación, volviéndose a Jenissov con la intención de mostrar todo su rigor, en un intento de evitar protestas del cantante hacia la dirección del teatro, dice:

— Si hay un defecto en el foco cambiaremos inmediatamente de distribuidor... sólo faltaría que sucediese algo similar durante una actuación...

— Controle más bien que no haya sido un *accidente* hecho adrede —rebate todavía conmocionado el cantante ruso.

— Estos ensayos, para Jenissov, no han comenzado de la manera más relajada —comento en voz baja a los dos compañeros de mi palco. —Las tensiones con Aslow por la supremacía en los teatros,

las pretensiones de la señora Aslow de organizar los ensayos según sus criterios, la broma del camerino y ahora la explosión del foco que hubiera podido herirle.

— Realmente una situación extraña —admite Fertonani. —En todos estos años de frecuentar teatros he asistido a muchos momentos de tensión entre artistas, pero nunca una serie de combinaciones extrañas como estas.

— Para mí que hay algo sospechoso —interviene Fabienne, que no pierde la ocasión de ver misterios a cada paso. —Necesito un baño —dice volviéndose hacia Fertonani —¿dónde puedo encontrar uno?

— Los aseos en los pasillos de los palcos están cerrados durante los ensayos —le responde el fotógrafo. —Debe bajar e ir a los aseos en la zona de los camerinos de los artistas.

— Gracias, espero no perderme —le dice sonriendo Fabienne mientras sale de la *barcaccia*.

Después de unos minutos de descanso, Christian pregunta a Jenissov si se siente capaz de retomar el ensayo, obteniendo una respuesta positiva. Llaman a Aslow y el ensayo continúa sin más contratiempos. En cuanto se terminan las partes con la presencia de Macbeth/Aslow, Christian decide hacer un descanso de veinte minutos. Mientras los miembros de la orquesta y los cantantes se van en grupo hacia los camerinos en la zona de reposo, yo bajo a la sala de butacas donde, mientras tanto, me encuentro con Christian que, agotado, se ha tirado en una de las butacas de terciopelo rojo de la primera fila. Mientras mi amigo se relaja de la tensión de esa agitada tarde, llega Fabienne.

— ¿Has encontrado el aseo? —le pregunto.

— Sí, he necesitado un poco de tiempo. Estaba caminando por los pasillos cuando el asistente de Jenissov, saliendo a la carrera desde detrás de un ángulo del pasillo, casi ha tropezado conmigo. Parecía muy nervioso. —continúa —apenas he tenido tiempo para preguntarle dónde estaba el aseo y luego ha comenzado a correr de nuevo.

— La tensión por la rivalidad entre su jefe actual y el anterior debe haberlo puesto muy nervioso. —le digo —Si a esto añadimos que Jenissov está todavía más inquieto por los dos extraños accidentes que le han sucedido...

— ¿No os parece que hay algo misterioso en estos accidentes de Jenissov? —pregunta Fabienne.

— Venga, no vuelvas a empezar con tus misterios. Christian está alterado y realmente no tiene fuerzas para seguir razonamientos de una novela policíaca.

— En cambio, no son estupideces —insiste ella volviéndose hacia mí. —Para mí el electricista está involucrado en esta historia de la lámpara. ¿No me acabas de hablar sobre las bromas que a veces los técnicos hacen a los cantantes que son antipáticos con ellos? Sabes que poseo una buena capacidad de observación —afirma perentoria. —Durante los ensayos, mientras tú estabas ocupado siguiendo la música y el canto, yo observaba. Por ejemplo —continúa con tenacidad —¿has notado que antes del comienzo de los ensayos el electricista Franco ha parado a Aslow detrás de las bambalinas y han parloteado durante unos segundos?

— No —admito —No lo había notado. Pero esto no hace de él un sospechoso por el accidente de Jenissov.

— ¿Ah, no? —insiste Fabienne —entonces, ¿por qué Aslow le ha dado un folio donde había escrito algo?

— Esto no lo sé —respondo cogido a contramano por la revelación —Podría ser por un millón de motivos distintos y todos perfectamente lícitos.

— Y para acabar —concluye mi novia —he observado cómo durante los ensayos de las arias de Aslow el electricista, en otros momentos ocupado en juguetear con sus utensilios detrás de los bastidores, se paraba a escuchar.

— No me parece raro que el personal de un teatro lírico ame el canto —interviene en este momento Christian, que mientras tanto ha recuperado un poco las fuerzas —El ambiente te condiciona y,

probablemente, después de años de conocer cantantes y arias, también un electricista aprende a apreciar el *bel canto*.

Mientras estamos haciendo estas consideraciones he aquí que vuelve a entrar corriendo en escena Jenissov, alterado más allá de lo imaginable.

— ¡YA ESTÁ BIEN! —grita —¡ESTO ES DEMASIADO!

Capítulo 13

Christian pega un bote y se acerca a la balaustrada que separa la sala del foso de la orquesta, intentando llamar la atención de Jenissov, todavía ocupado en gritar frases incomprensibles que mezclan el italiano (hacia los incrédulos técnicos que se han quedado tras los bastidores completando su trabajo) y ruso (dirigidas evidentemente a cualquier divinidad bárbara ancestral, a juzgar por los tonos guturales que la garganta del cantante, por otra parte melódica, consigue producir).

— Llama inmediatamente al teléfono móvil de mi agente —sisea a Leo Harper, que lo sigue de cerca mientras el ruso recorre a grandes pasos las tablas del escenario según itinerarios convulsivos e impredecibles. —Y también a mi abogado de New York —añade —¡Si no está en la oficina, localízalo en casa! ¡No es esta la manera de tratar a un artista! —habla para sus adentros. —Si fuese necesario rompo el contrato... ¡y luego ya veremos quién paga la multa!

Mientras tanto Christian, dado que no ha conseguido atraer su atención, ha ido con él al escenario.

— ¡Observe! —le dice Jenissov agitando delante de la cara el folio que tiene en la mano, ahora ya bastante arrugado —¡Lea!

Mientras Christian está leyendo entran también, jadeantes por la carrera en los pasillos interiores que conectan la sala con sus respectivas oficinas, el director de escena y Claudio Togni, el Superintendente del *Teatro alla Scala*, que han sido avisados por un técnico.

— Mirad lo que he encontrado cuando he entrado en mi camerino, al acabar el ensayo —explica indignado señalando el folio que Christian tiene entre las manos. —Estaba introducido en el marco del espejo de maquillaje —especifica.

Los dos se acercan a Christian, que lee en voz alta:

Ora di morte, ormai t'affretta! *¡Hora de muerte, apresúrate*!
Incancellabile il fato ha scritto: *Indeleblemente lo ha escrito el destino:*
L'impresa compiere deve il delitto *la empresa debe completar el delito*
Poiché col sangue si inaugurò. *puesto que con sangre se inició*.

— Son las últimas palabras del tercer acto, escena cuarta... el dúo entre Macbeth y Lady Macbeth —explica Christian a los gerentes asombrados.

—Es una amenaza de muerte —interviene el cantante —Ahora ya no podéis decir que se tratan de coincidencias, como la historia del camerino y la explosión de la lámpara. Esta es una prueba inconfundible de que alguien está intentando atemorizarme —continúa con una mezcla de rabia y orgulloso deseo de actuar.

— Pero... Maestro —lo halaga el Superintendente Togni —¿quién estaría interesado en que usted abandonase?

— ¡Puede preguntarle a Aslow! —dice bruscamente Jenissov.

— ¡Venga. Maestro, por favor, no haga este tipo de acusaciones! —le exhorta el Superintendente —Sé que con anterioridad habéis tenido alguna desavenencia profesional... pero, venga, pensad que un artista del calibre de Aslow pueda llegar a este punto... Realmente es un hecho muy grave —continúa —algo jamás ocurrido. El autor de este innoble gesto está llevando a cabo un auténtico sabotaje que afecta al Teatro. Para la Scala sería una tragedia... sustituirle con el cantante de reserva en la primera representación, con tan poco tiempo disponible, sería un golpe tremendo para el espectáculo... ¡y no hablemos del impacto en la imagen! No quiero pensar en los artículos de periódico, si una cosa parecida se filtrase —gime —Maestro Jenissov, —continúa, con tono más calmado, después de unos segundos de reflexión —no debemos, de ningún modo, dejarnos llevar por las reacciones emotivas. Para mí se trata de una estúpida broma por parte de alguien del personal que siente rencor hacia el teatro, quizás por un ascenso profesional que le ha sido negado...

Ante la reacción gestual de Jenissov que, evidentemente, no cree en esta sencilla versión de lo sucedido, Togni añade enseguida:

— No deseo, sin embargo, que pienso que menosprecio cuanto ha sucedido. Desde mi posición tengo contacto directo con las instituciones ciudadanas, llamaré enseguida al Comisario Jefe de Milano y le explicaré, de manera totalmente reservada, lo que ha sucedido. Escucharé sus sugerencias —concluye blandiendo con decisión su teléfono móvil.

Después de haber buscado en la agenda interior el teléfono del Comisario, hace la llamada, y el Superintendente se aleja para tener la necesaria privacidad durante la conversación. Al acabar la llamada el Superintendente parece confortado, o al menos esta es la impresión que quiere dar, sobre todo con respecto a Jenissov, todavía bastante agitado.

Y justo es a él a quien primero se dirige:

— El Comisario Jefe nos aconseja que continuemos con el programa de ensayos como hemos establecido. Por precaución, mandará a un par de agentes de confianza, en traje de calle, que le escoltarán a su hotel y velarán por su seguridad.

Luego, volviéndose a todos los allí presentes dice:

— También enviará a un comisario de probada experiencia y discreción para la oportuna investigación. Me ha anticipado que, además de observar los lugares de los hechos, querrá hablar con todos los presentes en los ensayos diarios. Espero que no pongáis objeciones —pide, de manera que nos hace comprender que no se espera una respuesta distinta que no sea afirmativa.

Movimientos de cabeza de todos confirman la disponibilidad. Christian y Jenissov, por otra parte, deberían permanecer de todos modos hasta el final del ensayo, por lo tanto la petición está dirigida de manera velada hacia Fabienne y yo.

— Bien —acaba de decir —Haré que avisen a todos los demás

Capítulo 14

Mientras se espera la llegada del comisario, los cantantes son reunidos en la platea, quedando a disposición del funcionario. Puesto que nadie se ocupa de mí, subo al escenario a curiosear entre bastidores y a observar con precauciones de telefilme americano, usando un pañuelo, los restos del foco imputado barridos en un rincón.

Desde el palco la visión sobre la platea de los distintos órdenes de palcos es espectacular. Imagino cómo debe ser cuando el teatro está lleno de espectadores, 2030 personas que pueden llegar a más de 2250 en casos particulares, y no me asombro del hecho de que incluso los más grandes cantantes tengan instantes de terror antes de entrar en escena.

Con perfecta eficiencia milanesa, después de menos de veinte minutos, he aquí que entra en la sala el comisario enviado por el Comisario Jefe, con dos agentes de paisano. Es un hombre de unos treinta y cinco años, que debe haber resuelto brillantemente muchos casos espinosos, dado que el Comisario Jefe le ha confiado este encargo delicado. Ya desde la presentación se comprende que es un hombre tranquilo en el hablar y en los gestos.

— Buenas noches —dice volviéndose a todos los presentes —soy el comisario Alessandro Villa. Me han informado sintéticamente en la Comisaría pero ahora me gustaría que me contaseis qué ha sucedido, hasta en los más mínimos detalles.

Togni, el Superintendente, después de haber presentado al comisario los cantantes principales, en primer lugar a Aslow y Jenissov (Fabienne y yo somos presentados por Christian como sus invitados) resume toda la historia.

— Así que —sintetiza el comisario —nos encontramos frente a tres *accidentes* distintos: el señor Jenissov encerrado con llave en su camerino, la explosión del foco durante los ensayos del mismo, el folio amenazador encontrado en su camerino. Es evidente que el señor Jenissov es el elemento común de los tres sucesos —reflexiona

Villa en voz alta. —Pero no significa que los tres hechos sean interpretados como amenazas directas hacia él. La historia de su camerino cerrado con llave, por ejemplo —dice volviéndose hacia Jenissov —podría tener distintas explicaciones: un sirviente que, sabiendo que los ensayos ya han comenzado, ha cerrado la puerta sin saber que usted todavía estaba en el camerino, o una broma por parte de algún técnico con el cual ha tenido alguna desavenencia los días precedentes.

— Desde que he entrado en este teatro no he discutido con ningún técnico —interviene Jenissov, añadiendo rabioso —sé perfectamente quien puede odiarme hasta el punto de rebajarse a semejantes subterfugios.

— Calma, calma, Maestro Jenissov —lo frena Villa. —Estoy informado, como todos aquellos que siguen todas las vicisitudes teatrales en los periódicos, de su rivalidad con el Maestro Aslow, pero para acusar hacen falta pruebas. Por el momento no existen.

— Por lo que respecta a la hipótesis de la broma hecha por un técnico —interviene el Superintendente Togni —puedo confirmar, habiendo consultado también con el director de escena, que no ha habido episodios desagradables entre el Maestro Jenissov y los técnicos. Y tampoco con los miembros de la orquesta. En cuanto a la posibilidad de que haya sido un asistente el que cerrase inadvertidamente la puerta del camerino, he convocado esta mañana en mi oficina a los asistentes que estaban de servicio, sólo son tres, porque el teatro está cerrado y me han asegurado que no han cerrado con llave ninguno de los camerinos antes del cierre nocturno del teatro.

— Por lo tanto —reflexiona en voz alta Villa —si damos crédito a cuanto me dice se puede pensar que haya sido un acto deliberado por parte de cualquier otro...

— Es como yo le decía —insiste Jenissov.

— En su momento, Maestro, cada cosa en su momento —sentencia el comisario. —Pasamos ahora al segundo episodio: la explosión del foco. No es realmente un hecho inexplicable y tampoco raro que en un teatro exploten unos focos. Se ha visto también en los programas

de televisión. Las razones pueden ser muchas, desde el defecto de fabricación a un montaje descuidado o una subida de tensión imprevista.

— ¿También piensa que es una casualidad que el foco haya explotado justo mientras yo me encontraba, según las indicaciones de la directora, a una cortísima distancia? —pregunta Jenissov en tono sarcástico.

— Podría ser —responde Villa con calma —como podría ser que no.

Luego, volviéndose a Santerni, el director de escena, dice:

— ¿Habéis conservado los restos del foco que explotó?

— Bueno... realmente... —balbucea incómodo el pobrecillo —no lo hemos pensado... normalmente no conservamos los focos rotos... no podía imaginar...

— Yo puedo ayudarle con esto, comisario —intervengo —los fragmentos los he visto hace poco amontonados en un rincón detrás de los bastidores y, si me lo permite, querría mostrarle un detalle que he observado.

— Venga conmigo y muéstreme los restos del foco —me dice Villa dirigiéndose hacia una salida lateral de la platea y pidiendo al director que nos guíe hacia los bastidores.

En cuanto llegamos a los bastidores me dirijo hacia el rincón donde están amontonados los restos del foco y, cogiendo un trozo de la ampolla que ha quedado intacta al explotar, se la muestro al comisario Villa.

— Observe —le digo —¿no le parece extraño este pequeño círculo opaco sobre el vidrio de la ampolla sobre la conexión metálica?

— Umm —farfulla el comisario. —No parece algo normal: o el foco ha tenido problemas durante la producción o el agujero tiene relación con la explosión. Usted es huésped del Maestro von Buchlid, si no recuerdo mal la presentación.

— Exacto —confirmo —soy un viejo compañero del conservatorio y

Christian me ha invitado a mí y a mi novia a asistir a los ensayos. Al ser yo mismo músico no he dejado pasar la ocasión.

— ¿Ya conocía a alguna persona de las presentes en la sala? —me pregunta de sopetón.

— Aparte de Christian, es decir el Maestro von Buchlid, conozco por su reputación a los cantantes y el nombre del Superintendente de la Scala por haber leído de ellos en los periódicos —respondo sin dudar. —Espere, no —corrijo enseguida —hay otra persona que conozco, Giancarlo Traversi, el primer clarinete de la orquesta. También él pertenece, junto con von Buchlid, al grupo de amigos de la época del conservatorio.

— ¿Solía dar vueltas entre bastidores durante los ensayos? —continúa con su interrogatorio informal el comisario.

— Realmente, no, estaba demasiado interesado en lo que sucede musicalmente durante los ensayos. He estado todo el tiempo en la *barcaccia* al lado del foso de la orquesta junto con mi prometida y el fotógrafo de escena, Fertonani.

— Así que —observa Villa con una sonrisa enigmática —usted sería ajeno a los hechos. Un nombre para sacar de la lista de los sospechosos dado que no parece haber un móvil que pueda justificar su implicación en los accidentes ocurridos.

— Agradezco su confianza —respondo con una reverencia teatral.

— Bueno, volvamos a la sala —dice caminando.

En cuanto llegamos a la platea pide ver el folio encontrado en el camerino de Jenissov.

— Así que este sería el tercer episodio de intimidación —dice mientras observa con cuidado el mensaje —En fin, un folio tamaño A4 sin características particulares, escrito con un ordenador e impreso, parece, con una impresora de chorro de tinta. Naturalmente tendréis unas pocas en las oficinas —dice volviéndose al Superintendente, que asiente —e imagino que también esas, con el teatro cerrado y fuera del horario normal de oficina, están en su

mayoría desiertas.

— En estos días, después del horario de oficina, nos quedamos sólo yo y algunos colaboradores en los despachos cerca del mío —confirma Togni.

— Por lo tanto, hubiera sido sencillo para cualquiera entrar en una oficina vacía y generar el documento —resume Villa —sin contar con que el folio podría haber sido preparado con anterioridad y llevado al interior del teatro por cualquiera de los presentes. Procedamos hipotéticamente por eliminación —dice el comisario compartiendo sus reflexiones con los allí presentes —Los miembros de la orquesta parecen descartados en cuanto a los tres hechos ya que no tienen motivos aparentes en contra de Jenissov y todos estaban ocupados en los ensayos con el Maestro von Buchlid. Y lo mismo se podría decir de los técnicos, que realmente tenían más posibilidades de moverse hacia los bastidores y los camerinos, pero no se ha demostrado ningún móvil que explique el ensañamiento con el Maestro Jenissov.

— Un momento, comisario —interviene el ruso —no me apresuraría tanto a excluir la posibilidad de algún técnico. Durante los ensayos he visto al electricista, me parece que se llama Franco, confabular detrás de los bastidores con Aslow. Se han puesto de acuerdo para poner el folio en mi camerino.

— Maestro —interviene condescendiente Villa —comprendo su rivalidad con Aslow, pero no puede sacarlo a relucir continuamente para demostrar que detrás de cada hecho está él.

— En honor a la verdad —intervengo —en este caso Jenissov dice la verdad. Mi prometida también había observado este hecho.

— Es verdad, comisario —confirma Fabienne —hablé de esto a Max al final del ensayo. También estaba presente el Maestro von Buchlid.

— Lo confirmo —interviene Christian que hasta ahora ha permanecido en silencio, quizás pensando en los problemas que esta situación crearía en su debut en la Scala.

— ¡Es una infamia! —grita Aslow —¡no tengo nada que ver con estas historias de camerinos cerrados, focos que explotan y cartas amenazadoras!

—Si alguien intenta acusar a mi marido con estas calumnias, se las tendrá que ver con nuestros abogados —entra en juego la señora Isadora Aslow con su voz más cortante. —Jenissov podría haberlo organizado todo —exagera venenosamente —de manera que arruinarse la reputación internacional de mi marido y coger su puesto como nueva estrella de los escenarios mundiales.

Un movimiento hacia delante del comisario Villa, que se interpone entre los contendientes, para la diatriba. Luego, volviéndose a Luca Santerni, el director de escena, le pide que llame al electricista Franco para aclarar su posición.

Mientras esperan Aslow comenta:

— No hay ningún misterio en ese encuentro. Él mismo os lo dirá.

Poco después llega el técnico, jadeante y atemorizado por esta convocatoria.

— Me dice que usted, durante los ensayos, ha mantenido una breve conversación con el Maestro Aslow —le dice con tono calmado el comisario —¿es verdad?

— Sí, comisario —responde en voz baja el electricista.

— Esté tranquilo —lo exhorta Vila —sólo estoy intentando aclarar algunos hechos. Si no ha hecho nada mal, no tiene nada que temer. ¿De qué habéis hablado?

— Verá, señor comisario —responde Franco un poco confortado por las palabras que acaba de escuchar —debe saber que yo soy un apasionado de la lírica y que venero al Maestro Aslow, un auténtico mito. Lo sigo desde que, con veinte años, entré por primera vez en este teatro para escucharlo. Es por su causa, o debido a su mérito, que yo ahora trabajo en la Scala. Decidí aquella misma noche que deseaba trabajar en este teatro. Trabajé durante un tiempo con un excelente electricista que me enseñó todo sobre este trabajo y hace

diez años, cuando salió la convocatoria para la contratación de electricistas, me presenté y fui contratado. —Una expresión de orgullo se le pintó en el rosto mientas continúa hablando —Y de esta manera uno las dos pasiones de mi vida: mi trabajo y la lírica. He escuchado a todos los grandes cantantes durante estos diez años, mucho mejor que los que los escuchan desde la platea durante las representaciones.

— Por lo tanto —lo interrumpe con calma Villa —¿de qué han hablado usted y Aslow?

— Por desgracia ha sido una pequeña conversación, el Maestro debía ir al escenario a ensayar. Lo he felicitado y le he pedido un autógrafo.

— ¿Y el folio con el autógrafo? ¿Todavía lo tiene? —pregunta el comisario.

— ¡Claro! —responde enseguida el electricista —para mí vale más que... que... que un billete de 500 euros. Lo he puesto en mi taquilla, en el vestuario de los técnicos.

El tiempo necesario para ir y volver a la carrera y aparece Franco que muestra con orgullo su trofeo: un folio con una dedicatoria personal firmado por Arthur Andrew Aslow.

— ¿Ve comisario como las afirmaciones de Jenissov eran pura fantasía? —no pierde la ocasión de decir Aslow, dirigiendo una sonrisa irónica a su rival, que no puede más que esbozar, dada la situación.

— Esto es todo de momento —interviene Villa antes de que recomience la pelea de gallos entre los dos cantantes —a partir de mañana estaré en el teatro cada día para mantener bajo control la situación y continuar la investigación. Podéis iros.

Suspiro aliviado porque ya se estaba haciendo tarde y a las 21 debo comenzar mi trabajo en el piano-bar. Me apresuro a despedirme de todos y a preguntar a Christian si podemos asistir al ensayo general, el que se hace con los trajes y la ejecución completa de la ópera, dado que hoy sólo la hemos escuchado parcialmente.

— Pues claro —responde mi amigo —si es que llegamos. Podéis estar en la *barcaccia* como hoy o en platea. Nos vemos el 5 de diciembre a las 14 horas.

Capítulo 15

Después de haber dejado el teatro nos dirigimos rápidamente a nuestro hotel que, por suerte, quedaba a unos pocos minutos caminando.

— Tenemos el tiempo justo para cenar y prepararnos para la velada —digo a Fabienne.

Emanuele, el Maitre, al vernos entrar jadeantes viene enseguida a nuestra mesa.

— Pensaba que habíais decidido cenar fuera esta noche. El chef se habría enojado si hubiera pensado que preferís a la competencia —nos dice con una sonrisa.

— No —lo tranquilizo —hemos estado en los ensayos de Macbeth en la Scala, nos ha invitado un amigo mío que dirige la orquesta y se nos ha hecho tarde. Prefiero, ya que hay poco tiempo y todavía debo subir a la habitación para cambiarme, si ¿podrías acortar el tiempo y traernos lo que haya en el menú que sea más rápido?

— Dejadme hacer a mí —nos tranquiliza volviéndose y haciendo una señal a Alberto el camarero para comunicarle las *comandas* para nuestra mesa. Luego va hacia el somelier que, tendiendo en cuenta los platos que él ha decidido, nos traerá el vino correcto.

Mientras esperamos, Fabienne, que evidentemente está volviendo a pensar sobre los hechos de la tarde en el teatro,

— ¡Un bonito ambiente el de la lírica! —resopla —Desde el exterior se leen en los periódicos las *peleas* entre este y aquel artista, pero se piensa que todo sea un juego, un sistema para darse publicidad, para hacer que los periódicos hablen de ellos. En cambio, es la pura realidad, al menos en este caso.

— Sí, en los medios de información a menudo los periodistas enmascaran e inflan un poco las noticias, si no es que no fomentan adrede tal rivalidad —le confirmo —pero deberían saber qué

problemas crean a quien debe controlar a los personajes en cuestión. Has visto al Superintendente, el director de escena y al mismo Christian con cuánta paciencia y diplomacia han debido actuar para hacer posible que siguiesen los ensayos.

Después de unos pocos minutos Alberto nos trae los platos sorpresa decididos por el Maitre Emanuele: flan de boniato y patatas, albóndigas de atún y *ricotta* combinados con una copa de perfumado Gewürztraminer, filete a la pimienta negra acompañado por una copa de un Primitivo de Manduria, con mucho cuerpo.

— La pista de la conversación del electricista con Aslow detrás de los bastidores ha resultado falsa —murmura Fabienne masticando una deliciosa albóndiga de atún —¿Qué tiene que ver Leo Harper? Recuerda que te he dicho que lo había encontrado, sudado y nervioso, mientras buscaba el aseo en el pasillo cerca de los camerinos.

— Habría tenido la oportunidad de meter el folio amenazador en el camerino de Jenissov —reflexiono — pero ¿cuál sería el móvil? ¿Qué ventaja podría haber en amenazar a su jefe? Sin contar conque no veo conexiones con los otros dos accidentes: el camerino cerrado con llave y el foco que explotó.

— El móvil para odiar a Jenissov, no lo sé, pero la oportunidad para encerrarlo con llave en el camerino, la habría tenido. Al estar en la parte de atrás del escenario se puede mover fácilmente entre la escena y los pasillos de los camerinos.

— Y nadie lo podía controlar en estas idas y venidas. Podían formar parte de sus obligaciones —completo el análisis de la situación.

— También para lo del foco podría haber tenido la oportunidad —continúa Fabienne —directamente él o a través de un técnico cómplice suyo. ¿Recuerdas que el técnico había dicho que había dejado el foco detrás de los bastidores, después de haber cogido del almacén, para ir a comer?

— Queda el hecho de que no vemos cuál podría ser su móvil —insisto —Otros podrían tener uno más visible y válido. Aslow, que ve a Jenissov como una amenaza a su carrera. La señora Isadora,

que ha sido la eminencia gris del marido y quiere preservar su papel de estrella de la lírica. Mary-Ann, la nueva asistente de Aslow, que también ella, como Harper, no está siempre en la sala y podría haber tenido la oportunidad de actuar, por su cuenta o por cuenta de otro.

Ahora ya se había hecho tarde. Así que dejamos nuestros interrogantes no resueltos y subimos a la habitación a prepararnos. A las 21 en punto, después de una ducha y un cambio de ropa, henos aquí preparados para mi velada en el piano-bar. El habitual *Blue dream*, una pieza compuesta por mí que uso como apertura todas las noches, y luego continuar con algunos éxitos internacionales para caldear la atmósfera. La sala no está llena pero por lo menos la mitad de los puestos con asiento están ocupados: algunas parejas en una velada romántica, un pequeño grupo de directivos de Ernst & Young que recuerdo haber visto también la última vez que he tocado en el Piermarini Duomo, hombres de negocios solos, de paso por Milano, deseosos de relajarse después de una jornada de negociaciones estresantes. Fabienne, desde su puesto cerca del piano, observa con curiosidad la *fauna* que conoce de este hotel.

— ¿Sabes que observo una diferencia entre la clientela de este hotel milanés y la del Marco Aurelio Palace de Roma donde hemos estado antes? —me susurra mientras estoy tocando *My heart will go on*, la canción extraída de la banda sonora de la película Titanic que condujo al éxito a Céline Dion.

— Cada hotel —le respondo intentando no distraerme en tocar correctamente —aunque sea de una categoría alta, tiene distintas características. Y cada ciudad, también, tiene una clientela distinta de las otras. Podríamos decir que una ciudad, en cierto sentido, plasma el modo de pensar y de comportarse de quien viaja a ella.

— Algunas cosas, sin embargo, nunca cambian —me hace observar frunciendo su nariz e indicándome una mesa apartada donde un elegante y anciano caballero está pasando la velada con una joven y hermosa muchacha —La clásica situación de anciano rico con joven hermosa.

En ese momento llega Asafa Johnson, el barman, con dos cócteles

jamaicanos: un clásico *Planter's punch* para mí (lima exprimida, azúcar líquido, ron, hielo) y un *Jamaican Mule* para Fabienne (ron, zumo de lima, cerveza de jengibre y hielo). Agradezco a Asafa guiñándole un ojo y, sin dejar de tocar, le señalo la pareja *invierno/primavera* de la que estábamos hablando un momento antes Fabienne y yo.

— Mi prometida se escandaliza todavía por ver a ricos y ancianos caballeros acompañados por bellas chavalas —le digo. —Seguramente en su bella cabecita está ya rodando una película propia en la que me ve, dentro de muchos años, en la piel del viejo bribón.

— Bueno —me responde Fabienne —podría suceder perfectamente. Todos los hombres sois iguales. Pero si lo intentas... —me amenaza masticando con rabia la rodaja de lima que decoraba su vaso.

— Para nada —se ríe Asafa mirándonos irónicamente —estáis totalmente equivocados. Ese es un cliente habitual. Viene todas las semanas desde hace unos meses, el martes por la noche. Cena en el restaurante del hotel y acaba la velada aquí en el piano-bar con una botella de champagne para la acompañante y una botellita de agua S. Pellegrino para él. Siempre —continúa el barman observando curiosidad en los ojos de Fabienne —se presenta acompañado de una muchacha distinta, siempre muy hermosa.

— ¡Lo que decía! —aprovecha mi novia —¡ves como tenía razón!

— No te precipites juzgando —responde Asafa —Radio-Hotel, la cadena de chismosos interna del hotel, dice que las muchachas son *acompañantes* de una agencia muy reservada y de alta gama. 3000 euros la velada, parece ser.

— ¿Y bien? ¿No es lo que yo decía? —se mantiene en sus trece Fabienne.

— Parece que detrás no hay nada de lascivo —concluye el barman con un golpe de efecto —El anciano caballero, un rico industrial de muebles de Brianza, que cobra su pensión después de haber pasado la sucesión de la administración de la empresa a los hijos, viudo desde hace años, busca sólo la compañía de muchachas hermosas.

Les invita a una espléndida cena, una velada musical con champagne, hace que le cuenten su vida y algunos chismorreos sobre la ciudad... en definitiva, sólo quiere un poco de compañía, y quizás le guste que lo vean al lado de hermosas muchachas. Al final de la velada hace que llamen a un taxi para la muchacha, luego, ayudado por su chófer, sube a su Bentley y vuelve a Brianza.

Asafa vuelve detrás de su mostrador de trabajo superalcohólico y Fabienne, un poco enfurruñada por haber sido cogida en flagrante pensamiento maligno, se concentra en su smartphone. La velada prosigue sin detalles destacables a no ser el hecho de que Fabienne, contrariamente a lo habitual en ella, no aparta los ojos del teléfono móvil y no se digna a dirigirme la mirada. Normalmente escucha siempre con gusto cuando toco y nos intercambiamos frases y observaciones sobre lo que sucede en la sala. Espero que no esté demasiado enfadada porque la hayan desmentido sobre el anciano caballero y la acompañante. Deberé inventarme algo para aplacarla. No me apetece ir a dormir estando malhumorados.

Después de haber acabado con *La musica è finita* de Umberto Bindi, la pieza que utilizo para cerrar mis veladas, bajo la tapa sobre el teclado del piano. Veo que Asafa está colocando los vasos en el lavavajillas y observo un vaso de pequeñas flores en uno de los extremos de la barra, cerca de la caja registradora. Me acerco y, después de haber saludado al barman, cojo tres y escondo la mano detrás de la espalda mientras vuelvo con Fabienne, todavía inmersa navegando en la red.

— Princesa —le digo poniéndome de rodillas y entregándole el pequeño ramo de flores —su humilde servidor ha terminado de animar la velada de los cortesanos con su música. Pido permiso para poderme retirar.

Fabienne levanta la vista del teléfono y me sonríe. Evidentemente no está enfadada. ¿Pero qué ha estado haciendo toda la noche con el teléfono móvil? Al tomar las florecitas me pone la mano para que se la bese mientras me dice:

— El humilde músico tiene licencia para poderse retirar, pero es posible que la Princesa necesite que la entretengan antes de dormirse.

— Sus deseos son órdenes —respondo sumiso.

— Antes, sin embargo —me dice Fabienne volviendo al tono normal de voz —debemos hablar un poco sobre lo que hemos visto hoy en el teatro.

Mientras subimos a nuestra pequeña suite Fabienne me desvela porqué ha estado pegada al teléfono móvil toda la noche: ha estado buscando en internet y ha destripado la vida de los cónyuges Aslow en los últimos veinte años.

— ¿Has descubierto algo interesante? —le pregunto.

— Bueno, para comenzar he comprendido que el apodo de Lady Macbeth dado en el teatro a la señora Isadora Aslow es completamente merecido. Aslow siempre ha sido ambicioso pero parece ser que tiene un carácter débil e influenciable. Isadora ha sido para é un acicate continúo y lo ha empujado a desafiar a cantantes consolidados cuando estaba comenzando su carrera.

— Bueno, yo diría que esto es mérito suyo —le hago notar —si consideramos que desde hace años el marido es una estrella de la lírica. Es verdad, quizás con los años ha adoptado la costumbre de mandar, ya que Aslow no tiene un carácter fuerte.

— No se ha limitado a estimularlo —especifica Fabienne mientras entramos en la habitación —ha movido todos los peones necesarios para obtener críticas entusiastas y artículos de periódicos exaltándolo en cada representación. Ha tejido relaciones con los Superintendentes de la mayoría de los teatros del mundo y con los críticos musicales de los periódicos más influyentes en el mundo de la lírica.

— En definitiva, parece que se ha comportado como la Lady Macbeth del drama de Shakespeare que se está ensayando en el teatro. Lady Macbeth empuja al marido a que haga asesinar al Rey Duncan para sustituirlo en el trono. La moderna Lady Macbeth podría conspirar para conservar el trono de la lírica de su marido. En el drama, sin embargo, Lady Macbeth acaba mal, y también el marido.

— Para mí que ella está detrás de las desgracias de Jenissov —afirma con total seguridad ordenando las almohadas y sentándose cómodamente en la cama —está demasiado apegada a la buena vida que lleva al lado de la estrella de la lírica y no soporta la idea de que, con el declino de la estrella, el anonimato la engulla.

— ¿No te parece que estás exagerando? —le reprocho sentándome en el pequeño sofá cerca de la cama. —Es normal que las personas habituadas a un cierto tipo de vida brillante pueda no gustarles tener que abandonarla, pero no creo que los señores Aslow se viesen obligados a una vida de penurias en sus años de jubilados. En todos los años de carrera realmente habrán acumulado un buen capital.

— No creo que sea este el asunto —murmura pensativa Fabienne —Por como se comporta parece como... no sé... parece como si considerase al marido una creación suya. Como esos artistas que se enamoran de sus obras y pierden el sentido del límite entre lo imaginado y la realidad. No fue Michelangelo el que, después de haber terminado de esculpir el Moisés, viendo su obra tan perfecta se dice que gritó *¿Por qué no hablas?* Tal como yo lo veo, Isadora ve al marido como una obra de arte suya.

— Esa frase de Michelangelo pertenece a las leyendas sobre el arte. De todos modos, me parece una interpretación demasiado psicoanalítica —le digo con algo de duda — Hoy está de moda intentar leer detrás de los comportamientos de la gente misteriosas razones y retorcidos trastornos psíquicos. De todos modos, en este momento, yo veo ante mí a una obra de arte de la que desearía profundizar su estudio. A diferencia de Michelangelo, sin embargo, te diría que no es el momento de hablar.

— Acércate, humilde músico —me ordena Fabienne abriendo los brazos magnánima —entretiene a la Princesa como se merece una obra de arte.

Capítulo 16

27 de noviembre -- Miércoles

Esta mañana, mientras unto las rebanadas de pan de molde para Fabienne, ella vuelve al tema de los sucesos ocurridos en la Scala, pero yo le recuerdo que los dos tenemos unas obligaciones que debemos respetar.

— Ayer por la mañana he comenzado a experimentar una serie de sonidos y efectos para la música de la exposición de Franca Grandi y ya estoy esbozando la estructura de la composición, pero todavía hay mucho trabajo por hacer para poder llevarla a buen fin y no quiero dejarlo para lo último.

— Tienes razón —admite —yo también he comenzado a bosquejar dos acuarelas para Serena Maugeri y me gustaría hacer por lo menos tres o cuatro para llevarle dentro de unos días. Sin embargo —me dice robando de mi plato la rebanada que había preparado para mí con la mermelada de cerezas —me gustaría saber si los ensayos de hoy nos reservarán alguna sorpresa.

— La presencia del Comisario Villa y de los dos agentes que están por el teatro deberían convertir en más difícil organizar otra mala pasada —digo —o incluso obligar a renunciar a quien quiera que tenga en mente otras acciones amenazadoras.

— Podrías telefonear esta noche a tu amigo Christian para saber si ha ocurrido algo extraño hoy —me sugiere Fabienne.

— No, no es el momento. Con toda la tensión que tiene con la ardua tarea de coordinar a la orquesta, coro y cantantes para la representación más importante del año de la Scala sólo faltaría que...

— Tienes razón. Podía habérseme ocurrido a mí. He dicho una estupidez. Sin embargo —continúa con tono sabihondo —Giancarlo, el clarinete, toca en la orquesta, está en todos los ensayos de los

próximos días y realmente no está bajo presión como Christian.

— Esto es verdad —admito —pero no quiero que piense que somos unos chismosos que estamos atentos a historias conectadas a los chismorreos sobre la rivalidad entre los dos cantantes. A lo mejor lo llamo mañana. Ahora, para ambos, ha llegado el momento de trabajar.

Subimos a la habitación y Fabienne, después de haber cogido sus materiales, se va a pintar al rincón del jardín de invierno que ha encontrado ayer. Las grandes paredes de cristal que dan al jardín en la parte de atrás del hotel le suministran la luz justa para trabajar. Por lo que a mí respecta, me quedo en la habitación, enciendo el ordenador y la *workstation* musical, cargo el software de producción/edición e intento retomar el hilo del proyecto musical comenzado ayer por la mañana. A las 12:30 nos encontramos para bajar a la sala para el segundo desayuno.

— ¿Cómo ha ido la mañana? —pregunto.

— Bastante bien. Por el momento he dejado a un lado los esbozos del teatro de la Scala y del Duomo. He terminado una acuarela, la del paisaje del *Vicolo dei lavandai*, cerca del Naviglio Grande. Me apetecía representar un lugar, ahora meta de la movida y de los aperitivos de moda, que en un pasado era, en cambio, símbolo de una zona popular y trabajadora.

— Perfecto —comento —también yo he añadido unos sesenta segundos a la pieza que comencé ayer. He conseguido pensar en una estructura sonora que, trasladada a un gráfico, representa las *esculturas/árboles* de Franca Grandi. También he encontrado unos sonidos muy hermosos que representan el taller de un herrero, metales golpeados... quiero usarlos como introducción sonora de la exposición, como un reclamo a lo que se podrá escuchar cuando se entre en el taller artístico de Franca, donde crea las esculturas con ayuda de un asistente filipino.

— ¡Original! —aprueba Fabienne —llegas a la exposición y te encuentras inmerso en los sonidos de la creación de las obras que verás.

Los dos días siguientes pasaron sin pena ni gloria, cada uno ensimismado en sus respectivos proyectos, parada cotidiana para un baño en la piscina o para una sauna, veladas en el piano-bar. La única actividad extra, la llamada hecha a mi amigo clarinetista para saber si los ensayos en la Scala habían reservado nuevas sorpresas. Por suerte todo estaba yendo con absoluta normalidad, a pesar de la tensión siempre presente entre los dos cantantes rivales y la peculiaridad de tener a un comisario y dos agentes dando vueltas por el teatro.

La noche del viernes 30 de noviembre, durante la cena, Fabienne me dice que ha terminado las tres primeras acuarelas para la galerista Serena Maugeri y que le gustaría llevárselas mañana.

— Aparte del escorzo del *Vicolo lavandai*, he completado también el de la fachada de la Scala con un tramo de via Manzoni y el de la Piazza del Duomo.

— ¡Ah! —me dice acordándose de repente —hoy me he encontrado con Federico Viscardi, el anticuario que gestiona el negocio del vestíbulo. Me ha dicho que ha vendido uno de los vasos de flores que dejé a cuenta, vendido hace unos días. Son artículos que van siempre bien para las señoras de clase y son fáciles de vender con respecto a los más costosos y engorrosos jarrones.

30 de noviembre -- Sábado

El sábado por la mañana lo dedicamos también al trabajo. Fabienne ha llamado a Serena Maugeri y se ha puesto de acuerdo para llevarle las tres acuarelas preparadas, a las 15 horas en la galería. Después de la cita con Serena, al no haber llevado a buen puerto el propósito expresado hace unos días de ir de compras al *Quadrilatero della Moda*, Fabienne ha decidido dilapidar parte del fruto de su trabajo en algunas cosas nuevas para ponerse en la exposición en Bocconi y para el ensayo general en la Scala. Yo, en cambio, me quedaré en la habitación para completar la composición de la música para Franca Grandi, ahora ya casi terminada. Así que nos volveremos a ver para la hora de la cena.

A las 20 horas Fabienne todavía no ha vuelto al hotel mientras que yo he apagado mis instrumentos musicales y la estoy esperando sentado cómodamente en una butaca del vestíbulo. Es extraño que llegue tarde a la cena, así que la llamo por teléfono.

— Estoy a punto de llegar —me dice jadeante antes de que pueda abrir la boca —me he retrasado porque me he perdido dando vueltas por las tiendas. Y además hoy parece que todo el mundo se ha citado en el centro de Milano, no se consigue casi caminar por las aceras de lo abarrotadas que están —continúa jadeando debido al paso veloz.

— Tranquila —le digo —te espero en el vestíbulo.

Después de unos minutos la veo entrar con dos grande bolsas distintivas con marcas Made in Italy.

— Subo a la habitación a dejar las compras y a refrescarme un poco, luego bajo enseguida —me comunica pasando a mi lado, sin dejar de caminar y dirigiéndose al ascensor.

Después de un tiempo que ella considera adecuado en términos de velocidad, que testimonia como el discurrir del tiempo se puede considerar como una opinión personal, finalmente llega hasta mí y podemos ir a nuestra mesa.

— Hola Emanuele —saludo al Maitre — ¿qué me recomiendas esta noche? Fabienne debe estar hambrienta. Ha recorrido kilómetros a pie pasando de una tienda a otra para ir de compras. ¡Qué dura vida la de estar a la moda...! —le tomo el pelo.

— Hoy, aparte del menú semanal, tenemos el menú toscano: aperitivos de tostadas con distintas salsas, *pici*[14] con jabalí de primer plato, *fiorentina*[15] de segundo. Bizcochitos con vino dulce para acabar.

— Me apunto al toscano —le digo, después de haber consultado con Fabienne —pero nada de *fiorentina*, sería muy pesado y todavía debemos trabajar. A lo mejor algunas rodajas de *finocchiona* irían bien.

— ¿Qué es la *finocchiona*? —me pregunta mi novia mientras Emanuele pasa la comanda a Alberto el camarero.

— Es un tipo de fiambre toscano buenísimo, preparado con carne picada de cerdo, bañada con vino tinto y adobada con semillas de hinojo —le respondo.

— ¿Cómo te ha ido con Serena Maugeri? —le pregunto.

— ¡Ah, fantástico! —responde Fabienne radiante —las tres acuarelas que le he llevado le han gustado mucho. En cuanto le lleve más me dedicará una pared y pondrá uno en el escaparate. ¿Y tus composiciones?

— He acabado y estoy bastante satisfecho. He grabado en un CD los fragmentos para hacérselos escuchar a Franca Grandi el lunes, cuando comenzará a instalar la exposición en Bocconi.

— ¡Fantástico! —dice batiendo las manos como si fuese una niña feliz —entonces, mañana que es domingo, ¿nos cogemos el día libre?

— De acuerdo... y ya sé dónde llevarte. Te gustará.

Antes de subir a la habitación, mientras Fabienne se me adelanta para prepararse, me paro en recepción. El personal de recepción de un hotel de lujo debe ser capaz de interactuar con los clientes internacionales con cortesía y profesionalidad. De esta profesionalidad forma parte también la capacidad de resolución de problemas, para encontrar una respuesta a cada exigencia que el cliente pueda manifestar. No conozco a todos los recepcionistas del Piermarini Scala pero al directos sí, Peter Paravicini, un suizo-italiano proveniente del Cantón de los Grigioni, el único trilingüe de Suiza. La capacidad de hablar correctamente italiano, francés y alemán, además del imprescindible inglés, unida a la experiencia adquirida en los mejores hoteles de Saint Moritz, hacen de él un perfecto director de recepción. Es el mismo que gestionaba la acogida a los clientes durante mi anterior permanencia, por lo tanto puedo pedirle que me muestre su capacidad de resolver problemas.

— En cuanto termine con el libro de entradas, intento hablar con mi

colega y te llamo a la habitación para informarte —me garantiza con un ligero acento alemán.

A la espera de la respuesta a mi pregunta subo a la habitación para prepararme para la velada. Diez minutos después, una llamada de recepción me confirma que Peter ha resuelto mi problema.

En el piano-bar, muy concurrido, toco con muchas ganas las habituales melodías que prefiero, después de horas de sonidos electrónicos escuchados con los auriculares para terminar la música de la exposición. Mañana por la mañana nos concederemos un despertar más tardío con respecto a lo normal. Es necesario darse un homenaje después de un buen trabajo.

1 de diciembre -- Domingo

Esta mañana, al abrir los ojos, nos da la bienvenida la clásica luz grisácea del otoño milanés, debido al cielo lechoso de nubes bajas que discurren lentas sobre la ciudad. Una llovizna sutil convierte en brillantes los techos y las calles de la ciudad. *No está mal*, pienso, *para lo que he programado no necesitamos sol*.

Mientras Fabienne se prepara, pido, de manera excepcional, que nos lleven el desayuno a la habitación. Si debe ser un premio que lo sea hasta el final. Cuando Fabienne llega todavía estoy extendido sobre la cama gozando la sensación de poder disponer de mi tiempo sin prisas.

Disfrutamos del desayuno en la cama y luego le pregunto con tono malicioso:

— ¿Has visto qué tiempo? ¿Estás segura de que quieres salir?

— Depende de la alternativa —me responde ella acercándose a refregarse contra mí.

Después de la comida el tiempo no ha mejorado mucho, pero al menos la llovizna de esta mañana ha parado. Nos podemos aventurar a salir sin el estorbo de los paraguas. Por otra parte, estamos en pleno centro y las tres metas que tengo en mente distan

unos centenares de metros del hotel.

La primera etapa nos lleva a vía Manzoni, al Grand Hotel di Milano. Cuando me preparo para entrar, Fabienne me retiene por un brazo preguntándome qué intenciones tengo, dado que acabamos de salir del hotel.

— Sorpresa —le digo con tono misterioso —ten un poco de paciencia y ya verás.

La dejo admirando el vestíbulo de este histórico hotel milanés y me acerco a recepción donde, después de haber explicado el motivo de mi visita, el recepcionista llama a un joven colega suyo que coge la llave de una habitación del primer piso.

— Por favor —dice amablemente después de haber esperado la llegada de Fabienne, a la que había llamado con una señal de la mano —seguidme. El señor Paravicini nos ha pedido que os dejemos visitar la 105.

Lo seguimos y, al abrir la puerta, nos invita a entrar diciendo: — La suite Verdi, señores. Aquí el Maestro Giuseppe Verdi acostumbraba a quedarse cuando estaba en Milano. Desde este balcón se asomaba para saludar a la multitud que había venido a homenajearlo después de la representación de sus óperas en la Scala. Aquí hizo traer un piano y compuso gran parte de la ópera Otello. En esta habitación murió el 27 de enero de 1901.

Doy vueltas por el salón imaginando al Genio de Busseto mientras compone o ensaya las arias al piano con diversos cantantes o mientras discute con los libretistas pretendiendo mejoras que le permitiesen una mejor fusión entre texto y música. Fabienne está encantada por los muebles originales de época. Vamos al balcón y le digo:

—Imagina, desde aquí, Verdi se asomó aquella famosa noche en que la orquesta de la Scala se ha transferido a la calle de abajo para interpretar el Preludio del tercer acto de La Traviata. Lo que conmovió al brusco pero sensible Verdi.

Damos las gracias al recepcionista por la cortesía que ha tenido con

nosotros y salimos del hotel volviendo a vía Manzoni.

— Figúrate que, durante los días de la enfermedad mortal del Maestro, los milaneses cubrieron de paja la calle para que el ruido de las ruedas de las carrozas sobre los adoquines no molestase al compositor que sufría —le cuento a Fabienne.

— Después de una visita musical inesperada te llevo al Museo teatral en la Scala. Es pequeño pero muy interesante. Es una visita obligada ya que estamos asistiendo a los ensayos del Macbeth de Verdi justo en ese teatro.

En el interior del museo, en las salas que en el siglo XIX formaban parte del Casino Ricordi (en todos los teatros se hacían apuestas para redondear las entradas de los empresarios que se adjudicaban la gestión) vemos una infinidad de recuerdos ligados al teatro: bustos de compositores y cantantes célebres, cuadros antiguos e instrumentos de época, entre los que destaca el piano de cola Steinway & Sons que perteneció a Franz Listz.

Damos vueltas encantados entre las salas, cada uno parándose en los objetos que más llaman su atención y siguiendo la audio guía que contiene la aplicación descargable en el teléfono móvil. Una parada en la Tienda del Teatro, donde Fabienne me regala un lápiz decorado con el teclado de un piano, termina la visita.

— Para acabar la jornada cultural, ahora una visita artística más cercana a tus intereses. Te llevo a visitar las Gallerie d'Italia, aquí al lado, en Piazza Scala. Están las colecciones de un gran banco italiano que desde hace unos pocos años ha abierto al público la antigua sede central.

Visitamos, entre comentarios entusiastas de Fabienne, las colecciones de los siglo XIX y XX, pero el ambiente que más la ha asombrado ha sido sin duda la antigua bóveda subterránea donde, en lugar de las cajas blindadas, ahora se conservan las pinturas que se utilizarán en las sucesivas exposiciones provisionales.

Mientras volvemos al hotel le prometo a Fabienne llevarla, en cuanto podamos, a visitar otros lugares interesantes: el interior del Duomo, las muestras del Palazzo Reale y del museo del '900, la

Triennale, las exposiciones internas en el castillo de los Sforza...

2 de diciembre -- Lunes

Hoy es el día fijado por Franca Grandi para el comienzo del montaje de su muestra en el vestíbulo de la Universidad Bocconi. Había quedado en aprovechar esta ocasión para hacerle escuchar la música que he preparado. Así que, hacia las 10, tomo un taxi y hago que me lleve a Via Sarfatti, donde tiene su sede la prestigiosa universidad privada.

Aparcamos fuera de la entrada, custodiada por dos leones veo un camión habilitado para las mudanzas, con dos obreros que están descargando con mucho cuidado uno de los *árboles* de Franca debidamente embalado. Los sigo y me conducen al espacio donde la artista ya está colocando, con la ayuda de su pequeño *factotum* filipino, las esculturas descargadas con anterioridad.

Franca está de los nervios, gesticula, se acerca a las esculturas, se aleja, hace mover un poco a la izquierda un *Árbol*, luego cambia de idea y lo hace mover hacia la derecha, decidiendo, finalmente, que estaba mejor como al principio.

Cuando me ve me hace una señal para que me acerque al mismo tiempo que da instrucciones a *su* filipino, como lo llama ella, para situar unas esculturas que se colocarán más tarde.

— ¿Nos tomamos un café mientras escuchamos tu música? —me dice cogiéndome del ganchete y encaminándose hacia el bar en el piso de abajo. —Siento curiosidad.

Durante la siguiente hora le explico que he intentado componer la música de la misma manera que ella trabaja con los materiales, en base a lo que me había dicho cuando nos habíamos conocido.

— El conjunto musical que he preparado tiene como título *Transla(c)tions* —le digo —con una fusión entre el concepto de traducción y de acción, traslado del punto de vista. El primer fragmento, el destinado a acoger a los visitantes de la muestra en el pasillo, lo he titulado *Franca's workshop* y lo he construido usando

sonidos bruscos conectados con el trabajo de los metales y de la madera, los mismos elementos de los *Árboles* y de los *Tondi*. La música para la sala de los *Árboles* y la de los *Tondi* tiene como base los conceptos de repetición y modulación, como repetitivos y modulares son los elementos de tus esculturas. Por debajo hay estructuras sonoras con elementos de triangularidad y circularidad, respectivamente.

Después de haber escuchado las explicaciones y los fragmentos Franca exclama:

— Son perfectos. Has ejecutado la versión sonora y abstracta de mis esculturas. ¿Podré utilizar esta música también en las siguientes exposiciones?

— Naturalmente —le respondo —Estoy contento de que te haya gustado. Ahora te hago un esquema para colocar mejor las cajas acústicas en las salas.

Después de preparar todo, nos despedidos convencidos de que la pareja música esculturas hará particular y significativa la experiencia de los visitantes.

4 de diciembre -- Miércoles

El gran día ha llegado y nos presentamos media hora antes de la apertura en la exposición de Franca Grandi. Yo en atuendo deportivo y Fabienne enfundada en un vestido de tubo negro muy simpático, fruto de sus correrías yendo de compras en via Montenapoleone. Estoy un poco tenso porque temo algún problema técnico que arruine la difusión de la música. Después de las últimas comprobaciones, sin embargo, todo parece bien dispuesto y, cuando llegan los huéspedes, comienza el espectáculo.

Mientras damos vueltas entre las esculturas me encuentro con Davide Bassani, un realizador de vídeos con el que he colaborado en distintas ocasiones en la ejecución de documentales y películas para empresas, que está rodando. Desde hace tiempo está siguiendo a Franca Grandi acumulando material audiovisual para realizar un documental sobre su obra.

— Preciosa la música que has hecho —me dice —cuando esté preparado para el montaje del documental te contactaré para utilizarla, si te apetece la idea.

Después de dejar un tiempo a los visitantes para seguir el recorrido emotivo visual y sonoro, los dos críticos amigos de Franca comienzan los discursos poniendo en evidencia el recorrido estilístico de la artista y las características de las obras que se exponen. Me despido con un gesto de Franca porque, como sabe, debo volver al hotel para desempeñar mi trabajo.

Capítulo 17

5 de Diciembre -- Jueves

Después de pasar la tarde en el *Teatro alla Scala* hace unos días asistiendo a los turbulentos ensayos de Macbeth, no he vuelto a saber de Christian, mi amigo director de orquesta. Con todos los problemas que tiene no quería molestarlo llamándolo para saber cómo estaba yendo la guerra fría (pero tampoco demasiado) entre Aslow y Jenissov. La curiosidad podía conmigo, también porque Fabienne no ha hecho otra cosa que pensar en los misteriosos accidentes ocurridos durante los ensayos a los que habíamos asistido.

Esta mañana, ya durante nuestro aseo habitual, saboreando otra tarde de ensayos teatrales, continúa hablando del baño intentando involucrarme, de nuevo, en los misteriosos hechos ocurridos. También durante la comida prosigue dándole vueltas sobre el posible responsable. A veces parece estar convencida de la culpabilidad de Isadora Aslow, otras piensa que tiene algo que ver Leo Harper por su posición ambigua entre el ex-jefe, Aslow, y el nuevo, Jenissov. Otras veces, en cambio, se pregunta si no será Aslow en persona el que atormenta al rival, pero luego dice que no tiene carácter para actuar personalmente.

— Es verdad, podría encargárselo a otros —reflexiona. —Su asistente, por ejemplo. Parece tan anodina que nadie repara en ella y esto podría haberle permitido moverse sin ser observada.

— Venga, ánimo —la exhorto —deja en paz los misterios y acaba de comer, así nos vamos al teatro y disfrutamos con el ensayo *ante-general* con la orquesta.

Mientras nos metemos por vía Filodrammatici para acceder a la entrada de los artistas del teatro de la Scala explico a Fabienne que la tradición de inaugurar la nueva temporada teatral el 7 de diciembre, fiesta del Santo Patrón de Milano S. Ambrogio, se

remonta a 1940. Saludamos al portero, que no reconoce y vamos a la sala, donde encontramos a Christian hablando con el Superintendente Claudio Togni.

— Queridos amigos —nos acoge nuestro amigo —estoy feliz de teneros aquí para darme apoyo moral. Por el momento, después de los problemas que ya conocéis, parece que todo va como la seda, por lo menos aparentemente.

— Estoy muy emocionada —le dice Fabienne. —Nunca he asistido al ensayo general de una ópera.

— No nos la hubiéramos perdido por nada del mundo —añado.

— Si queréis, esta vez podéis verla desde la primera fila, aquí, en la platea, en vez de desde la *barcaccia* —interviene el Superintendente. —Tendréis la posibilidad de seguir la dirección del maestro von Buchlid y gozar con cada movimiento del escenario.

Aceptamos y nos colocamos en dos butacas de la primera fila de la parte izquierda, justo detrás del podio del director. Desde aquí no veremos a los músicos pero podremos disfrutar del espectáculo mejor. En el ensayo *ante-general*, de hecho, como en el siguiente *general* que tendrá lugar mañana, se ejecuta toda la ópera sin interrupciones y con trajes, luces, accesorios de escena y todo lo que está previsto para las siguientes representaciones con público. Esparcidas por distintos lugares de la sala están también la directora, los asistentes de Aslow y Jenissov, el fotógrafo de escena Fertonani y el Comisario Alessandro Villa.

— No veo a la señora Isadora —me hace notar Fabienne.

— Quizás Aslow le ha pedido que no asista al ensayo para evitar sus intervenciones fuera de lugar —sugiero.

El primer acto comienza y en la segunda escena Fabienne me golpea con el codo mostrándome con un gesto de la cabeza a la señora Isadora Aslow que está sentándose en una butaca cerca de la entrada de la derecha de la platea.

El acto es ejecutado perfectamente y al terminar, durante la pausa

para permitir a los tramoyistas organizar las escenas para el segundo acto, Christian felicita a los componentes de la orquesta y recuerda algunos detalles de ejecución que hay que tener presentes. Cuando vuelve a comenzar la obra, he aquí que nos acercamos a la escena en la que se ha producido el accidente del foco que explotó. Fabienne me estrecha el brazo debido a la tensión y me susurra

— Esperemos que no explote otro foco.

Jenissov está en el escenario con el hijo Fleanzio y canta el aria *Studia il passo, o mio figlio*.

Studia il passo, o mio figlio... *¡Vigila tus pasos, hijo mío!...*
usciam da queste tenebre... *Salgamos de estas tinieblas...*

un senso ignoto *Un sentido desconocido*
nascer mi sento in petto, *siento nacer en mi pecho,*
pien di tristo presagio e di sospetto. *lleno de tristes presentimientos¡*

Come dal ciel precipita *Cómo se precipitan desde el cielo*
l'ombra più sempre oscura! *las sombras, cada vez mas oscuras!*
In notte ugual trafissero *En una noche igual a ésta asesinaron*
Duncano, il mio signor. *a Duncan, mi señor.*

Mille affannose immagini *Mil penosas imágenes*
m'annunciano sventura, *me anuncian una desgracia*
e il mio pensiero ingombrano *y llenan mi pensamiento*
di larve e di terror. *de fantasmas y terror.*

El clima de tensión es apasionante, la oscuridad de la noche y los presagios funestos contenidos en las palabras de Banco preparan la tragedia que vendrá a continuación: el objetivo de los sicarios enviados por Macbeth es asesinar a Banco y al hijo, destinado según la profecía de las brujas a subir al trono conseguido por Macbeth con el asesinato del legítimo Rey Duncan.

Ohimè!... Fuggi, mio figlio... ¡Dios mío!.... ¡Huye, hijo mío!...

O tradim… Ahh! ¡Oh trai… Ahh!

Canta Jenissov/Banco al darse cuenta de la llegada de los sicarios, que lo rodean y lo golpean con los puñales. Sorprendentemente el cantante no ha terminado la palabra *tradimento/ traición.*

Es un momento dramático y el grito de dolor de Jenissov realmente auténtico, de la misma manera que la mancha roja que aparece a un lado de su camisa blanca. Lo que deja a todos asombrados es que Jenissov se cae al suelo gritando *Assassini! Assassini!* cuando debería salir del escenario arrastrado por los sicarios.

Christian se queda con los brazos a media altura, al no poder continuar según los tiempos musicales previstos. El director de escena, Luca Santerni, sale desde bastidores y se acerca al grupo de asombrados sicarios. Después de haberse inclinado sobre Jenissov, se da la vuelta hacia la platea diciendo.

— ¡Realmente ha sido apuñalado!

— Que nadie se mueva —grita el comisario Villa poniéndose en pie en la butaca que ocupaba en la platea —Que nadie se mueva de su posición y que cada uno de los sicarios mantenga el puñal de atrezzo. ¿Tenéis una enfermería en el teatro? —pregunta volviéndose al Superintendente y, al responderle afirmativamente, le pide que vaya a llamar al médico.

Luego, con agilidad, se desliza entre las butacas y llega hasta la más cercana puerta lateral de la platea. Poco después lo vemos aparecer en el escenario preguntando a los Sicarios que les muestren sus puñales.

— Yo no tengo nada que ver —se adelante uno de ellos mostrándole su pieza de utilería ligeramente ensangrentado. —No se ha retirado la hoja.

Villa hace que le dé el puñal, que maneja con delicadeza con un pañuelo teniendo cuidado de no borrar posibles huellas digitales y, efectivamente, confirma que el mecanismo que debería haber escondido la hoja está bloqueado. Y no sólo eso, la hoja ha sido afilada de forma tosca para hacerla más cortante. El policía que el

comisario había puesto entre bastidores dice que no ha visto nada raro. También su colega, que ha sido mandado llamar del puesto de vigilancia que se le había asignado delante de los camerinos, no ha observado situaciones particulares.

Villa entrega el puñal envuelto en el pañuelo a uno de los agentes, ordenándole que lo lleve a la científica con absoluta prioridad.

— Diles que me llamen en cuando tengan información —le dice —luego vuelve inmediatamente.

Mientras, llega el médico del teatro con un maletín de Primeros Auxilios. Después de apartar la camisa sucia de sangre, constata que Jenissov muestra una ligera herida superficial. La punta del puñal, en absoluto de acero templado como los de verdad, se ha deslizado sobre el pecho del cantante y el borde de la hoja, si bien afilado manualmente, no era capaz de producir mucho daño. Se prepara una medicación con cuidado y se sienta a Jenissov en una silla que se ha llevado al escenario.

El Superintendente, en esto momento, pasada la preocupación por la salud del cantante, comienza a preocuparse por la Primera representación que debería estrenarse dentro de dos días.

— Maestro Jenissov —le dice. —Estoy abrumado por esta lamentable situación pero, creame, la Scala no es responsable de todo esto. ¿Cree que será capaz de volver a los ensayos?

— ¿Para conseguir que acabe su obra quien me quiere muerto? —le responde malhumorado el ruso.

— Por favor —implora Togni —no se lo tome así. Se ha tratado de un accidente deplorable, pero estoy convencido de que todo se aclarará. Piense en cómo se verá dañado el buen nombre de la Scala si debiésemos suspender la Primera representación.

— De acuerdo, de acuerdo —resopla Jenissov. —Es una pequeña herida, creo que podré cantar. No estoy acostumbrado a dejar ganar a quien me quiere mal —susurra mirando a Aslow. Dejadme un poco de tiempo para que me recupere. Después de mi *muerte* en escena sólo tengo dos entradas como fantasma, donde no debo

cantar. Mañana estaré bien.

— Gracias, muchísimas gracias Maestro —dice el Superintendente, luego, volviéndose al comisario Villa, le pregunta si tiene algo en contra para que prosigan los ensayos.

— Continuaré mi investigación desde la platea —responde el oficial. —Todos los que no deban ensayar, bajen conmigo.

Christian, que durante todo el tiempo se ha quedado sobre el podio del director de orquesta, vuelve a tomar las riendas de los ensayos. La directora ordena a los tramoyistas que pongan en marcha el escenario giratorio y que hagan aparecer la escenografía de la Escena Quinta del Segundo Acto: una gran sala con la mesa puesta.

Mientras los ensayos prosiguen nos movemos hasta el fondo de la platea, lo más lejos posible del centro de atención, para no molestar a los intérpretes. La ya de por sí extraña investigación continúa con un fondo verdiano. Villa le pregunta al director de escena cómo se gestiona la utilería.

— Todos los objetos necesarios para la representación en curso están guardado en la sala de utilería —responde Santerni. —Solo en los ensayos generales, o en casos particulares de peticiones específicas de los directores, se traen a los bastidores y se ponen detrás de ellos de manera que los técnicos puedan entregárselos a los cantantes en el momento idóneo para llevarlos a escena.

— ¿Quién es el responsable de coger la utilería de la sala y llevarla entre bastidores? —pregunta ahora el comisario.

Un técnico da un paso adelante declarando que ha seguido el procedimiento normal y que no ha notado nada extraño. Los puñales de los sicarios estaban en sus respectivas fundas y no pudo observar que uno había sido afilado y manipulado.

— ¡El procedimiento prevé que la utilería sea controlada y mantenida en perfecta eficiencia! —grita el director de escena al técnico.

El utiliero se defiende manteniendo que había comprobado los

puñales el día de los accidentes durante los ensayos, cuando ha explotado el foco.

— Normalmente hago la comprobación la mañana del ensayo general, cuando la utilería será utilizada en escena por primera vez —explica —pero, visto que estaban sucediendo cosas raras, he preferido comprobarlo el mismo día, para evitar problemas.

— ¿Comprobó también los puñales de los sicarios? —pregunta Villa.

— Claro, y todos funcionaban perfectamente —responde enseguida el utilero.

— ¿Después de aquel martes 26 de noviembre no se volvió a comprobar la utilería? —insiste el comisario.

—Nn... no —balbucea el técnico previniendo consecuencias nada positivas para su posición laboral.

— Por lo tanto el puñal ha sido manipulado en el período que va de aquel martes 26 de noviembre hasta hoy —constata el oficial.

— Es más —se corrige enseguida —a menos que la manipulación no haya sido hecha por alguien que haya entrado en el teatro después del cierre, el puñal no puede haber sido modificado a no ser el martes, antes de que yo llegase y pusiese a uno de mis hombres a comprobar el pasillo de los camerinos que está próximo a la sala de utilería.

Volviéndose al policía que tenía la obligación de vigilar los pasillos de los camerinos, pide que le confirme los informes recibidos los días anteriores, en los cuales no se notificaba nada sospechoso.

— Hoy, después de que todos los cantantes salieran de los camerinos para subir al escenario y comenzar los ensayos —pregunta a su subordinado —¿alguien bajó de nuevo a los pasillos donde estabas de guardia?

El policía responde que nadie había bajado a los pasillos después de comenzar el ensayo general.

— Perdone, pero no es exacto —interviene Fabienne poniéndome en

dificultades —La señora Aslow entró en la platea cuando los ensayos ya habían comenzado, más o menos en la segunda escena si no recuerdo mal.

El comisario lanza una mirada entre interrogativa e inquisidora a su agente, el cual se justifica avergonzado diciendo:

— Es verdad, la señora salió del camerino de su marido después de que todos hubiesen subido, pero no me pareció un hecho relevante.

Justo después, con un poco de descaro hacia su superior añade:

— Por otra parte, usted me había dicho si alguien *descendía* a los pasillos.

Mostrando no haberse dado cuenta de la observación del policía, Villa se dirige a la señora Aslow, que no espera la pregunta del comisario y, como es habitual en su carácter pero con un nerviosismo quizás excesivo, le explica que se había quedado en el camerino porque tenía un ligero malestar, quizás una caída de la presión.

Mientras tanto los ensayos continúan pero sin seguir el orden secuencial de los fragmentos. En este momento Aslow/Macbeth y la soprano Marini/Lady Macbeth están cantando el dúo final del Tercer Acto.

MACBETH MACBETH
Ma pur di Banco ¡*Pero también se me ha*

apparvemi la stirpe... *aparecido la estirpe de Banquo...*
E regnerà! *que reinará!*

LADY LADY
Menzogna! *¡Mentira!*
Morte e sterminio *¡Muerte, exterminio*

sull'iniqua razza! *sobre ese inicuo linaje!*

MACBETH MACBETH

Sì morte! *¡Si, muerte!*

Di Macduffo arda la rocca! *¡Que arda el castillo de Macduff!*
Perano moglie e prole! *¡Que perezcan su esposa e hijos!*

LADY LADY
Di Banco il figlio si rinvenga *¡Que busquen al hijo de Banquo*

e muoia! *y que muera!*

MACBETH MACBETH
Tutto il sangue si sperda *¡Que se derrame toda la sangre*

a noi nemico! *de nuestros enemigos!*

LADY LADY
Or riconosco *¡Ahora reconozco*

il tuo coraggio antico. *tu antiguo valor!*

A DUE
Ora di morte e di vendetta, *Hora de muerte y de venganza,*
Tuona, rimbomba *Resuena y retumba*

per l'orbe intero, *por todo el orbe*
Come assordante *¡aturdiendo*

l'atro pensiero *las ideas funestas*
Del cor le fibre tutte intronò. *todas las fibras del corazón!*
Ora di morte, ormai t'affretta! *¡Hora de muerte, apresúrate!*
Incancellabile il fato ha scritto: *Indeleblemente lo ha escrito el destino:*
L'impresa compiere *la empresa*

deve il delitto *debe completar el delito*
Poiché col sangue si inaugurò. *puesto que con sangre se inició.*

Al ser un simple observador estoy escuchando los ensayos mientras dirijo la mirada de vez en cuando hacia los allí presentes. Me doy

cuenta de que Isadora Aslow está disgustada. Su rostro, normalmente exangüe, parece casi térreo. Se lo hago observar también a Fabienne y nos preguntamos si es una nueva caída de la tensión arterial o si han sido las palabras del aria que ha terminado la que la ha transformado. El comisario es insistente, recordando que el hecho es grave, se trata de violencia, aunque no es un intento de asesinato porque el arma, a pesar de haber producido heridas, no era adecuada para matar.

Ahora le toca a Fabienne hacerme notar que Leo Harper, el asistente de Jenissov, demuestra un notable nerviosismo mientras arruga y vuelve a arrugar un folio que tiene en la mano.

— Sigue mirando a la señora Aslow, intentando no hacerse notar, como si buscase una señal —me susurra.

El timbre del teléfono móvil del comisario sobresalta al pobre Harper, que no se lo esperaba. En el curso de la llamada Villa se limita a escuchar, luego da las gracias y corta la comunicación.

— Tenemos un elemento importante —anuncia con voz segura. —En el puñal no hay huellas digitales, evidentemente quien lo ha modificado tenía guantes o lo ha limpiado con cuidado. Pero —añade haciendo una pausa de actor consumado —en el interior del mecanismo de deslizamiento de la hoja ha sido encontrado un pelo. En todas las investigaciones siempre hay un detalle que puede desbloquear la situación. Incluso el más hábil de los criminales comete algún error —sentencia, echando una mirada circular al grupo de los allí presentes —en este caso no estamos en un nivel muy alto. Durante la manipulación se habrá secado el sudor debido a la tensión y al miedo de ser descubierto y un cabello, que había quedado en el guante o en la mano, ha acabado inadvertidamente en el interior del mecanismo de puñal.

— Por lo tanto, con el examen del ADN será posible establecer con certeza el autor de la manipulación —intervengo, quizás con demasiado entusiasmo.

— Exactamente —confirma Villa con aplomo inglés. —Ya he pedido que se lo envíen a los técnicos para que lo extraigan. ¿Estaríais dispuestos a someteros voluntariamente al examen del ADN? Me

ahorraríais tener que pedir al juez la autorización para obligaros a hacerlo —dice dirigiéndose a todos pero sin mirar a nadie en concreto.

— ¡Es inconcebible! —grita Isadora Aslow —¡Una afrenta! Nos está tratando como si fuéramos criminales. Todo por un accidente banal debido a un utilero incapaz. Provocaré un escándalo que...

— Cálmese, señora Aslow —la interrumpe con firmeza el comisario —Es verdad que, por suerte, la herida de Jenissov es superficial y el puñal no podía matar, pero la situación es grave. Han sucedido una serie de hechos, cada vez más graves. En primer lugar el encierro en el camerino, luego la explosión del foco modificado, a continuación el mensaje amenazador dejado a Jenissov y finalmente la herida. La situación, por lo tanto, es seria —sigue hablando dirigiéndose a todos los presentes —No me gustaría que, esta vez, se llegase a consecuencias mucho más graves.

— Estoy de acuerdo con usted, comisario —interviene el director de escena Santerni. —Los ensayos de Macbeth ya se han visto afectados por actos desafortunados y espero que, con la ayuda de todos, consigamos llevar a cabo el espectáculo con los estándares de calidad dignos del *Teatro alla Scala*.

— Sin contar con que —se une el Superintendente Togni — si se hiciesen públicas algunas indiscreciones sobre lo que ha sucedido el daño a la imagen sería tremendo. El *Teatro alla Scala* es uno de los símbolos de Italia más conocidos del mundo.

— Perfecto, interpreto vuestras palabras como disponibilidad a someteros al examen del ADN. ¿Es correcto? —pregunta Villa.

Los dos responden afirmativamente pero la señora Aslow continúa gritando indignada acerca de la violación de la privacidad. Incluso Leo Harper la secunda con voz temblorosa, no se sabe si por rabia o por su nerviosismo que poco a poco parece aumentar.

— Usted es muy dueña de negarse, por el momento, a someterse al test, señora Aslow —le explica el comisario —pero un rechazo podría ser interpretado como una admisión de culpabilidad.

— Perdone, comisario —escucho salir de la boca de Fabienne —¿de qué color era el cabello encontrado en el puñal?

— Es un cabello rubio, por lo menos en un primer examen preliminar visual hecho por la científica... y esto debería tranquilizar a la señora Aslow, por lo que concierne al asunto del puñal.

— Pero entonces... —exclama Fabienne mirando el rubio cabello de leo Harper —cuando lo he encontrado en el pasillo de los camerinos... todo sudado...

— ¿De qué está hablando, señorita? —le pregunta Villa.

— Durante los ensayos de la semana pasada, mientras estaba buscando un aseo en la zona de los camerinos, he visto al señor Harper muy agitado. Apareció todo sudado detrás de una esquina de un pasillo y casi me atropella.

— Es verdad —confirmo —de eso me habló al volver a entrar en la platea. Aparte de mí también estaba presente el Maestro Buchlid. Podrá preguntárselo.

— El señor Harper es rubio... —susurra tímidamente Fabienne dirigiéndose a Villa.

— Gracias. Me había dado cuenta —le responde él con una sonrisa, luego, volviéndose a Harper con un tono profesional: —En cuanto al móvil ya tendremos ocasión de profundizar, realmente la oportunidad para organizar los distintos *accidentes* acaecidos, la ha tenido. Al estar entre bastidores tenía facilidad para moverse sin ser controlado, incluso bajar rápidamente a la zona de los camerinos.

En ese momento Leo Harper pierde los nervios y se cae de manera estrepitosa sobre una silla plegable de terciopelo rojo de la platea.

— Es verdad —admite en voz baja. —Cuando la señorita me vio acababa de salir del camerino de Jenissov, donde había puesto el folio con el texto amenazador extraído del libreto de Macbeth. Pero no tenía intención de hacerle daño —lloriquea —sólo quería atemorizarlo para que abandonase la representación.

— Por lo tanto, usted es también el autor del primer *accidente*, la broma de encerrarlo con llave en su camerino —lo exhorta el comisario.

— Sí. Lo he hecho para ponerlo nervioso y provocar que los sucesos siguientes lo convenciesen para dejar la producción —explica mientras su cuerpo parece haber perdido toda su fuerza, enroscado en la pequeña butaca como un impermeable arrugado.

— ¿Y la explosión del foco? —continúa Villa.

— Mientras asistía a todos los fragmentos de la producción del espectáculo junto con Jenissov, escuché, los días anteriores, al director explicarle su intención de hacer aparecer un rayo en un momento concreto de una escena. El personaje de Banco interpretado por Jenissov debía hacer un cierto recorrido sobre el escenario y encontrarse exactamente debajo del foco que debería haber producido el rayo.

Con voz cada vez más temblorosa continúa:

— Entonces pensé cómo podía hacer para provocar la explosión. Me he documentado en Internet y conseguí lo necesario: una fina punta de diamante para taladrar, una pequeña bombona de recarga de gas para mecheros y una ampolla de pegamento líquido transparente. El día del ensayo con los efectos especiales vigilé al electricista. Después de haber preparado el foco para montarlo se alejó durante el descanso para comer. Aproveché la ocasión para coger el foco, bajar al camerino de Jenissov, donde había escondido el instrumental, y manipularlo. Tardé unos pocos minutos. Luego lo volví a poner donde el electricista lo había dejado. Debido a la poca cantidad de gas sabía que sería una bomba pequeña, inocua pero espectacular.

— Así que el foco no estaba defectuoso —exclama el director de escena —Cuando, desde el cuadro de luces, se produjo el impulso eléctrico para el encendido del foco que debía provocar los rayos, la chispa, al contacto con el gas, lo ha hecho explotar. ¡Y pensar que me enfadé con la empresa suministradora!

— Lo que no tengo claro —interviene Villa prosiguiendo con el

interrogatorio —es el motivo, la justificación para su acción. A fin de cuentas usted es el ayudante de Jenissov. ¿Por qué quería que abandonase la producción?

— Si hubiese renunciado después de los banales accidentes que había provocado, hubiera aparecido como débil de nervios y poco de fiar para los teatros, que en el futuro habrían preferido a otros cantantes —responde Harper con un siseo maligno en su voz.

— Todavía no entiendo porqué estaba interesado en arruinar la carrera de su jefe. Habría sido despedido por Jenissov en el caso de que su carrera hubiese sido truncada o por lo menos mermada —insiste el comisario —¿y por qué ha intentado herirle manipulando el puñal del escenario?

— ¡Yo no he sido! —grita Leo Harper —¡De eso soy inocente! Lo que hice lo he confesado, pero no sé nada en absoluto del puñal.

— Se dará cuenta, señor Harper —insinúa Villa —que es muy difícil creer en su inocencia después de lo que ha declarado.

Leo está en un estado de ánimo realmente perturbado, su mirada, mientras se defiende de las acusaciones, se mueve de izquierda a derecha, recorriendo el semi círculo de las personas allí presentes.
— ¿No te parece que mira de manera extraña a la señora Aslow? —me susurra Fabienne.

La situación es paradójica porque durante el interrogatorio los ensayos han continuado y, de fondo, desde hace un momento, están ensayando la escena cuarta del cuarto acto, aquella en la que Lady Macbeth imagina que está viendo la sangre de Banco en sus manos, sin conseguir lavarla.

LADY LADY

Una macchia è qui tuttora... *Tengo aquí una mancha, ¡siempre!*

via, ti dico, o maledetta!... *¡Fuera, te digo, maldita!*

Una... due... gli è questa l'ora! *¡Una... dos... le ha llegado la hora!*

Tremi tu!... *¿Tiemblas?...*

Non osi entrar? *¿No se atreve a entrar?*

Un guerrier così codardo? *¿Un guerrero y tan cobarde?*

Oh vergogna!... *¡Qué vergüenza!...*

Orsù t'affretta!... *¡vamos, date prisa!*

Chi poteva in quel vegliardo *¿Quién hubiera imaginado que ese*

tanto sangue immaginar? *anciano tuviera tanta sangre?*

MEDICO MÉDICO

Che parlò?... *¿De qué habla?*

LADY LADY

Di Fiffe il sire *El señor de Fiffe*

sposo e padre or or non era? *¿no era esposo y padre?*

Che n'avvenne?... *¿Qué ha sido de él?...*

E mai pulire *¿Es que no lograré*

queste mani io non saprò?... *jamás limpiarme las manos?...*

DAMA E MEDICO DAMA Y MÉDICO

Oh terror!... *¡Oh, terror!...*

LADY LADY

Di sangue umano *De sangre humana*

sa qui sempre... *siempre se siente el hedor...*

Arabia intera *Arabia entera*

rimondar sì picciol mano *no podría purificar una mano*

co' suoi balsami non può. *tan pequeña con todos sus bálsamos.*

Ohimè!... *¡Ay de mí*!

MEDICO MÉDICO

Geme? *¿Por qué gime?*

LADY LADY

I panni indossa della notte... *Ponte tu ropa de noche...*

or via ti sbratta!... *Ahora, fuera de aquí.*

Banco è spento, *Banquo ha muerto,*

e dalla fossa *y quien ha muerto*

chi morì non surse ancor. *no vuelve a salir de la fosa.*

MEDICO MÉDICO

Questo a presso?... *¿Y además esto?*

LADY LADY

A letto, a letto... *A la cama, a la cama...*

Sfar non puoi la cosa fatta... *Lo hecho, hecho está...*

Batte alcuno!... *¡Alguien llama!...*

Andiam, Macbetto, *vamos, Macbeth,*

non t'accusi il tuo pallor. *no vaya a acusarte tu palidez.*

DAMA E MEDICO DAMA Y MÉDICO

Ah, di lei pietà, signor! *¡Cielos, tened piedad de ella!*

— Usted afirma que no ha manipulado el puñal del escenario —está diciendo en ese momento el comisario devolviéndonos desde la ficción del escenario a la realidad —pero entonces, ¿quién ha sido, el fantasma de la ópera? Me veo obligado a arrestarlo y conducirlo a la comisaría para continuar con el interrogatorio en un sitio oficial —termina de decir haciendo una señal a uno de sus agentes para que se acerque y lo espose.

En este momento sucede un golpe de escena digno de los mejores melodramas. La señora Aslow se levanta precipitadamente de la butaca en la que estaba sentada hasta ahora y se entremete entre Harper y el policía que estaba a punto de esposarlo.

— Leo no tiene la culpa —afirma con un tono de voz irreconocible con respecto a ese ácido y cortante que hemos escuchado en otras ocasiones. —Él sólo ha sido el ejecutor material. He sido yo quien se lo ha pedido.

Capítulo 18

La confesión de la señora Aslow deja a todos estupefactos. Mary-Ann, la asistente del barítono, corre a la primera fila de butacas para avisar a Aslow de la situación en la que se encuentra la mujer. El cantante, desde el escenario, pide a Christian que suspenda el ensayo y, con voz atronadora, se dirige al comisario Villa pidiéndole explicaciones. Todos nos acercamos al foso de la orquesta, algunos se quedan de pie y otro se sientan en las butacas de la primera fila.

— Su esposa —explica Villa respondiendo a la pregunta de Aslow —acaba de confesar que ha sido la instigadora de los *accidentes* ocurridos al señor Jenissov durante los ensayos.

— No diga estupideces —grita el barítono. —Mi mujer siempre estuvo en el camerino conmigo o en la platea durante los ensayos. Nunca habría podido hacer nada parecido.

— De hecho —rebate con calma el comisario —su esposa es la instigadora. Es Harper el que, bajo su mando, se ha ocupado de todo, desde el foco que explotó al folio amenazador en el camerino hasta el puñal manipulado

— Le repito que no tengo nada que ver con el puñal —grita histérico Harper extendiendo los brazos hacia la señora Aslow —Dígaselo también usted, señora, por favor —suplica.

— Está diciendo la verdad —confirma la mujer —Harper se ha limitado a seguir mis órdenes, que no incluían la manipulación de ningún puñal.

— Del puñal ya hablaremos más tarde —interrumpe Villa volviéndose a Harper y a la señora Aslow. —¿Por qué lo habéis hecho?

— ¡Porque lo odio! —grita Leo con toda la fuerza de un sentimiento reprimido desde hace tiempo. —Aslow me despidió de un día para otro, después de ocho años de servicio sin horarios en los que

siempre estuve disponible al máximo para hacerle la vida fácil, para resolverle cualquier problema en el teatro y fuera... Y él —continúa apuntando con el dedo en dirección al cantante —como recompensa, me despidió. Ni siquiera pensó en sustituirme cuando estuve enfermo. Es un egoísta presuntuoso. Si no hubiese estado atado por un contrato que me vinculaba al secreto sobre todo lo que sabía de él, hubiera escrito un libro y lo hubiera desenmascarado ante todo el mundo... pero no podía hacerlo, me habría pedido una cifra enorme por los daños. Por lo tanto, acepté crear unos accidentes a Jenissov para dañar a Aslow, que hubiera sido el sospechoso.

— Los motivos del señor Harper ahora son claros —vuelve a hablar el comisario dirigiéndose a la señora Aslow —pero ¿los suyos cuáles son? No entiendo qué ventaja pueda sacar de dañar a su marido, después de todo lo que ha hecho para ayudarlo en la construcción de su carrera.

— Desde hace unos meses mi marido tiene una relación... —responde ella con voz inexpresiva, como si estuviese hablando consigo misma. —Ese ingrato ha cogido una amante veinte años más joven que él... ¿Y yo? ¿Yo que lo he seguido desde el inicio de su carrera, que le he apoyado e incitado, que he establecido contactos con periodistas y críticos para construir su mito? ¡Me ha dejado de lado como si fuese un trapo!

— ¡Oh, él cree que no lo sé! —continúa enfervorizándose —¡Pobre iluso! Yo conozco hasta la parte más íntima de su alma, sé leer en sus ojos cuando me cuenta mentiras. Nunca ha sido un hombre de carácter... aparte de sus dotes vocales, no vale nada. Durante toda la vida yo lo he impulsado hacia el éxito y la carrera... ¡y ahora piensa que me puede sustituir con esta fulana! —dice señalando a Mary-Ann.

Isadora Aslow ahora ya es un río desbordado. En el silencio absoluto del teatro continúa con su confesión -- desahogo:

— Lo que más me ha hecho enfadar es que la ha contratado como ayudante en lugar de Leo, ¡y no sabía hacer nada! Decía que se la había enviado su agente... que la muchacha tenía muchos contactos en el mundo de la prensa internacional por haber desarrollado un

trabajo de secretaria de prensa para una casa cinematográfica... Decía que sólo era un período de prueba, luego ya se vería si confirmarla o buscar a otro. Y de esta manera comenzó a pasar cada vez más tiempo con ella, con la excusa del trabajo. Cuando estaba yo presente fingían una relación formal... pero una esposa comprende ciertos tonos de voz, ciertas miradas escondidas... Realmente esa lo ha sometido a su voluntad haciendo hincapié en las debilidades de los hombres que caminan hacia la vejez: sexo, juventud... Y un día sí y otro también lo cercaba con sus redes... ¡pobre estúpido! Ha comenzado haciendo que le pagase el alquiler de un apartamento cercano a nuestra casa, en New York, con la excusa de que ella habitaba lejos del centro y para llegar hasta nosotros le llevaba casi dos horas en el transporte público. Luego, ha aprovechado un tiempo en que estuve en cama con una bronquitis para acompañar a Aslow sola en algunos viajes... y mientras tanto hacía que le regalase objetos muy caros.

— ¿Y él creía que no me daba cuenta? —exclama mientras su rostro se va transformando en una máscara de dolor reprimido y de odio visceral —Ha llegado al punto de retirar cheques pagaderos a nuestro abogado, enmascarándolos de honorarios por prácticas inventadas y haciendo que le diesen dinero a toca teja a cambio.

De repente parece calmarse, se vuelve a sentar en una de las butacas de primera fila y vuelve a hablar con el tono de quien está narrando una tarde de compras a una amiga:

— Cuando me enteré de que vendríamos a Milano y que también estaría Jenissov, se me presentó la ocasión idónea para mi venganza. Ya es bien conocida por todos la rivalidad artística entre mi marido y el ruso. Cuando supe que Leo era ahora el asistente de Jenissov, en la primera ocasión que tuve contacté con él explicándole mi plan y ofreciéndole la oportunidad de vengarse de Andrew. Él al principio no quería saber nada de esto —continúa —Temía que fuese alguna trampa por mi parte, pero cuando le conté lo de la nueva ayudante y lo del romance, comprendió que no estaba tramando nada contra él. El plan era sencillo: se trataba de organizar algunos pequeños accidentes para Jenissov, haciendo creer que alguien quería obligarlo a abandonar el espectáculo. Obviamente, el principal sospechoso hubiera sido mi marido. Si yo

había creado su fama, también era capaz de destruirla —grita dirigiéndose a su marido que está en el escenario. —Tu novieta no hubiera podido hacer nada por salvar la imagen del gran cantante... y al final te hubiera abandonado. Las caza fortunas no aman a los perdedores.

— Estás desvariando Isadora. Ahora bajo la escalera y te juro que, cuando todo esto termine, podré explicártelo todo —le dice el marido saliendo desde los bastidores de la izquierda para ir hasta la platea.

— Así que,. —interviene Villa continuando con su pesado interrogatorio —dado que Jenissov no tenía la intención de dejar la producción, entonces usted, señora Aslow, ordenó a Harper que manipulase el puñal del escenario.

Una vez más ambos niegan haber tenido nada que ver con la manipulación del puñal.

— Por otra parte —dice Harper dirigiéndose al comisario —cuando analice el ADN del cabello rubio encontrado en el puñal, verá que no me pertenece.

— Y la señora Aslow —añade Fabienne —aún con la ayuda del tinte, tiene los cabellos negros naturales.

Aslow entra en la platea en ese momento y Leo Harper, mirándolo, parece que se le ha ocurrido una idea imprevista.

— Un momento —dice Leo, que parece haberse vuelto lo suficientemente lúcido después del ataque de nervios anterior —Cuando la señorita Fabienne me ha visto correr por el pasillo... estaba yendo al encuentro de la señora Aslow para decirle... que había visto a Aslow proceder de un pasillo que no era el de su camerino. ¿De dónde venía? —dice mirando a Villa pero apuntando con el dedo hacia su ex jefe —Por aquella parte está la utilería del teatro, donde guardan los materiales del escenario para usar en las representaciones.

— ¿Responde a la verdad lo que está diciendo el señor Harper? —pregunta Villa volviéndose hacia el cantante. —También usted,

por otra parte, es rubio y el cabello del puñal podría incluso ser suyo.

La pregunta deja a Aslow de piedra. Había dejado el escenario mientras los indagados eran Harper y su esposa y ahora, en cuanto ha entrado en la platea, se encuentra siendo acusado.

— Estaba volviendo a... —farfulla jadeante. —Sí, estaba volviendo de... Me veo obligado a admitirlo, volvía de una cita... ejem, amorosa con Mary-Ann, mi ayudante.

— ¡Bastardo! —le grita a la cara la esposa —*Estás desvariando, podré explicártelo todo*, le dice imitando irónicamente el tono anterior del marido. —A unos pocos metros de mí, mientras estaba en el camerino esperándole —grita lanzándose contra él como una furia.

— Sé que es absurdo en esta situación —susurro a Fabienne —pero en este momento se me ocurre que estas butacas del teatro, habituadas a cualquier tipo de dramas y traiciones operísticas, nunca hubieran esperado asistir en vivo y en directo a un drama y a una traición reales.

Mientras tanto Aslow, abrumado por la reacción de la esposa pero también preocupado por las acusaciones dirigidas a él continúa negando haber manipulado el puñal.

— Quizás fue Mary-Ann —sugiere agarrándose a la primera explicación que le parece plausible proponer al comisario —al saber cuánto sufría por la competencia de Jenissov, habrá pensado ligarme más a ella encontrando la manera de obligar a mi rival a retirarse del espectáculo.

La muchacha, que hasta ahora había permanecido en el silencio más absoluto haciendo de espectadora, al verse involucrada de una manera tan vergonzosa y dándose cuenta del intento de Aslow para convertirla en el chivo expiatorio, dijo con dureza:

— ¡Mentiroso! No teníamos ninguna cita. Nunca he estado en la zona de la utilería y, realmente, no hubiera ido por los motivos que tú quieres hacer creer. Comisario —continúa hablando —en ese momento estaba entre bastidores para controlar la llegada de los

miembros de la orquesta. Luego bajé al camerino para avisar a Aslow del comienzo de los ensayos pero en su interior sólo estaba la señora Isadora.

Mary-Ann está furiosa y sus sentimientos, evidentemente no tan fuertes como a Aslow le gustaba pensar, dan paso al deseo de vengarse de un hombre que estaba haciendo caer sobre ella la culpa para salvarse.

En este momento el comisario acusa a Aslow de herir a Jenissov, declarando estar seguro de que el ADN del cabello encontrado en el puñal, rubio como los cabellos de Aslow, debería certificar su opinión.

— Quizás no sea necesario el examen del ADN —dice Fertonani, el fotógrafo de escena, yendo a la platea desde la *barcaccia*, donde había estado hasta ese momento entretenido con su instrumental.

— He remirado todas las fotos que he tirado, contenidas en las tarjetas de memoria de mis cámaras fotográficas, y mire ésta...

La imagen presenta en primer plano a una sastra del teatro, en un pasillo, que tiene en la mano el traje de Lady Macbeth para llevar al camerino a la soprano Marini. En el fondo, un poco desenfocado pero reconocible, se puede ver a Aslow salir de la utilería, como si fuese de día y ahora visualizados en la pantalla.

El comisario muestra la imagen a Aslow. La prueba lo deja petrificado y no le queda más que confesar. Una lúcida locura brilla en sus ojos.

— Es verdad, yo manipulé el puñal —dice con una voz irreconocible —No podía permitir que ese arrogante de Jenissov me quitase mi puesto desde hace tantos años. Yo soy el Barítono más famoso del mundo, el que atrae al público a las representaciones, el centro de atracción, como la Tónica lo es en la música tonal. Desde la armonía de la Tónica todo se deriva y con la armonía de la Tónica todo acaba. Las otras notas pueden aparecer durante breves períodos, a lo mejor estar en primer plano un poco, pero es la Tónica la que dice la última palabra... ¡es su destino! —continúa hablando con los ojos cada vez más desorbitados. —¡Yo soy la

Tónica y la Tónica debe triunfar al final!

Este discurso alucinante nos deja a todos patidifusos. ¿Cómo puede un hombre identificarse hasta ese punto con su rol que piense eliminar a quien podría apartarlo de la posición que ha mantenido desde hace años?

— Por lo tanto —intervine el comisario para interrumpir los desvaríos del cantante —usted ha aprovechado los accidentes sucedidos durante los ensayos y, cuando ha visto que Jenissov estaba decidido a permanecer en la producción, ha pensado intervenir personalmente para eliminarlo, si no físicamente, por lo menos en el escenario.

— Así es —confirma el barítono —ya más calmado después de la rabieta anterior —Los accidentes ocurridos a Jenissov me han dado la idea. Sabía, a pesar de que Isadora no me había hablado de ello, que estaba al corriente, o al menos sospechaba, de mí y de Mary-Ann. Hace tiempo que su comportamiento era frío y desapegado. No perdía la ocasión de criticar a mi asistente por todo, acusándola de incapacidad. En cuanto llegamos a Milano, la he visto hablar con Leo Harper. Era algo extraño. Después de haberlo despedido hace unos meses no nos habíamos vuelto a ver. Desde ese momento lo he mantenido bajo control —dice con una expresión que quiere parecer astuta. —Me he dado cuenta que detrás de los accidente estaba su mano pero no entendía el motivo: después del despido debería estar enojado conmigo no con su nuevo jefe. Es verdad que los accidentes me ponían bajo los focos y podía ser vistos como provocaciones hacia mi joven rival, pero no podía hacerle mucho daño. Hubieran quedado entre el personal del teatro y tratados como uno de tantos episodios del pasado de altercados entre artistas rivales.

El silencio de todos los presentes, que están escuchando su relato anonadados por tamaña locura megalómana, parece galvanizar a Aslow, que continúa:

— Sólo poco después lo he comprendido. ¡Detrás de todo estaba mi esposa! Había encontrado la manera de vengarse. La conozco perfectamente. Como ha dicho ella misma su pensamiento era: yo lo he creado, yo lo destruiré. He aquí, por eso, que he organizado la

lesión de Jenissov contando con el hecho de que la investigación llevarían a descubrir a los autores de los accidentes anteriores, a los cuales atribuirían también lo del puñal. De un solo golpe me libraría de las sospechas, la maledicencia... y de mi esposa. La habría acusado de haber puesto en peligro mi carrera y habría pedido el divorcio para vivir libremente con Mary-Ann —termina de decir con una risotada que, visto dónde nos encontramos, podría ser definida como teatral.

— Las cosas no han salido exactamente como imaginaba —interviene la señora Aslow, dirigiéndose al marido, con voz fría y cortante —pero, finalmente, lo conseguí. Ahora tu carrera está acabada. Ningún teatro te contratará jamás cuando se sepa lo que has hecho. Como ves —concluye venenosa —yo te he creado, yo te he destruido.

En este momento el Superintendente Togni se aparta con el comisario Villa durante un momento. Parece que intenta convencerlo sin conseguirlo pero, después de una señal de asentimiento de Villa extrae el teléfono móvil y sale de la platea. Todos quedamos en los sitios que ocupamos, inseguros sobre cómo actuar.

Leo Harper parece que se ha recuperado, después del ataque de nervios, Isadora Aslow permanece en pie, rígida y con la espalda bien recta, observando con una mirada de fuego al marido, desplomado sobre su pequeña butaca con la cabeza entre las manos, a una distancia prudente y con los dos policías para garantizarle que no lo alcancen las garras de su esposa. Mary-Ann Parker se ha puesto, con la espalda apoyada en la balaustrada que separa la platea del *Golfo místico* de la orquesta, lejos de Aslow pero también de la mujer. Su cara está perdiendo gradualmente la expresión de ferocidad que tenía cuando el amante la acusó y ahora parece que está aislada, a lo mejor pensando qué hará en un futuro inmediato.

Christian, el director de escena y la soprano Marini hablan entre ellos para intentar comprender cómo podrá continuar la preparación de Macbeth, admitiendo que la producción no se suspenda. Jenissov, entre todos los protagonistas principales de esta intrincada representación, es el único que muestra sobre la cara una ligera sonrisa burlona. Después de toda la tensión y la rabia

producida por los distintos *accidentes*, ahora, realmente, está disfrutando de la ruina del rival.

Fabienne y yo somos los únicos tranquilos y nos limitamos a observar, susurrando entre nosotros y haciendo suposiciones sobre lo qué sucederá.

— Ahora el comisario Villa arrestará a Aslow —me susurra ella.

— Es posible —le respondo —pero sería un escándalo inaudito para la Scala. El daño a la imagen sería enorme. Todavía peor si se *perdiera* la Primera representación de la temporada.

Al escuchar los pasos del Superintendente que vuelve a entrar en la platea todos nos giramos hacia él. Antes de llegar a nosotros, sin embargo, se para a hablar un momento con el comisario.

— Señores —comienza a decir llegando cerca de los dos agentes de policía —en tantos años de profesión en los grandes teatros europeos, nunca jamás me he encontrado en una situación tan grave y bochornosa, para mí y para el Teatro que dirijo. La Temporada de la Scala es un evento cultural y económico de primer orden no sólo para Italia, sino también para el resto del mundo. Las inversiones públicas y privadas que mantienen esta Institución no pueden verse anuladas por mezquinas disputas personales y familiares —continúa con un tono despreciativo hacia aquellos que están comprometiendo su trabajo —sin contar con el impulso económico producido por los espectadores que han reservado con meses de anticipación los puestos en el teatro, los billetes de avión, los hoteles, los restaurantes...

— De acuerdo con el comisario Villa acabo de tener una conversación con el Comisario Jefe —anuncia en tono oficial —el cual está totalmente de acuerdo conmigo: la Primera representación de Macbeth se debe representar... y se hará. Lo que ha sucedido es muy grave, lo repito, pero por suerte nadie se ha dañado —prosigue haciendo un gesto hacia Jenissov —Obviamente, está fuera de discusión que Aslow cante, después de todo lo que ha hecho. Por fortuna también en la Scala, como en todos los grandes teatros, tenemos a unos sustitutos perfectamente válidos para los papeles principales de las óperas que llevamos a cabo en la Temporada

Lírica. Es verdad, el sustituto que interpretará Macbeth será un cantante joven y todavía no demasiado conocido. El público que se esperaba a Aslow quizás se quedará desilusionado, pero es nuestra obligación comunicarlo de manera que la sustitución sea aceptada sin perjudicar el éxito de la representación. No será la primera vez que un cantante principal es sustituido por voces jóvenes que, gracias a ese golpe de suerte, han conseguido el protagonismo internacional afirmándose como grandes intérpretes. Justo aquí, en la Scala, en el año 1982, una indisposición imprevista de la soprano Monserrate Caballé dio la ocasión a la jovencita Cecilia Gasdia a hacerse conocer en el campo internacional.

— Ya he hecho algunos ensayos con el barítono sustituto para el papel de Macbeth y es perfectamente capaz de respaldar el papel —interviene Christian con evidente alivio del Superintendente.

— La solución que hemos pensado el Comisario Jefe y yo —vuelve a hablar Togni —nos permitirá, con la colaboración de todos, salvar la Primera representación y la dignidad de un hombre que, a pesar de lo que ha hecho estos días, ha representado un punto de referencia en el mundo del melodrama en los últimos años —dice aludiendo a Aslow pero sin mirarlo. —Señor Jenissov, espero que deseará compartir la propuesta que estoy a punto de hacer. Será ventajoso para usted porque le permitirá convertirse en el bajo-barítono más famoso de los próximos años. —En cuanto a usted, Aslow —dice mirándolo fijamente y con un duro tono de voz —si acepta nuestra propuesta, no será arrestado y su nombre no se verá enfangado por este mísero acontecimiento.

Un ligero gesto de asentimiento hecho por el cantante le permite continuar.

— Esta misma noche prepararé un comunicado de prensa en el que declararé que, a causa de las extenuantes obligaciones vocales recientes, el barítono Aslow se ve imposibilitado para cantar Macbeth por problemas ligados a las formación de nódulos en las cuerdas vocales. Lo mismo será confirmado, se interrogue a quien sea, por su esposa y su asistente —ordena dirigiendo la mirada hacia ellas.

El plan prevé, a continuación, la re entrada de los Aslow en los

Estados Unidos, a la que seguirá, después de un breve período de tiempo, el anuncio del retiro del escenario. Los problemas sentimentales los gestionarán entre ellos. En cuanto a Harper, obviamente despedido por Jenissov, también ser marchará inmediatamente y la Scala suministrará al cantante ruso un ayudante hasta el término de las representaciones de Macbeth.

Jenissov acepta. No sería una buena publicidad para él, aunque sea la víctima, que se sepa cómo ha sido tratado.

— Una última cosa antes de dejaros en libertad —interviene el comisario Villa —Un agente vendrá dentro de poco con un documento preparado por el Comisario Jefe en el que cada uno de los presentes firmará, obligando a la confidencialidad sobre cualquier aspecto de estos hechos. Ni una sola palabra de lo ocurrido se filtrará.

Los presentes aceptan y, después de esperar la llegada del documento y haber firmado, salen del teatro con un secreto en común.

Capítulo 19

8 de diciembre -- Domingo

En los dos días transcurridos desde la tarde del ensayo general en la Scala no dejamos de pensar en la historia que habíamos vivido y en la cual, en parte, incluso habíamos dado sugerencias para la solución del caso al comisario Villa. Hubiera estado bien asistir a la Primera representación de Macbeth dirigida por mi amigo Christian, sino en directo en el teatro por lo menos siguiendo la transmisión que la televisión pública desde hacía unos años regala a los apasionados, por desgracia era la noche en que trabajo.

Sólo esta mañana muy tarde, por lo tanto, después de haber leído en los periódicos el éxito alcanzado, he telefoneado a Christian para felicitarlo. Después de haber comentado con él las palabras entusiastas de los artículos periodísticos, le propongo:

— ¿Qué te parece venir al piano-bar esta noche para celebrar tu éxito?

— De buena gana. La próxima representación de Macbeth será dentro de tres días, así que me merezco una pausa después del estrés de los últimos días y la enorme emoción de anoche, con el teatro lleno y las principales autoridades ciudadanas y nacionales. Me sentará bien una velada entre amigos charlando y con buena música.

— Por no hablar de los fabulosos cócteles que prepara nuestro amigo el barman —añado. —Me entero si también puede venir Giancarlo.

Después de la cena, Fabienne y yo, con un poco de anticipación con respecto a mi horario de trabajo, subimos al penúltimo piso del hotel, donde se encuentra el piano-bar y, disponemos adecuadamente pequeñas butacas y mesas, preparamos cerca del piano una salita reservada a nuestros amigos. De esta manera

podremos intercambiar algunos chismes incluso mientras estoy tocando. Poco después entran Christian y Giancarlo, evidentemente puestos de acuerdo para llegar juntos. Éste último con la funda del clarinete en la mano.

— Afuera hace un frío polar. Incluso ha comenzado a nevar —se lamenta Giancarlo restregándose las manos. —Por suerte aquí se está bien y es hermoso mirar desde los ventanales los pequeños copos caer en los techos de las casas cercanas.

Nos sentamos y Asafa, el barman jamaicano, que ha escuchado lo que ha dicho mi amigo mientras se acercaba para recoger los pedidos, propone:

— Donde yo he nacido, el invierno no existe. Si queréis, puedo prepararos algo que os transportará a las blancas playas del Caribe. Por lo menos con la imaginación.

Después de tener la aprobación general Asafa vuelve a su barra, donde trabaja como un alquimista medieval basándose en el conocimiento secreto (dice él) de los misteriosos equilibrios entre los ingredientes.

— ¿Hay noticias sobre los Aslow? —pregunta Fabienne a Christian.

— Como habréis leído en los periódicos han respetado los compromisos asumidos con el comisario y con la Scala —responde —El Superintendente del teatro al día siguiente, víspera de la Primera representación, convocó una rueda de prensa (estaba presente Aslow que, sin embargo, no abrió la boca) para anunciar la renuncia a causa de los nodos que se le habían formado en las cuerdas vocales debido al excesivo desgaste a que habían sido sometidas por las muchas obligaciones anteriores. En el mismo momento ha presentado al joven sustituto para el papel de Macbeth, alabando sus óptimas capacidades.

— Los Aslow se fueron a New York por la tarde, sin dar más declaraciones —añade Giancarlo.

— No me gustaría ser la vajilla regalada en la boda a los Aslow —intervengo riéndome. —Según la más clásica tradición americana

es lo primero que se rompe durante las peleas antes del divorcio.

Asafa, mientras tanto, ha llegado con cuatro cócteles coloridos. Mientras los pone sobre la mesita, nos los presenta:

—*Bermuda South Shore* (ron, cerveza de jengibre, hojas de menta), *Honeymooners' spice* (ron especiado, zumo de lima, caramelo de azúcar de caña), *Chairmans's tropical* (ron y ron especiado, zumo de frutas de la pasión y caramelo de jengibre) y *Painkiller* (ron, mezcla de zumo de ananás, naranja y coco, nuez moscada).

— ¿Y Mary-Ann, la asistente-amante de *Big Triple A*? —pregunta, todavía curiosa, Fabienne después de que el barman se haya ido.

— No sé sabe nada —responde Christian. —Seguramente no vuelva a Estados Unidos en el mismo vuelo que los Aslow, como hizo a la llegada a Milano.

— Bueno, amigos —bromeo mientras toco *Triángulo*, un tema bastante conocido de un famoso cantante italiano —imagino que ni el Superintendente Togni ni Cristian habían considerado que un triángulo alteraría las complejas geometrías que están detrás de la organización de una ópera lírica en la Scala.

— El triángulo no, no lo había considerado... —canturreo volviéndome a mis amigos volviendo con el estribillo de la canción.

Un coro de risotadas acompaña mi broma musical. Al final de la velada, después de haber despedido a los amigos, Fabienne y yo subimos a nuestra mini suite.

— ¡Qué hermosa velada! —le digo. —Por suerte todo ha acabado de la mejor manera. Christian no se merecía un fiasco en su gran ocasión.

— Tienes razón —me provoca abrazándome. —Debo admitir que estar contigo no es para nada monótono. Después de la aventura de Roma con los espías internacionales, aquí en Milano una turbia intriga sentimental.

— Quién sabe lo que sucederá la próxima vez.... —me susurra desabotonándose la camisa.

****

Del mismo autor

Libros

- Il segreto della Dominante -- 2020 Spy-story musicale -- Primo episodio della serie Max e Fabienne. Disponibile su Amazon e sulle principali piattaforme online in formato cartaceo o e-book

- I Mozart, come erano (Volumi 1 e 2) 2020 -- disponibili su Amazon e sulle principali piattaforme online in formato cartaceo o e-book

- **Creare canzoni** (Volume 1: il testo; Volume 2: la musica) 2020 - disponibili su Amazon

- **Solfeggio facile** - 1996 -Eco edizioni musicali -- Monza

- **Compongo subito** - 1998 Edizioni Curci -- Milano

- **In Teoria? Tutto è semplice!** - Libro + CD, 2000 Edizioni Sinfonica - Mi

- **Musica dal vivo: Esperienze di informatica musicale** - fascicolo + CD - Edizioni Loescher per la scuola 2004

- **Dal vivo - Corso di Musica per la Scuola Media** - De Agostini editore -- 2009 Volume A + Volume B + Laboratori di creatività e informatica + Guida per il docente + CDRom + 22 CD audio per il docente + 1 CD audio per gli alunni

Composiciones

- **Orish-sha**, per organo, 1998 Berben edizioni musicali - Ancona

- **BlueSylvia** per pianoforte, 1999 Collana " Pressappoco Blues " Edizioni Sinfonica - Milano

- **My stream** per pianoforte, 1999 Collana "Pressappoco Blues " Edizioni Sinfonica - Milano

- C-Astor per pf e flauto, 2000 Edizioni Sinfonica - Milano

- **Minimiraggi** per chitarra - in Antologia di musica contemporanea, raccolta di musiche per chitarra vol.3° 2001 Edizioni Sinfonica -- Mi

- **Fantasia eclettica n° 2** per Orchestra a plettro - Edizioni Berben, Ancona - 2004

- **Landscape n°1** per Banda - Edizioni Eurarte, Lecco -- 2006

- **L'eco dei tuoi gesti ... l'ombra delle tue parole ...** per chitarra - in Antologia IV Contemporanea volume 2 - Edizioni Carish, Mi - 2010

- **Fantasia eclettica n° 3 - Thalassa**, per orchestra a plettro - Da Vinci Publishing 2016 Osaka (Japan)

Arreglos musicales

- **MusicKit: Aria sulla 4ˆ corda** (Bach) - arr. per insiemi - 2002 Ed. Curci - Mi

- **MusicKit: Preludio** (Charpentier) - arr. per insiemi - 2002 Ed. Curci - Mi

- **MusicKit: The Entertainer** (S. Joplin) - arr. per insiemi -2002 Ed. Curci - Mi

- **MusicKit: Sarabanda** (G.F.Haendel) **Marcia** (J.Clarke) - arr. per insiemi - 2002 Ed. Curci -- Mi

- **In Concerto!** - fascicolo + CD strumenti in Do - 2002 Ed. Sinfonica - Mi

- **MusicKit: Fantasia di temi britannici** - arr. per insiemi - 2003 Ed. Curci

- **MusicKit: Fantasia di Natale 1**- arr. per insiemi - 2003 Ed. Curci - Mi

- **MusicKit: Fantasia di Natale 2** - arr. per insiemi - 2003 Ed. Curci - Mi

- **In Concerto!** - fascicolo + CD per strumenti in Sib - 2003 Ed. Sinfonica - Mi

- MusicKit - Nuova edizione con basi musicali minus one su CD**: Aria sulla 4ˆ corda** (Bach), **Preludio dal Te Deum** (Charpentier), **Sarabanda** (Haendel) + **Marcia** (Clarke), **Fantasia britannica, Fantasia di Natale 1, Fantasia di Natale 2, The entertainer** (Joplin) -- arr. Per insiemi, 2010 Ed. Curci -- Mi

- **MusicKit** -- **Canto degli italiani (Fratelli d'Italia)** arr. per insiemi - fascicolo + CD con basi musicali minus one -- Edizione speciale per il 150° dell'Unità d'Italia -- Ed. Curci 2011 -- Mi

Visita il mio sito per tutte le informazioni sulle mie produzioni:

www.diegominoia.it

Note

[←1]

Nota del traductor: *baussia* (dialecto milanés) = *bauscia* (italiano), significa *bocazas*

[←2]

Nota del traductor: mujeriego, donjuán.

[←3]

Nota del traductor: **Rospo** es el nombre en italiano del **rape**. También significa *sapo*.

[←4]

Nota del traductor: apócope de la palabra *vernissage* que significa *inauguración*.

[←5]

Nota del traductor: literalmente se traduciría como *ángel del hogar*, lo que en castellano no parece tener mucho sentido; quiere expresar la idea de la mujer que se ocupa de su familia, que la cuida, que está siempre pendiente de su bienestar.

[←6]

Nota del traductor: tanto la *fougassette* como la *focaccia* son tipos de panes planos a los que se les añaden aromas e ingredientes insólitos en nuestro país: aceitunas verdes, naranja, queso, romero...

[←7]

Nota del traductor: Júpiter, el que envía la lluvia.

[←8]

Nota del traductor: *fare la grana,* significa hacer dinero

[←9]

Nota del traductor: En italiano, en el original. Esta palabra procede de la palabra *loggione*, que es la parte del teatro más alta y más económica, en España a esta parte se le llama *gallinero*, *cazuela* o *paraíso*.

[←10]

Nota del traductor: Se hacen con masa de hojaldre, rellenos de crema o chocolate; la masa se enrolla sobre si misma dándole la forma de un cuerno.

[←11]

Nota del traductor: Es equivalente a nuestra expresión *al que madruga, Dios le ayuda;* con el sentido de que si uno se despierta pronto es más productivo. Dejo la expresión en italiano para que tenga sentido lo que luego dirá Max.

[←12]

Nota del traductor: aria breve con recitativo

[←13]

Nota del traductor: breve aria, sencilla, rítmicamente veloz e insistente.

[←14]

Nota del traductor: Un tipo de pasta parecida a los espaguetis.

[←15]

Nota del traductor: una costilleta de vacuno a la parrilla, de unos 4 centímetros de grueso.